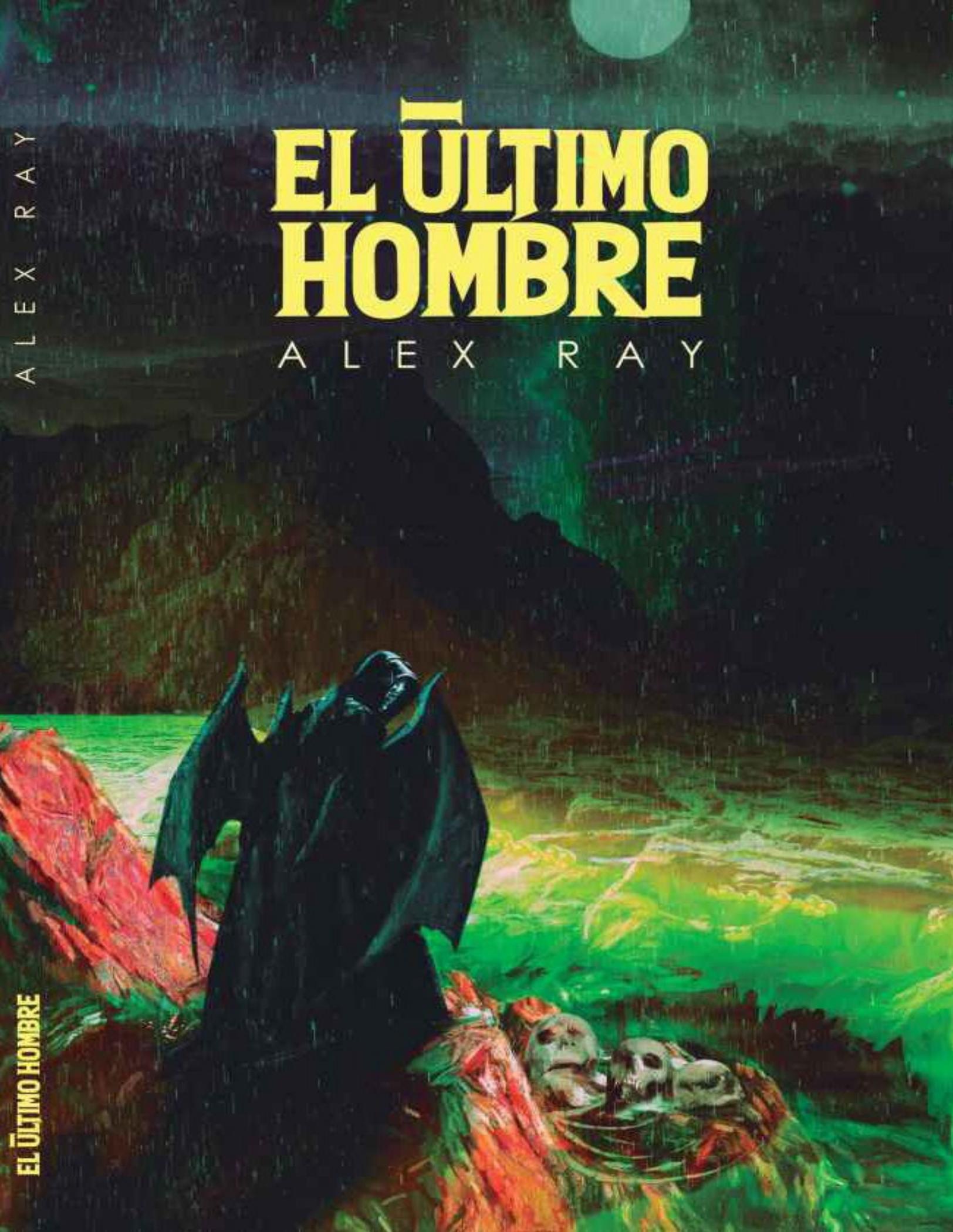


ALEX RAY

EL ÚLTIMO HOMBRE

ALEX RAY

EL ÚLTIMO HOMBRE



El Último Hombre.
La Génesis del Mal

ALEX RAY

Copyright © 2019 ALEX RAY
Todos los derechos reservados
ISBN: 9781098905439

"...Con esta lagrima de vida, y como símbolo de respeto, te devuelvo a la tierra, donde pertenecen los seres hermosos. Eres uno solo con ella, ninguno tiene derecho de dañar lo que no sabe crear, ninguno puede destruir lo hermoso de cada ser, ni siquiera cuando el recuerdo muere la esencia misma pierde su magia..."

Alex Ray

Contenido

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1. KITTIM

CAPÍTULO 2. SALIDA DE LA ISLA

CAPÍTULO 3. UN FRÍO DE MUERTE

CAPÍTULO 4. LA LÁGRIMA DE FUEGO

CAPÍTULO 5. DEL ADAMA NACISTE

CAPÍTULO 6. UN NUEVO COMIENZO

CAPÍTULO 7. ACTOS DE REBELIÓN

CAPÍTULO 8. EL GÉNESIS DEL AMOR

CAPÍTULO 9. EL LEVANTAMIENTO FINAL

AGRADECIMIENTOS

A todos los que dedican sus esfuerzos, sueños e ilusiones por hacer un mundo
mejor...

Andrea, Juan Diego, Julia y Fernando.

CAPÍTULO 1. KITTIM

El día comenzaba con su máximo esplendor. La niebla que cubría los campos del Oeste, en la Isla de Kittim, se desvanecía, dejando una estela de paz en su camino. Los sonidos armónicos de las aves jugaban con la naturaleza, gotas de rocío emanaban con olor a tierra. Sobre este territorio se posaban dos montañas que la atravesaban en su totalidad; con una altura escasa que favorecía un clima perfecto entre ambas y una llanura donde dos grandes ríos se contoneaban para hidratar cada rincón, cubriéndola de vasta vegetación.

Con el frío que trae el amanecer y la dificultad que tiene el cuerpo al despertar, a Adán le tomó largos segundos abrir de nuevo sus ojos. En ese lapso, solo se escuchaban las olas del mar, que golpeaban con furia la costa, y el sonido que hacía el viento, cada vez que atravesaba con oposición la frisa colgada en su puerta. Había instantes donde el sueño lo invadía nuevamente y un silencio sombrío era interrumpido por su respiración. Retozaban los sentidos perdidos en un espacio atemporal, inservibles y envueltos en pensamientos ocultos, verdades no dichas, visibles solo en momentos de ausente voluntad del cuerpo; cuando éste no nos pertenece y se hace frágil, trasciende aquello que modela nuestro interior y se encuentra oculto a los demás, incluso a nosotros mismos. La esencia misma del ser es atravesada por esos intervalos de tiempo donde no se logra discernir si se está dormido o despierto, no se integra a una o a otra realidad. Son espacios únicos que se hacen eternos en la génesis de una nueva quimera.

Abrió sus ojos de nuevo, duró un tiempo contemplando las sombras borrosas a su alrededor y su vista dejó de jugar con las figuras fragmentadas que lo rodeaban. Se sentó, quitó de su cuerpo la manta hecha en fibra de planta, amarillenta y un poco vieja. Estuvo recordando y armando piezas de un sueño recurrente que lo embargaba desde tiempo atrás. Él, su hermano Auriel y otra sombra que no lograba identificar muy bien, huyendo en medio de la guerra, el fuego y la sangre. Sentía desesperación al recordar cada instante. Miles contra miles, hermanos contra hermanos sin contemplación alguna, pedazos de cuerpos mutilados por las afiladas espadas, sobre rutas de escape enrevesadas que no parecían tener fin. Olor a sangre y putrefacción quedaba impregnado en los vagos recuerdos de la primavera. El tiempo dentro del sueño no transcurría con fluidez, era como si se detuviera y jugara con su conciencia,

alcanzaba a abrigar en forma real el dolor en su cuerpo. Incluso llegó a sentir odio por la persona que una vez amó. Todo era inquietante, pero cuando despertaba la calma venía otra vez, suspiraba, susurraba y se decía: *-Solo es un sueño-*.

Soltó la liviana manta que lo cubría, la dejó en el suelo, en unos cuantos segundos estaba obstaculizando el paso de las pequeñas hormigas que quedaron desconcertadas al no encontrar el camino a casa; pronto, una hilera de ellas se convirtió en una aglomeración sin orden alguno. Él miraba desde arriba disfrutando su angustia. Después de un rato tuvo pesar, sacudió la manta y la retiró, colgándola sobre una rama que sobresalía en la base lateral de la cabaña.

La cabaña de madera contaba con cuatro esquinas y cinco troncos fuertes en su grosor para soportar la parte superior que estaba llena de magnos helechos, que servían como impermeabilizantes cuando llegaban las grandes lluvias. De esta forma, el espacio entre ellos permitía que el aire fluyese, haciéndola muy agradable. En el techo se hallaban dos bases que sostenían el peso de las ramas cubiertas de barro, tomando un aspecto casi momificado. Asimismo, tenía una sola vista de ingreso. A través de la ventilación, Adán apreciaba toda la brisa que transfiere el mar en la mañana. La corriente de aire hacía que la temperatura fuera perfecta, no sentía frío ni calor, igual, agudizaba el eco feroz de las olas con gran nitidez.

Después de unos minutos sintió la necesidad de recostarse otra vez, pensó por un instante que en la isla no había sensaciones nuevas, ni nada que experimentar, faltaba algo en medio de su tranquilo universo para ser feliz, tenía todo, pero a la vez, se sentía vacío. *-La satisfacción que trae el futuro es lo que mantiene el interés en tiempos de pasividad-*, pensaba Adán. Asimismo, en aquellos momentos de tribulación, los recuerdos atan los sentimientos que emergen de situaciones vividas, hacen sentir deseo de explorar dimensiones que pareciera mejor no trasegar. Recuerdos y sentimientos sirven para mantener equilibrio y evitar la inestabilidad. Aunque esta tranquilidad no es sinónimo de equilibrio, por el contrario, inunda la razón de pasiones aniquiladas por la pasividad, es lo que produce el hastío, es lo que desgasta.

Adán salió de la cabaña, sintió el golpe del viento cálido, respiró hondo, sin perder de vista las pequeñas piedrecillas que se hallaban en el suelo por el albor del comienzo del día. Tuvo una sensación de ansiedad, no quería lastimarse, así que esparció los cientos de cascajos que se encontraban

cercanos con el pie, lo que levantó polvo, mezclándose con el aroma de las ramas que le provocaron un leve estornudo. Después de ello se mostró tranquilo.

Al frente, grandes árboles le daban sosiego y sombra protectora. Observó con detenimiento más allá y vio un tronco que se encontraba caído, tenía unos tallos que se abrían paso entre la maleza espesa, negándose a morir. También, flores magníficas y bellas rodeaban la cabaña, sus capullos recreaban el amarillo intenso del sol de la mañana. Los pétalos rojos carmesís con sus bordes blancos albinos reinaban sin tregua. Otras flores divisaban un azul de espejos reflejando el cielo, las pequeñas aves parecían nimbos sobre los capullos. Todos haciendo un juego de delicadeza y con un toque armónico a la vista casi perfecta del lugar.

Adán dirigió la mirada hacia una roca que se encontraba cubierta por la maleza, allí estaban sus tres hermanos ángeles, quienes le habían cuidado desde que él era pequeño. Eran altos, esbeltos, con vestiduras en lino que cubrían sus cuerpos del cuello hasta las rodillas. En su voz se sentía la fuerza de la pasión y sus rostros reflejaban el calor de la ternura enaltecida y agigantada por este ser.

Los tres ángeles que lo custodiaban admiraban la belleza de Adán, era única en medio de la creación, siempre comentaron entre sí que todo les parecía perfecto en su ser. Pero algo más les inquietaba con respecto a cómo él actuaba ante algunas situaciones, dado que el propósito de la existencia de Adán no estaba acorde con la esencia misma de su ser, y esto hacía que perdiera la capacidad de razonar en forma sabia.

Heylel, el ángel mayor, les preguntó a sus hermanos: - ¿Qué es lo que hará Adán para tener un equilibrio y una consonancia con su propia existencia? - Había hablado tenso, como si quisiera que las palabras no resonaran con ferocidad, anulando un poco la importancia del mensaje en sí mismo, permitiéndose jugar con lo que quería decir. Añadió, -la impulsividad y la egolatría superan su entendimiento-.

- ¿Quieren saberlo? -, interrumpió Adán, con una sonrisa un poco arrogante, - el hecho de saber que existo ya genera una contrapartida entre lo que pienso y lo que soy, me preocupa más lo que no existe, lo que ustedes llaman futuro o destino. Además, creo que tener la razón en la mayoría de las ocasiones no tiene que ver nada con la egolatría ¿o sí? - Mordía sus labios con hipocresía mientras apretaba sus puños, le parecía increíble que después de tanto tiempo

siguieran en la misma discusión. Como si fuera posible estar acorde con lo que se piensa y lo que se hace todo el tiempo. Construir para un futuro que es incierto es algo coyuntural, pensaba Adán, no todo debe tener un orden, no todo trabajo se basa en hacer menos infeliz la existencia.

– Sí – contestó Heylel, tratando de que las palabras fueran suaves a los oídos de Adán, estuvo consiente que de nada serviría entrar en discusión con él. No hay nada tan irritante que señalar una falencia a alguien que cree conocer su propio ser, que cree manejar las emociones de sus pensamientos y de sus acciones, solo queda atenuar el tono de la voz para que no haya tergiversación alguna. Agregó, además, – Puede que tengas razón, pero debes aprender algo -. Señalando con su mano un arpa que se encontraba reposada frente a un árbol, mencionó: - el reconocimiento de las propias emociones es comparable a una gran melodía, hermano mío; son muchas notas en equilibrio para que se produzca un sonido acorde a lo que se quiere transmitir, así son las emociones, tú decides que quieres componer en tu día a día, tú decides si desafinas, eres tal cual te manejas. Nadie vera las notas, es como si no existieran. Así que no te preocupes por lo que no existe, casi siempre lo que no se ve, es lo que nos hace más frágiles ante los demás porque es la esencia misma del ser. Al querer conocerte te desplazas sobre la duda y sabes, no hay distancia más larga y difícil que querer transitar ante ella. Ya que menciono la duda, a veces me gustaría saber lo que tú piensas de nosotros, sin embargo, es mejor no hacerlo, creo que es lo que mantiene la unidad. Adán, hermano, mira ese instrumento que está ahí, inerte, comparable con una roca, pero solo hace falta que alguien lo interprete, lo conozca y que pueda descifrar la magia que se encuentra escondida en él para que transforme y altere todo lo que alcanza a inundar con su presencia -.

Adán se acercó hasta el instrumento, lo observó con detenimiento, era extenso en dimensión, un poco pesado, de un profundo rojo escarlata, hecho en madera y dejando en su interior un pasillo para que el sonido aumentara con perfección. Catorce cuerdas se extendían a lo largo y se hallaban fabricadas de un material que él no conocía. Asimismo, contaba con incrustaciones misteriosas que les daban forma a muchas figuras míticas. Al cabo de unos cuatro o cinco segundos, dirigió su mirada hacia Heylel, que se encontraba sentado sobre una roca formada por basaltos de antiguas erupciones.

Adán se aproximó hasta el lugar donde se encontraba su hermano mayor, se lo entregó con profunda suavidad en sus manos y éste, sin dudar, cerró sus ojos y

con notas melodiosas, ricas en sentimiento entonaba acordes maravillosos, mientras que Auriel y Samael, los otros dos ángeles, marcaban sonidos como si fueran cánticos que perturbaran la simetría del momento. Esto calmaba un poco la angustia en Adán, esas notas tenían magia, lograban romper con las tensiones más profundas, tenían la capacidad de socavar en las consideraciones de lo que implica transportarse ante una composición perfecta. Es un eco ambivalente, que además es difícil de deshacer, porque sigue perforando más y más en tus entrañas sin contemplación alguna. Adán pensaba que la perfección de la música, así como la vida, es algo inútil; pretender ocultar lo que está mal, es una ambición muy cara, prefería pensar que todo está articulado de alguna forma extraña, y que es mejor disfrutar de cosas que te quiten la angustia a pensar en el porqué de ellas.

Después de entonar el arpa, Heylel caminó hacia ellos despacio, sin prisa alguna, no dejó que nada dañara un momento mágico. Además, con una sabiduría infinita que le permitía tener mucha calma ante situaciones difíciles, siempre dejaba un saber que era algo digno de admirar, siempre construyendo, edificando desde las palabras y el ejemplo.

– Ahora ya sabes qué es lo que nos preocupa hermano mío -, declaró Heylel, encogiendo los hombros y con una sonrisa inocente, de esas que brotan al ver lo que amas. Continúo diciendo, - Yo sé que en estos momentos te estás haciendo una idea de qué es lo que nos impacienta un poco.

– Se preocupan por cosas banales, – dijo en tono insolente Adán, – ya no soy aquel niño que creía todo. Soy más grande, fuerte y audaz que ustedes, además cuento con una inteligencia que no debería ser para nada desconocida -.

Heylel colocó el instrumento en su lugar, empezó a sospechar que las palabras de aquella conversación se irían al viento sin regresar con un saber. Parecía resignado. Al fin y al cabo, Adán nunca escuchaba, así que alzó su rostro colocando su mano derecha en su rodilla y cambiando de tema mencionó:

– Hermano mío, nuestro tiempo ya casi se acaba, viajaremos muy lejos, te hemos enseñado cosas que jamás pensaste. Es el premio al propósito de tu creación. No desesperes. ¿Sabes?, habrá otro hombre como tú, él será compañía en todo momento, llegará a ser lo que nosotros hemos sido para ti: una familia. Tú le enseñarás y proveerás hasta que el destino así lo decida, no desesperes, la pureza de tu corazón es comparable a la del río cristalino de aguas pasivas e incontable fuerza, tendrás a tus pies las criaturas de la tierra y muchos otros serán igual a ti.

Adán se quedó callado por un momento, tenso, indeciso. Entonces con una voz tenue contestó:

–Yo soy muy sabio, además, tengo el reino de las aves del cielo y los peces del mar, ¿cómo qué otros seres como yo? -

Samael replicó, – Niño, su propósito estará acorde con lo que desee hacer, pero determinado por la obligación de él mismo, – Habló sin mirarlo, con la cabeza baja y sus dedos cruzados, como si la fuerza de sus manos le impidiera decirle todo lo que pensaba en ese momento, luego añadió, – La sabiduría es algo que no se enseña, lo tiene que vivir, lo tiene que aprender, lo tiene que sentir. La práctica de su rutina ya está por acabar -.

- Sí -, respondió con dura serenidad Heylel, – nuestras palabras serán un reflejo del viento viajando a través de tus pensamientos, habrá momentos donde solo las sientas como una suave brisa, pero, créeme que más adelante, serán poseedores de una gran fuerza. Utilizarás todo lo aprendido y tendrás presente todas nuestras enseñanzas -.

Pasaron unos minutos, no había miradas que se encontraran unas con otras. Adán se quedó observando de una manera extraña a Samael, comprendió de forma sutil lo que quería decir. Sin embargo, el enojo lo invadió. Su corazón acelerado y sus pupilas dilatadas daban razón de sus desencantos, la sabiduría hecha como amalgama de la felicidad, la sabiduría como base de la estabilidad profunda del ser podría ser perjudicial para el que no quiere trascender. Además, se preguntaba: ¿no sería perturbador tener todo el conocimiento disponible para una vida utópica, qué razón hay para vivir en un mundo donde no te sorprenda nada? Se sentó, puso sus codos sobre sus piernas y después de unos segundos rompió el silencio incómodo del momento:

– ¿No se puede enseñar la sabiduría? ¿Qué es lo que se tiene que aprender entonces? ¿No entiendo que es lo que tratas de decir? -

La cara de Samael se transformó, no pudo contener la cólera, – ¡nunca vas a entender, no tienes la capacidad ni la voluntad! - insistió.

Con rabia, Adán volvió a alzar la voz, mientras las lágrimas salían de sus ojos, las figuras que antes observaba con claridad ahora se distorsionaban con el líquido que se posaba sobre sus ojos, se transformaba el amor que tenía hacia ellos: – ¡Sí tengo la capacidad, me sobra, si te soy sincero! – al decir esto las aves que se encontraban cerca volaron, fue un trueno que atemorizó la

cálida mañana.

– Hermanos, no es el momento de airarse –, mencionó Heylel, – las cosas con amor se enseñan mejor. Cierra tus ojos Adán, hermano, e imagina que estas en medio del océano: tu barca se hunde, el agua toca la planta de tus pies y sientes desespero, las olas cada vez son más fuertes y en un instante, ya no los puedes ver. La única parte visible de tu cuerpo son tus rodillas. La barca que duraste tanto tiempo haciendo con Samael se empieza a destruir poco a poco, hasta que no queda rastro alguno de ella. El conocimiento te servirá para saber que nuestro hermano Auriel te va a rescatar, pero la sabiduría es aprender a enfrentar el mar solo, poner en práctica todo lo que has asimilado y más adelante corregir los errores que cometiste al principio -.

Adán, con el ceño fruncido y un tono más alto que la última vez, exacerbado y desesperado, se sintió incomprendido, también aislado, gritó:

– Hermanos, ¿cómo me pueden entregar algo que ya poseo? Además, yo soy capaz de imitar todo lo que ustedes hacen, no me falta nada, tengo la destreza de Samael, la capacidad de anticipar las cosas de Auriel, y el conocimiento, que eso lo aprendí de ti -.

– Hay cosas que sobrepasan el saber –, declaró Heylel, – tú corazón excede con profunda costumbre la razón, es una fuerza incontenible, no lo puedes manejar, y eso, querido hermano, aun sabiendo que eres su dueño, no le puedes decir que se detenga o que se acelere, es autónomo a tus deseos y caprichos. No pretendas ser oscuridad en la luz, siempre habrá algo que sobrevenga, eso es lo hermoso de la vida, no puedes controlar todo, eres una fusión de muchos sistemas que conforman un solo sentir -.

– ¿Quién dice que no lo puedo manejar? ¿Quién dice que no lo puedo controlar? ¿Ustedes? – Refuta Adán con severidad en sus palabras–

– Niño, no duraría más de tres días fuera de esta isla –, arremete Samael sin contemplación, – Usted es una criatura hermosa pero insoportable, creo que su verdadera belleza se encuentra cuando duerme y no pronuncia palabra alguna -.

– En ese caso, mi querido Samael, tienes razón, la vida fuera de la isla es difícil –, respondió Heylel, – Adán, deberías enfocar tus esfuerzos en aprender más, sigue mi ejemplo, que la esencia sea el amor, sigue los pasos de Samael, que toda la energía la utiliza en construir, acepta un buen consejo -.

– ¡Levanta la cabeza hermano y límpiate tus lágrimas! Se sabio al escuchar,

Adán – Con voz autoritaria habla Auriel, – ¿Qué es lo que te pasa? la fuerza no se demuestra con palabras, sino con acciones, ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Adán levantó su cabeza, limpió sus lágrimas y los miró con resentimiento, ese mismo que te da el desespero. Dio la espalda y corrió por un camino polvoriento, lo hizo durante varios minutos hasta que éste se perdió. Pensaba en vengarse, que sintieran lo que él estaba sintiendo, que llegaran a un punto tal de desesperación que tuvieran que suplicar, humillar sus vidas hasta lo más íntimo. Su corazón palpitaba como nunca, su rostro lo cubría el sudor y el sabor de este lo llenaba de fuerza, esa que tanto le había pedido Auriel. Su pecho le dolía, sus piernas también; quería descansar, aunque no lo iba a hacer, tenía que estar lejos, huir de ellos. Aunque en una isla es difícil conseguir esto, además pensaba ¿cómo se puede huir de sí mismo, si ellos tienen razón?

Ya, después de correr un tiempo prolongado y sumido en la angustia, respiró profundo, hizo consiente el modo agitado en que lo hacía. Se encontraba frente a un riachuelo, piedras de color negro daban la sensación de estar desaparecidas dentro de las aguas, descansadas, absortas e inertes. Arbustos de lado a lado se abrazaban entre sí, danzando al unísono con el viento y del líquido cristalino emanaba un sonido mesurado que era virtuoso al oído. Se arrodilló, cerró su mano, observaba como le brotaban sus venas, pensaba que eran púrpuras, tal vez rojizas o azules, en realidad ya no importaba. Con sus nudillos compactos, vírgenes y con las uñas presionando su piel, golpeó el suelo con fuerza. Lo hizo muchas veces, el desespero afloraba. Arrancaba la fresca hierba que se encontraba a su alcance, frágil, verde, fina, toda sucumbió ante su furia. Sobrevino un gran lamento, un grito de guerra. El dolor que se infringía era placentero, liberador. Se puso en pie y atravesó el agua, se le dificultaba caminar, sentía fría su entrepierna y resbalaba con las piedrecillas repletas de musgo que se encontraban en el fondo. Sus lágrimas se fusionaban con el cauce, ya era un mar de sensaciones.

Al atardecer, Adán estaba recostado sobre la cepa de un árbol. Un tronco grueso lo abrigaba con su sombra. Éste gozaba de muchas ramas, hojas de tono verde oscuro, brillante por el frente y en la parte de atrás con un tinte marrón, de buen tamaño y bellotas de color café adornaban los contornos. Al levantar su mirada vio un nido prolijo en lo alto de un tallo. Allí, se encontraba un ave alimentando a sus pichones, pudo contar cinco o seis. El animal los trataba con

amor, los cobijaba con sus alas. Trataba en la medida de lo posible, regurgitar trozos de gusanos carmesí que encontraba en los tallos de los árboles en descomposición. Las crías, abrían sus pequeños picos, se alimentaban, lo hacían con mucho amor. Cuando no tuvo la suficiente comida, el ave voló para conseguir más.

Adán esperó un tiempo prudente mientras el ave se alejaba y trepó el árbol. Después de ello, habló a los pichones, diciéndoles: – *ya sé que es la envidia, es tener a alguien que te trate con amor, pero esto no lo tengo, es lo que me hace falta.* – repetía estas palabras una y otra vez:

– *ya sé que es la envidia, es tener a alguien que te trate con amor, pero esto no lo tengo, es lo que me hace falta...* –

Escuchó a las avecillas responderle con un "uic", un tono un poco agudo para él. Sintió un nudo en la garganta, el llanto le sobrevino otra vez, no conocía el porqué de estas emociones. En ocasiones pensaba que es complejo distinguir la ira o la tristeza en un momento de tribulación, son difíciles de diferenciar estas emociones, se encierran en un mismo fin. No tener lo que deseaba, no tener la capacidad de reconocer todo, es una falta que es capaz de generar dolor físico, aunque no se sabe dónde se ubica en el cuerpo, y que además, esta fuerza es capaz de controlarlo en cualquier situación. Se sintió desamparado, como si quisiera tener la sabiduría de la que tanto hablaban sus hermanos para diferenciar entre la tristeza y la ira y no tener esos sentimientos que lo agobiaban, pero sabía que no iba a pasar.

Cerró sus ojos y, con cólera, arrancó el nido de un solo impulso. Pensó que descender del árbol con él era un trabajo difícil, así que decidió lanzarlo desde lo alto, mientras tanto observaba cómo daba vueltas en el aire y los pequeños pichones intentaban en afán desesperado batir sus pequeñas alas. Pasaron unos segundos y se escuchó el nido deshacerse contra la tierra sólida. Éste había sido creado con barro y ramas verdosas, plumas de otras aves. Pequeñas pintas sobresalían de él y destruirlo no fue algo difícil. Sus manos tenían el olor del nido, un aroma de inocencia y heces. Sus pies sentían la rugosidad del madero. En una altura determinada miró hacia el suelo, vio un pequeñuelo y saltó sobre éste. Ahora sus pies no sentían el malestar de la corteza, era diferente esta sensación, el calor y la humedad sobrevenían cerca de sus dedos. Con la mirada en alto, se apoyaba más fuerte hasta escuchar un crujido en el cuerpo del pichón. Recogió el nido. Las otras cinco crías iban a tener el mismo destino.

Corrió de inmediato hasta una parte alta, el aire le empezaba a faltar. Desde allí se veía la inmensidad del mar, las rocas del acantilado eran de color blanco, con pequeños tintes esmeraldas de la poca vegetación que crecía entre ellos, más abajo, el verde reinaba con gran abundancia y se detenía de forma abrupta por la arena de la playa. El sol ocultándose y un olor a muerte que estaba en todo el lugar eran su única compañía. Se sentó y sus piernas jugaban con el vacío colosal. A cada pichón le colocó un nombre. El pequeño calvo con manchas amarillas lo llamó Auriel y con un enorme grito exclamó:

– Pequeño Auriel, ¿por qué no has hecho tus deberes? Estoy cansado de que no quieras hacer nada –. Lo apretó con fuerza entre sus manos, los ojos de la avecilla se brotaban, y el "uic" era cada vez más débil, y en un último intento del ave por mover su cabeza, la lanzó al vacío.

Adán tenía sentimientos encontrados, pensaba que si morían las aves la culpa le pertenecía a los ángeles por omitir y no entender que él era mejor que ellos en muchos sentidos, era más sabio, más hábil y más fuerte. Declaró de nuevo observando las avecillas: – Tú te llamarás Samael –. Escogió otro polluelo, era mucho más gordo que los demás, con una mirada retadora observó a Adán, como si no le importara morir, sabía que el destino de todo ser vivo es la muerte. Adán recogió una tira de maleza y una roca, con la tira hizo un nudo y mientras amarraba la piedra en el pecho de la cría, acariciaba su cabeza y le decía:

– Yo te quiero, pero tienes que ser más fuerte, es por tu bien, – se colocó en pie y lo lanzó al mar mientras gritaba:

– ¡Se fuerte! Vuela ave... Vuela pichoncillo... Vuela como el viento –.

Su vista estaba nublada por las lágrimas que recorrían sus agotados ojos. Respiraba profundo y en su dolor, mantenía el aire por unos segundos, pasado el tiempo lo soltaba con fuerza. Lo hacía una y otra vez para lograr tranquilizar su corazón abrumado. En medio de su sentir, un pequeñuelo exasperaba con sus graznidos: "uic", repetía una y otra vez, "uic". Era irritante al oído, el eco retumbaba en su cabeza. Gritó: - ¡no aguanto más! - Y lo lanzó al vacío sin vacilar. Quedaban dos polluelos, los últimos afortunados que contaron alguna vez con amor y protección del ave mayor.

Eres Heylel, dijo Adán, observando la otra avecilla, – tienes mucho conocimiento y amor –. La pequeña ave lo miró con compasión, un lamento salió del polluelo y Adán sintió piedad por él, le sobrevino una tristeza

profunda. Lo besó y con los ojos cerrados lo lanzó con ambivalencia. Sufrió la misma suerte de sus hermanos.

Quedaba un último polluelo, muy flaco, calvo y callado. A este lo bautizó Adán. En medio de su dolor, lo abandonó a la orilla de la peña, le dio la posibilidad de vivir un poco más, aunque sabía que igual iba a morir por inanición o por el frío de la noche.

Adán se levantó y corrió con ímpetu rebelde. Mientras lo hacía, una melancolía profunda lo invadía, sentía repudio de sí mismo, nunca había actuado de esa manera. Con su ira, inmadurez y envidia tomó vidas inocentes, ¿cómo volver ante sus hermanos? No podía ocultar tal atrocidad, ¿y si se repetía? “Tomar algo que no le pertenece, está mal, eran palabras de Heylel”. Quería devolver el tiempo, anhelaba que todo fuera un sueño, se negaba a creer lo que había pasado. Pensaba en que no era culpa suya, no tenía por qué sentirse mal. Discutía en su soledad:

– Quisiera hacer mi vida solo, sin reglas, sin límites, solo, como el sol o como la luna, no depender de nadie, las estrellas brillan con luz propia así debería ser mi vida –.

Volvió a casa después de un tiempo, o bueno eso creía, sus pensamientos pertenecían y estaban puestos en esos pichones y en aquel lugar. Aunque era de noche, la luz de la luna reflejaba las sombras deshabitadas por todo el sitio y hermosas luciérnagas representaban a los astros. Él se encontró frente a sus hermanos, pero no era el mismo.

CAPÍTULO 2. SALIDA DE LA ISLA

Adán había recorrido cada parte de Kittim, principalmente el territorio de Jirokia. Conocía las dos grandes montañas que traían la lluvia despiadada y los veranos tortuosos. Respiró el azufre cruel de los volcanes y, durante los sismos de aquel tiempo, pensó que todas las cosas se movían con un fin único, que iba más allá de sus reconocimientos, de su comprensión y, asimismo, que la arritmia entrópica de la tierra era ordenadora de los sentidos en su fluir sobre la vida y sobre las cosas. Además, el movimiento de sus piernas vibraba no por la inercia de los sismos sino por la incertidumbre de su destino. Sin saberlo, aquellos caminos que se encontraban unos con otros habían tenido sus pasos; algunos, olvidados por malas experiencias; otros, ya polvorientos por el devenir de sus deseos. Conocía la profundidad de los ríos y la lejanía del sol. Así había vivido él.

Llega un momento en la vida, - pensaba Adán-, donde todo se experimenta y todo se hace conocido, rutina ruin que quita la emoción de lo vivido, como si fuese un círculo, infinito en su forma, en su esencia; esos recorridos podrían en muchas ocasiones llegar a ser íntimos o en el mejor de los casos, llegar a ser externos, que sería lo deseable para transitar con tranquilidad el tiempo. Se puede caminar a través de los recuerdos o de los senderos materiales, transitamos más el pasado que aquello que vivimos en el presente. Lo importante en todo este viaje era identificar hasta donde se querría llegar, Adán tenía esto muy claro, a pesar de su corta edad, marcar el destino de su propia existencia no era algo fácil, pero lograr que su destino tuviera una marca propia, haría todo cómodo para él.

Días después, y tal como había mencionado Heylel, tuvieron mucho trabajo por hacer. La repetición de las acciones trae consigo la experiencia, la técnica se aprende en la tarea, y la ganancia, aunque simbólica, daría un valor enorme a las transformaciones de las costumbres diarias. La verdadera madurez está en la capacidad de tomar todos los aprendizajes y revelarlos de forma sabia y prudente ante los demás. Como contra parte, la repetición de errores demuestra que el aprendizaje quedó a medias en nuestra vida, esto genera debilidad, fragmenta la confianza llevando a marchar por los mismos errores. No hay nada peor que tropezar una y mil veces con la misma falta, denota deterioro de carácter y, asimismo, manifiesta que no estamos preparados para

enfrentar cosas nuevas.

La primera lección que Adán aprendería se escondía entre los grandes árboles, la madera que provenía de ellos era esencial para la fabricación de cosas útiles, ya que era de fácil manejo para ello. Además, y como beneficio adicional en su aprendizaje, tendría que construir las herramientas primero. Con ello lograría entablar más confianza con los materiales y él. Esta transformación no era fácil, no por la madera sino por el propio Adán.

* * * *

Cierta mañana y después de un tiempo no muy largo, Heylel, Samael y Adán salieron de la cabaña. En sus maletas llevaban la esperanza de un nuevo comienzo; en sus mentes, la incertidumbre que les depararía lo desconocido. En este punto, los ángeles tendrían que sobrellevar muy bien a Adán, era una responsabilidad primordial impedir que las fuerzas de su cuerpo y de su alma no decayeran por la labor a realizar, ese era el primer paso. Después de ello, juntarían sus esfuerzos en construir la barca que los llevaría de la Isla de Kittim al lado Norte de la tierra de Tifsah, un trabajo que les tomaría unos meses. Se dirigieron hasta el lado Oriental de la isla, allí se encontraba la mejor madera, además grandes cantidades de Limat (cobre) que les permitiría realizar el trabajo con mayor rapidez.

Después de un largo recorrido, llegaron hasta el punto de que había dispuesto Heylel para comenzar con el plan. A lo lejos, se podía ver un océano que tenía todas las tonalidades fundidas en los colores del amanecer. Cantos de aves anunciaban la bienvenida a los extraños que silenciosos trataban de no irrumpir con violencia los senderos que no les pertenecían. Pasó un rato, descargaron los equipajes y descansaron para recuperar la energía del viaje. Samael con un tono sarcástico y un poco burlesco le insinúa a Adán:

– Niño, ¿qué es lo primero que tenemos que hacer? ¡Quiero que me cuente! Usted había mencionado en anteriores ocasiones que tiene mí destreza en el arte de transformar las cosas –.

– Tengo destrezas, – replicó Adán. – Eso no lo dudes, pero en la elaboración de pequeños objetos, nunca me has enseñado como realizar tan majestuosas obras y mucho menos por dónde empezar. Si te soy sincero, estoy un poco confundido, aunque con mucho trabajo, llegaría a ser igual o más grande que tú si me lo propongo y me enseñas bien. Puedo realizar lo que yo quiera, solo es cuestión de aprenderlo, la habilidad que tengo en mis manos es única, cuando

lo veas pensaras que yo tenía razón en todo lo que había dicho.

– Nunca podrás ser más grande que yo, niño –, Respondió Samael. –Será mejor que usted guarde las fuerzas de sus palabras. Hasta ahora tiene 16 años, es muy delgado y con sus ojos negros piensa que ha visto todo y cree saber, todo lo que yo sé. No sea ignorante, será difícil que haga un buen trabajo con esa actitud –.

– Calma, respira, se paciente. Eso es lo principal –, sugiere Heylel, – la creación va primero en tu percepción, en como organizas las cosas, luego viene la disposición de la naturaleza para dejar convertir sus extensiones en algo maravilloso para nosotros y en algo no natural para ella, por eso esperamos el momento indicado, porque cada cosa fue creada con un propósito, y nosotros transformamos ese propósito y le damos otro totalmente diferente; de qué serviría si cortas un árbol y desperdicias su existencia, ¿no sería mejor dejarlo ser? Si tomas prestado algo y no lo devuelves, ¿no existiría un robo? Para que tomar lo que no te pertenece, ¿para qué cortarlo si se va a secar? Es mejor admirar su belleza mientras aún se encuentra vivo, ¿no crees? Porque no estamos hablando solo del árbol, están las aves que tienen sus hogares en éste, piensa en los insectos que no tendrían alimento, además de la pequeña hierba que se protege del sol. Son un conjunto de sucesos que tienes que aprender a considerar antes de hacerlo. Ahora, después de que descifres todo, viene el trabajo manual, el propósito de tu labor, el para qué de tus acciones, en esto tienes que ser muy sabio querido hermano.

Adán observaba una pequeña flor que crecía en medio de dos piedras, era tan roja como su sangre, tan inocente, que producía placer y nostalgia al mismo tiempo. Inclinandose él, la rodeo con sus manos y la miraba como se miran las cosas hermosas. A unos veinte pasos Samael se encontraba quitando las hojas a una rama, con una rodilla sobre el suelo y con el otro pie haciendo equilibrio, mantenía la tarea. Una mirada fría y desazón asaltaba el ser de este ángel.

– Al fin y al cabo, sé que no quieres prestar atención, sin embargo, esto es muy importante, Adán, ¡míreme! –, Ordenó Samael, – ¡solo quiero que dirija la mirada cuando le hablo, niño! – lanzó Samael la rama con furia hacia el bosque, con tanta fuerza que cuando ésta se estrelló con un tronco se quebró en varios pedazos. Se incorporó de nuevo y con tono desafiante le dice a Adán, – la rebeldía de su comportamiento refleja lo que vive en su interior.

– ¿Rebeldía? ¿Qué sabes tú de rebeldía? – responde Adán, – Quizás mis

palabras resulten atrevidas para ti, pero he visto tus ojos tristes por no poder trascender, siempre estás acá, añorando algo que nunca vendrá, extrañando algo que ya no tienes, sientes lástima por ti, el único refugio que tienes para escapar de esta realidad es cuando sueñas; ahí, eres libre de forma real, aunque, estoy seguro que cuando lo haces, no puedes descansar de tu agónica existencia, por eso tienes que distraerte trabajando, creando cosas, discúlpame si soy imprudente, pero es lo que pienso.

– ¡Cree que no hacer las cosas que deseo, no se debería llamar rebeldía! – Samael agregó – ¿Entonces qué es? De cualquier forma y a lo mejor es rebeldía conmigo mismo, niño –. Con exasperación, se veían las facciones enrojecidas del ángel, sus ojos embriagados de tintes bermejos pálidos por la furia, mencionó: – Atraes lo que eres, y en este momento somos ira. Será mejor que no hablemos más, sandeces saldrán de mí y espacios de arrepentimiento después.

Se inclinó Adán sobre la planta otra vez y, con ímpetu, arrancó la flor de un solo golpe. Avanzó hasta Samael y, en un acto de reverencia, ofreció disculpas:

– Hermano, las palabras que salen de mi boca son injusticia de lo que eres, no permitas que el enojo cubra tu ser, eres muy valioso para mí –.

– Creo que a mí no me tiene que ofrecer nada. – Contesta Samael, – No cargue con el peso de sus propias palabras, es un fardel difícil de llevar. Mañana esta flor estará marchita, todo por el impulso de sus acciones. Como es tan sabio, entiende que estos hechos traen consecuencias. Ahora dígame niño: ¿Qué error cometió esta bella flor para que la arrancara? ¿Acaso con una disculpa le devolverá la vida? –

– Hermano, yo sé que no le devolveré la vida. El impulso de mis afanes ha dejado una huella y yo no deseaba que esto pasara. Tal parece que morirá, y siento pena por ello –.

– Niño, de cualquier forma, la flor iba a morir, lo malo fue la forma en que lo hizo. Ahora, quiero que piense en la muerte. Las palabras son como sus acciones, tienen el poder de destruir, también de secar los más hermosos sentimientos que tenemos los unos por los otros. Sin embargo, lo difícil es aprender a crear vida con ellas. Así que, a mí no me tiene que ofrecer nada –.

– Ésta es la primera herramienta, ¡ésta es la transformación Adán! – Fue diciendo Heylel, como si quisiera menguar la situación. – Ahora, puedes traer

la herramienta hecha en Limat por favor. Ésta se encuentra detrás de la cabaña –.

Adán se dirigió hacia la cabaña y dio vuelta como le había indicado su hermano. Mientras tanto, Heylel se arrodilló, cerró sus ojos, puso la flor sobre sus dos manos y dijo:

– Con esta lagrima de vida, y como símbolo de respeto, te devuelvo a la tierra, donde pertenecen los seres hermosos. Eres una sola con ella, ninguno tiene derecho de dañar lo que no sabe crear, ninguno puede destruir lo hermoso del ser, ni siquiera cuando el recuerdo muere la esencia se pierde. Todo se devuelve a la tierra porque de ella fue creada la existencia, la energía vital retorna al universo. Todos pertenecemos a una misma y única cosa. Tú perteneces acá... ¡vive flor y adorna de nuevo nuestro existir! –

Un rocío de amor inundó el lugar. Cuando Heylel abrió sus ojos, la flor estaba en medio de las dos piedras que la sostenían. Viva, resplandeciente. Lo único diferente que pudo notar en ella, fue la cicatriz de aquel lamentable momento.

– Samael, hermano, – menciona Heylel observando la flor con detenimiento. – desafortunadamente las consecuencias de las acciones no se pueden borrar, por más amor que haya en la intención, por más arrepentimiento es difícil quitar estas cicatrices. Lo mejor que se puede hacer ante un momento así es olvidar el hecho de que los vivos nunca podrán deshacer lo que hacen, sea esto bueno o malo, todo tiene consecuencias, todo –.

– Puede que tenga razón –, refunfuñó Samael, hundido todavía en la cólera, – sin embargo, cada uno es consciente de las acciones que realiza. Nada se hace al azar, si se cumple es porque se había pensado. Este deseo ya lo albergaba el muchacho en el corazón –.

– Sí, tienes razón, se albergaba en el corazón. Pero Adán no quiere ser la persona que se le pidió que fuera, es por eso por lo que renace su voluntad en contra de la de nosotros, él se da la libertad de innovarse siempre, quiere trascender, abrirse a un nuevo camino lejos de nosotros. Está confundido y lo entiendo, mal haríamos nosotros en juzgar su proceder. Démosle tiempo al tiempo y él entenderá la razón de su existencia –.

Minutos después, Adán se acerca con la herramienta sobre sus hombros, teniendo cuidado de no lastimar su rostro. El reflejo del sol que se vislumbraba sobre el Limat incomodaba su vista la mayoría del tiempo. Además, en tres o cuatro ocasiones sintió el roce de los afilados dientes sobre

sus dedos. Este artefacto constaba de dos listones, unidos por una cuerda en la parte superior y un palo que generaba tensión entre ellas, para no quebrar el Limat que se encontraba en la parte inferior. Ésta tenía dientes muy afilados, colocados de dos en dos y con diferente dirección y un mango de fácil agarre para el trabajo de mucha fricción.

Adán colocó la herramienta en el suelo, pero al ver a sus hermanos tomar camino hacia el mar, tuvo que incorporarse también y cargarla otra vez sobre su espalda. Su peso era ligero en medio de todo; y sus pasos, ágiles en el camino. Mientras marchaba guardaba cierta distancia con su hermano Samael, no comprendía si lo hacía por miedo o por respeto. Solo se mantuvo muy callado durante todo el viaje.

* * * *

Se dirigieron hasta un árbol seco que se encontraba cerca a la playa, casi dos horas de viaje desde la cabaña, un trayecto corto por recorrer. A lo lejos, el cielo parecía decolorarse, se observaban diferentes estelas, gamas sutiles e infinitas de luz que jugaban con las nubes. Cuando llegaban al océano, se descomponían erigiendo un gran camino. La naturaleza seguía su curso normal, las montañas se perdían en el horizonte, y el piso caliente alentaba cada vez a moverse más rápido.

No hubo palabras en ese entonces, el silencio era preso de sus pensamientos, quedan pocas cosas por decir en momentos así. El calor en ese instante del día era agotador, se detenían cada diez minutos para tomar algo y descansar un poco. Cuando llegaron, Samael se acercó hasta el árbol, lo abrazó como si hubiese sido un conocido que no veía desde hace mucho tiempo. Un profundo respeto se sentía en el ambiente. En ese instante, Samael llamó a su hermano Adán y juntos lo cortaron. Era algo raro, pensaba el niño, se quebraba fácil, como si fuera muy frágil en su interior. No puso mayor resistencia; además, su peso era muy poco para su tamaño, Adán creía que todo era circunstancial, ya sea por el paso del agua o la resequedad de los vientos. Ellos habían extraído todo el poder que se encontraba en su interior.

Sus huellas iban dejando la playa mientras arrastraban el madero al lugar donde construirían la barca. Llegó el tiempo de conversar. Se encontraban en contra luz de un atardecer encantado, ese que brinda el sol ocultándose momento a momento. Un reflejo muy tenue, casi ausente, en una soledad infinita agonizaban los últimos rayos del alba.

– Adán lo que buscas hoy, tiene respuestas en un ayer. – Dice Heylel con una gran sonrisa en su rostro y con el designio de amor que lo caracteriza, además señala: – ¿Ves este árbol? Soportó la furia del viento, el mar lo envistió con violencia, resistió la última tempestad, pero mira, sus raíces son fuertes y no declinó, jamás fue forzado, nunca dejó de crecer, sabía que necesitaba de todas esas cosas para vivir. No murió antes ni después, murió en su preciso momento, no le sobró ni le faltó nada, esa es la sabiduría de la naturaleza, inscrita en su tierra.

– No se podría hablar de un ayer si se buscan respuestas hoy –, señaló Adán, – traeríamos al presente todo lo pasado... en ese caso, el pasado no existiría –.

– Claro que existe –, respondió Heylel con mucho amor, – todo tiene una historia, hasta el grano más pequeño de arena de esta playa tiene un relato que contar –.

– Me gustaría escucharlo –, Interrumpió Adán con tono sarcástico.

– Para dejar memoria no se necesitan las palabras hermano, no se oculta nada bajo lo evidente, no se pierde nada en este paso terrenal –. Insistió Heylel.

– El árbol no decidió vivir –, Insiste Adán, en afán de ganar su discusión, – solo fue un accidente. No creo que él haya decidido crecer para terminar cortado en varios pedazos –.

– Adán, cuando estas dentro de un gran equilibrio, todo tiene un propósito –, señaló Heylel con tono cordial y amoroso, como lo hacía siempre, – las cosas no se crean por azar, ni por accidentes, hacen parte de un todo y como premisa la existencia de tus actos dejaran una gran enseñanza en la historia –.

– No hallo el sentido de soportar cientos de tempestades o soportar la furia del océano –, dice Adán, con un gesto incrédulo; además, reforzándolo con movimientos de su cabeza, como de negación. – Si no estuviéramos aquí, el árbol habría vivido en vano ¿o me equivoco? –

– ¿Quién dice que nosotros seríamos los únicos que lo utilizaríamos? – pregunta Heylel, con sus cejas inclinadas y dando paso a la duda, – ¿viste los insectos que tenía en su exterior y las aves que se posaban sobre él? El árbol no nació para que tú lo cortaras Adán, no seas presuntuoso –.

– No estoy siendo presuntuoso, hay palabras vacías que no merecen explicación. Además, debe ser muy triste luchar con tanta fuerza en esta realidad para ser algo que utilicen los demás –.

Con tono cálido y amoroso responde Heylel, – Es más triste estar en esta realidad como tú llamas y no aportar nada a la naturaleza ¿no crees? –

Adán movía la cabeza con cada palabra que escuchaba, ignoraba el momento, recordó lo que había ocurrido con los pichones, se sentía acongojado, angustiado. Una reflexión en su corazón le indicaba que había hecho lo correcto, aunque no dejaba de preocuparse.

Un rato más tarde, con una fogata encendida y recostados frente al mar, descansaron los tres. Samael, con sus ojos puestos en la luna tenía muchas sensaciones encontradas y Adán, con sus manos unidas y su rostro sobre ellas, miraba la infinidad del océano.

Al día siguiente, Adán, casi dormido, sentía golpes constantes, le molestaban, oía el sonido que producía el hierro cuando se encuentra cara a cara con la madera. Además, eso no era lo único que lo incomodaba, el eco de los mosquitos sobre sus oídos le resultaba muy irritante. Así que decidió abrir sus ojos, pasó sus manos sobre su rostro, estiró los brazos y rascó su espalda.

– Buenos días ¿cómo amanecen en esta gran mañana? – preguntó Adán.

– Hermano, que bueno que despiertas, – asintió Heylel con una gran sonrisa, – ¿estás listo para lo que vamos a hacer hoy? Es mejor que comas algo y te acerques hasta acá –.

– No tardo, hoy será un gran día – dijo Adán, dejándose llevar por el entusiasmo de Heylel.

Samael se encontraba recogiendo los pedazos de madera ya cortados, no contestó ni sonrió. Sólo sostuvo un instante su mirada con la de Adán; no parpadeó, dio vuelta y siguió con su labor.

Pasaron unos minutos y a lo lejos se escucha la voz de Heylel:

– Ven Adán, pasa tu mano sobre la madera, tócala, siente lo que te dice, déjate llevar por tus sentidos. Cierra tus ojos y disfruta de todo lo que te ofrece la naturaleza. A veces nos dejamos confundir con la primera impresión y señalamos o juzgamos sin medir las consecuencias de ello. Dime ¿qué sientes cuando la tocas? –

– Es un material duro, – responde Adán, – un poco rugoso, con unas formas extrañas, como si estuviera tocando un árbol feo y grueso –.

– No Adán, por favor, hermano, concéntrate, – Heylel tocaba la madera con los ojos cerrados mientras hablaba, – no te dejes llevar por lo que ya conoces,

en ocasiones es mejor ser ciegos ante lo evidente, ante lo común. Ahora, quiero que vayas más allá. Dime todo lo que puedas decir, no solo lo superficial –.

– Es lo que siento, ¿o tengo que adivinar para que te sientas bien?

– Pierdes el tiempo con el niño Heylel –, respondió con brusquedad Samael.

– Adán, mira –, señaló Heylel, – si deslizo mi mano hacia la derecha se siente muy suave, es como si pasara mi cuerpo sobre muchos duraznos frescos o como si lo hiciera sobre el agua en reposo, es una sensación placentera. Pero si lo hago hacia la izquierda se siente muy áspero, me lastima, siento las astillas incrustarse en mi piel. Además, el olor a madera es extraordinario y muy fuerte cerca de esos grandes círculos negros, las líneas van hacia una misma dirección –.

– Pues yo sentí un material rugoso y feo –, afirmó Adán con ansiedad.

– Hermano, eres como este pedazo de madera, la transformación siempre está presente, no eres el mismo de ayer, el mañana quizás es algo incierto para todos, sin embargo, la experiencia es esa guía que nos sirve como herramienta para tener oportunidades sobre los interrogantes más complejos –, respondió Heylel. Entonces, colocó la escalilla sobre el tablón y la deslizó en dirección al mar, fue un movimiento muy suave, lo hizo sin esfuerzo alguno. Y dijo: – Además, tengo que retirar el aserrín sobrante con una roca albina. Ese aserrín puede asemejar en tu vida las oportunidades que perdiste y las cosas que ya no te sirven pero que no quieres dejar atrás, todo por miedo a lo que no conocías. Ahora, volviendo a la madera, date cuenta que cuando trabajo hacia el otro lado, la herramienta se estanca, no funciona. Si aplico más fuerza de la necesaria, se desprende un gran pedazo. De cualquier forma, hacerlo en contravía dañará el material. No puedes ir en contravía de lo que te acerca a tu bienestar, deteriorarás cosas bonitas que se encuentran dentro de ti y te darás cuenta de ello más adelante. Toda obra requiere conocimiento, toda vida también requiere conocimiento propio, necesita una guía, precisa sueños y es allí donde marcas tu destino –.

– ¿Estás diciendo que si no me conozco no llegaré a marcar mi destino en este paso transitorio por la vida? – preguntó Adán.

– Estoy diciendo que, aunque trates de ir en un camino adverso, todo tiene un orden y somos forjadores de nuestro propio destino –.

– Hermano tus palabras son sabias pero difíciles de comprender. Mejor

ayudaré a Samael en su labor –. Se retiró Adán pensativo.

Todo era desorden en el espacio de trabajo, pedazos de madera de todos los tamaños tirados a lado y lado. Aserrín grande, pequeño, casi polvillo, ese mismo que provoca estornudo. Olor a madera cortada que estimula el olfato al entrar en tan maravillosas fragancias. Caminos de brea empalagando las hojas caídas y astillas punzantes en el suelo.

Heylel seguía cargando en su mano la pieza de tablón que se encontraba casi terminada. Daba pequeños golpes con el objeto sobre sus rodillas. – Sabes –, dijo levantándolo: – Nosotros somos parecidos a este pedazo de madera y tenemos en la vida dos caminos: hacer las cosas bien o hacer las cosas mal. A veces, escogemos una tercera que es hacer las dos al tiempo y es una mala decisión. Es difícil precisar lo que encontraremos en ellas durante nuestra travesía en esta tierra, solo transitamos por medio de las acciones y los recuerdos. La vida nos moldea de acuerdo con lo que hacemos, transitar en el pesimismo imaginario es algo relativamente manejable, aunque llegan momentos donde vemos que todo está mal. Tiempos difíciles, sentimos que nuestra existencia se rompe como la madera y es cuando vamos en contravía de las cuestiones lógicas de la existencia, de las cosas sencillas y más fáciles de la vida. ¿Qué hacer? ¿Despreciar la vida como quien desprecia un regalo que nunca pidió para él? ¿Abandonar el compromiso de vivir al sufrir el primer tropiezo? Desentendernos de la realidad diciendo: ¿esto soy yo? Son cosas difíciles para ti hermano. Si te soy sincero, creo que en ti habitan muchos sentimientos, encerrados en un solo cuerpo, ¿qué difícil es ser humano!

–

Mientras tanto, Samael cortaba dos pedazos de madera e hizo que encajaran a la perfección, haciendo una ranura en la mitad de cada uno y colocando savia para sellarlos. Así, conseguía que fueran más largos y más gruesos. Aprovechaba el calor del mediodía porque es fácil que esta unión sellara con finura. Luego los rociaba con brea para lograr impermeabilizarlos, además de evitar que las larvas de los animales destruyeran la madera desde su interior.

Hasta ese momento, las piezas eran parte de un gran rompecabezas y todos los pedazos se encontraban en un completo caos, ocupaban gran espacio. Esto fue lo que hicieron por más o menos cuarenta y cinco días.

Cuando tuvieron todas las piezas completas armaron una gran embarcación. Ésta medía 9 metros de largo por dos de ancho. Su Proa y su Popa se asemejaban a los cuernos de los escarabajos: altos y en forma de agujón hacia

el centro, y con elianas amarradas en las puntas, para disminuir la inercia del mar, con el fin de romper más fácil las olas. Hacia babor y estribor colocaron cuatro columnas para soportar los remos. En el centro de la barca, una caja para guardar las provisiones de Adán y un espacio para que él descansara en las noches. La tapa de la caja tenía semejanza a una batea, con el fin de recolectar agua lluvia. Sus remos eran largos y sus extremos terminaban en forma de punta de flecha. Todo lo hecho era algo hermoso.

Fueron tres meses el tiempo que dedicaron Adán, Heylel y Samael a trabajar. Fue un tiempo de ardua labor. La esencia era la misma, el amor entre ellos no cambió, se transformó, algo similar a lo que ocurría con la madera y las diferentes fibras de algunas plantas que ellos utilizaban, se necesitaban las unas a las otras, son fuente de soporte, de evolución. La única diferencia es que los residuos de los materiales físicos podían ser desechados o incinerados. Si ese material o esa naturaleza problemática no se echa fuera del interior del cuerpo de Adán, se descompondrá, se pudrirá, pensaba Heylel. La tierra empieza a recuperar lo que prestó a cada uno de nosotros, ¿pero los residuos de la transformación de Adán dónde están, o donde quedarán? Solo el tiempo determinaría que haría con ellos o con su esencia misma.

Para Adán, fue fascinante saber que tenían que trabajar cerca de la playa porque de otra manera, sería imposible llevar esta barca al mar. Esperar la marea alta y salir de allí. Tuvo sentido todo ese esfuerzo, tuvo sentido la enseñanza. Durante mucho tiempo transformaron, crearon cosas maravillosas y hermosas. Hicieron grandes obras, no porque fuesen solemnes, sino por la sencillez y la utilidad de éstas. Esto era algo único en Samael, ver donde otros no podían ver, sacar a la luz la belleza de todo lo que tenía contacto con él, la magia de sus manos y de su razonamiento eran únicas.

Era el momento de volver a casa y buscar a su hermano Auriel. El destino les indicaba que el tiempo de salir de la Isla había llegado, partir los cuatro, como una familia. Estar cara a cara con su nuevo destino y enfrentar de manera sabia las múltiples posibilidades que regala la vida. Heylel pensaba que es un regalo esperar una nueva oportunidad día a día. Asimismo, tener el control de tus emociones equilibra el universo. Construir, de forma reflexiva, la perspectiva de la existencia propia del ser trae consigo armonía para el espíritu. Además, Soñar como sueñan los humanos libera la presión de la realidad, dispone una nueva representación de lo que se desea y que no se puede conseguir en un contexto real. Soñar es adentrarse en las fantasías

propias de lo que resulta usualmente cotidiano. Es a esto a lo que se le puede llamar destino, ser capaces de crear una visión propia en un tiempo que no ha ocurrido. Heylel deseaba con todo su corazón enseñar esto a Adán, que él fuera capaz de visualizarse en un porvenir próspero, sabio y lleno de entendimiento sobre su propio ser. Los cambios frecuentes del estado de ánimo de su hermano lo entristecían, pero Heylel estaba seguro de que con un buen ejemplo se construyen muchas cosas sin necesidad de invalidar el criterio de libertad de Adán.

Rato después, y a lo lejos, el cielo se oscurecía cada vez más durante el día. – Se avecinan las precipitaciones en la tierra de Kittim – mencionó Samael. El sonido de las lluvias presagiaba el arribo del invierno y era algo bueno para todos, era un momento especial para que Auriel preparara la llegada de Adán. Nunca Auriel se había separado tanto tiempo de él. Además, el regreso de su hermano era un evento que no se podría pasar por alto. Por tal motivo, Auriel no tardó en arreglar todo el lugar. Decoró la mesa principal con los frutos y la comida que más le gustaba a Adán, exquisitos platos yacían humeantes esperando a ser probados. También elaboró una nueva manta de dormir para su hermano, mucho más fina en su estructura y con colores vistosos que se asemejaban al arcoíris o a las bellas aves que se posaban sobre su ventana.

En la cabaña no hacía frío; sin embargo, todo el lugar estaba húmedo por la lluvia. El olor de la tierra que se levantaba con la caída del argavieso es maravilloso. A lo lejos, Auriel dirigía su mirada a lo alto de la montaña y sentía una sensación extraña al ver los volcanes, ellos peleaban con el agua para mantener su fuego encendido y daban un espectáculo sorprendente, el fuego y el líquido unidos en una sola danza.

Un aguacero torrencial caía. A lo lejos, dos figuras se formaban, modeladas por las gotas de agua que caían sobre sus cuerpos. Traían consigo un paso muy tranquilo para el momento. Se escuchaba la lluvia con gran fuerza y se alumbraba todo por instantes con cada relámpago, se perdía el silencio y la armonía, aunque la felicidad estaba intacta. Mucho más atrás, caminaba Heylel con una sonrisa que se encendía como si fuesen pequeños destellos. Decidió entonces, que era el tiempo de cantar un soneto que tenía preparado para la llegada de Adán a la cabaña. Era algo sencillo en composición; sin embargo, contenía abundantes muestras de sentimiento y amor. Mientras caminaba cantaba:

El calor de tu piel traspasó los sentimientos,

¿Cómo se podría vivir sin sentir tus huellas?

Si todo lo que tocas, en mí destella,

Un paso triunfal hacia los firmamentos.

En mi mente los bellos cuentos,

Donde se veían preciosas y destellantes estrellas,

Y tú siempre fuiste el más hermoso entre todas aquellas,

Eres el pilar, el dueño de todos los cimientos.

¿Dónde quedarán estas palabras que el viento resuena con gran albor?

Si los muros de tu sonrisa opacan la belleza misma,

¿Cómo se podría vivir sin tu hermosa existencia?

Buscando respuestas, estás para ser mejor,

Los arcoíris mágicos llenos de tu prisma,

Tu linaje será puro y grande, eres la más bella herencia.

* * * *

Llegaron por fin a su hogar, después de tantos meses reunidos en el trabajo, transformando la naturaleza misma. Auriel da la bienvenida:

– Adán, hermanos, después de tanto tiempo es gratificante verlos, es una época especial, ha comenzado una nueva etapa y tenemos que celebrar –.

– También me alegra verlo, – respondió Adán con dura serenidad, – pero no hay nada que celebrar, estoy cansado, lo único que quiero es reposar, no veo porque tenemos que festejar haber trabajado durante más de tres meses, es algo ilógico –.

Heylel y Samael tomaron un respiro, bastaron esas pocas palabras de Adán para arruinar la celebración. Bajaron sus miradas, dejaron arpa y herramientas a un lado y declaró Heylel:

– Si, tienes razón, no hay nada que celebrar. Sin embargo, deberías pensar más allá, no solo en ti, hermano, los detalles no son vanos, hay un sentimiento en cada uno de ellos, el esfuerzo de cada detalle lleva consigo algo, es muestra inevitable de una emoción, es una pauta y una muestra de amor. ¿Qué más se

puede decir sino lo que se demuestra? ¿Hay algo más grande que el hacer, para ser coherente con lo que se dice? ¿O las palabras llenan más que lo que se expresa con hechos? Dime, que tu cansancio no nuble tu juicio, que lo empapado no opaque tu visión –.

– El esfuerzo individual es vano si no se tiene un objetivo en común con los demás. – dijo en tono de insolencia Adán. – Si se piensa solo en lo que ustedes quieren, estarían madurando una ambición única en sus deseos, no hay nada recíproco en ello, solo existiría un deseo y yo sería el canal para conseguirlo, no estaríamos hablando de un detalle para mí, sino de la satisfacción que sentirían ustedes al entregarlo, el goce que produce eso es lo que los hace felices, pero no a mí –.

– ¡Adán! – Se paró Samael de un solo golpe de su silla y clavó la mirada en el joven, no pudo contener la cólera y en forma airada responde: – el hecho de que nuestros hermanos tuvieran un detalle para nosotros no es sinónimo de que lo hacen para satisfacer sus deseos personales, si fuera así, créame que hay muchas cosas más por hacer y no para usted. Niño, es cierto que usted es lo más importante para nosotros, pero su manera de actuar y de decir lo que piensa es un brusca, incorrecta e inadecuada. Siempre piensa y está seguro que es una obligación todo lo que le proponemos hacer, y de mi parte, la paciencia ya comienza a flaquear –.

– Que no sea motivo de discordia una bienvenida. – Parecía resignado Heylel. – Si nuestro hermano está cansado y, además de ello, mojado, dejémoslo que se seque y descanse, tenemos tiempo para continuar mañana y es sabio dejar así. Es verdad que nos esforzamos mucho, sin embargo, no ignoremos el hecho de que están acá y estamos en buena forma –.

Adán se retira hacia su habitación. Mientras tanto, Heylel propone a sus hermanos hablar en un lugar apartado de la cabaña para que él no escuchara lo que se iba a decir. Se retiraron sin hacer mayor ruido.

Heylel toma la palabra: – hermanos, el Maestro me ha comentado que el momento, en el que se encontrarán los últimos hombres sobre la tierra, ha llegado. Después de la gran lluvia de fuego y de los grandes terremotos, todo está un poco más estable. Así que decidió que el tiempo es ahora. Nuestro trabajo ha terminado, no queda más que viajar. Debemos desprendernos paulatinamente de nuestro hermano Adán. Todavía no sabe que hay muchos más como nosotros, va a hacer una gran sorpresa para él, lo prepararemos estos dos días y será la última lección que aprenda; luego, viajaremos hasta el

lugar donde se encuentra el otro hombre. Él está ubicado al final de las siete montañas, en la tierra de Tifsah, donde nacen los cuatro grandes ríos hacia el Este, están encerrados al igual que nosotros: ellos por la cadena montañosa; y nosotros, por el mar. Son pocos los lugares donde se puede vivir sin que haya fuertes olores a azufre de los volcanes en erupción. Asimismo, casi no queda tierra fértil ni aguas que no estén contaminadas. Lo importante es que allí recibiremos más conocimientos y se decidirá nuestro destino: volver al lugar de dónde venimos o quedarnos aquí para que esto no vuelva a ocurrir –.

– Lo que me impacienta en estos momentos son las reacciones tan agresivas de Adán. – había hablado tenso Samael. – Aunque él es un ser maravilloso, ha cambiado mucho, ahora es un niño impulsivo, apático y grosero. Cuando el Maestro hable con él por primera vez, va a dudar sobre nuestro trabajo, creo que será una decepción. No se debió acelerar el proceso de enseñanza, los tiempos estipulados debieron ser respetados –.

– Calma Hermano –, mencionó Heylel. – Todo tiempo es perfecto, no hay nada al azar, me comentaron que el otro humano es mucho más estable e independiente y que, al igual que Adán, es muy temperamental. Ahora lo importante es esperar que la marea suba para salir de aquí –.

CAPÍTULO 3. UN FRÍO DE MUERTE

Heylel, el mayor de los tres ángeles se encontraba más cercano al Maestro, segundo en autoridad, amado sobre los demás. El primero de su especie, hermoso, perfecto, sabio, cándido y con un especial don para la música. Fue además puesto en un estrado diferente al de sus hermanos. No eran los únicos seres angelicales, millones como ellos fueron creados, con un propósito inicial y nada vano, establecidos para un mismo fin: cuidar la existencia de un ser racional, autodestructivo, egocéntrico, emocional, cobarde, cruel, desagradable y débil. Aunque, en muchas ocasiones, parecían alcanzar las capacidades del Maestro. Estas cualidades eran cosas que ellos no poseían; ciertamente, el Maestro pensaba que nunca las iban a tener. Un propósito de los ángeles, no descrito en la existencia de su ser, es una carta abierta a un destino vacío. Eso eran ellos.

Los Ángeles no comen, descansan durante la noche, tienen la capacidad de soñar y de instruir a través de los sueños, sin manipular las funciones más básicas del otro. Pueden amar a tal punto de sentir fatiga o dolor por algo que los perturbe. Tienen que hacer su trabajo con perfección, bajo esa base se fundamenta su existencia. Son altos, de piel blanca, el color de cabello es diferente en cada uno, el color de los ojos también. Su vestimenta es en lino Blanco, utilizan dos salientes ubicadas en sus espaldas para protegerlos de los rayos del sol.

Samael, segundo al mando fue creado para instruir, establecer, organizar las cosas y cultivar la creatividad. Una personalidad fuerte lo acompaña, con una cabellera roja y unos ojos amarillos que imponen su presencia, además de un amor muy fuerte por su hermano Heylel. El último de los tres guardianes es Auriel, fuerte en la caza, sagaz, entrenado en el arte de la guerra, ama a Adán como ninguno. Siendo de pocas palabras para la enseñanza, prefería hacerlo por medio del ejemplo.

* * * *

El tiempo ideal para viajar había llegado, tenían que desplazarse de la isla de Kittim a la tierra de Tifsah. Esperaron un momento para dejar todos los bellos recuerdos del tiempo que estuvieron en la isla. No es fácil abandonar un hogar, todas las memorias después de un tiempo tienden a convertirse en sueños, no se logra diferenciar si el suceso fue real o no, se cobijan bajo falsas vivencias

y es difícil distinguir que es lo más significativo en un cometido de esta magnitud. O eso es lo que Adán reflexionaba en esos momentos, mientras miraba hacia atrás y abandonaba sus raíces. Heylel pensaba que los recuerdos de sus días en la isla no estaban cobijados bajo la contraposición del olvido; al contrario, recorren y viven dentro de nosotros, como pequeños peces que se escabullen y no dejan rastros, pero que, en momentos determinados, vuelven y nos hacen sentir emociones con las que estamos familiarizados o experimentar sentimientos perdidos en el tiempo. Situarnos en cada circunstancia vivida hace que podamos disfrutar de las cosas hermosas una y otra vez. Nunca abandonaría la Isla si no la olvidaba, permanecería perpetua en el entendimiento de la razón pura.

Partieron teniendo la convicción de haber realizado un buen trabajo, cobijados bajo el beneficio de la grandeza de las acciones realizadas. Subieron a la barca y marcaron la ruta de sus destinos, todos abrigaban la esperanza de un nuevo comienzo. La duda no es opción, cuando los planes se trazan con disposición y entrega.

Después de llevar unas horas en el mar, las olas golpeaban la barca en forma agresiva. La cabellera roja de Auriel hacia juego con el sol del alba, y sus ojos grises reflejaban el océano en todo su esplendor. Los tres ángeles permanecían al frente de la barca, como titanes, dispuestos a pelear por una convicción, con herramientas de guerra, grandes en sus actos, con visiones de autoridad y seguridad.

Fueron momentos de trabajo duro, el oleaje se interponía, la labor no es fácil en situaciones así, la fuerza de éstas vaticinaba que la lucha sería larga. Las olas ocultaban el descanso del sol por instantes, eran muy altas, se podía sentir cómo en instantes hundían la barca. Adán, en un rincón de ésta, temeroso, recordó los pichones: – Esto mismo debieron sentir ellos, no tener la fuerza necesaria para luchar da temor. Tengo las huellas y su olor en mi cuerpo, viven en mi mente para atormentarme –. Mirándose las manos decía: – Veo mi sangre, ¿o es la de ellos? No lo sé. Son señales de que las cosas van mal, no siento el calor protector de ninguno. Además, los sueños son cada vez más horribles. ¿Cómo escapar? ¿Por qué no solo decirlo y ya?, liberarme, algo cambia cuando la ira me invade, no soy yo, ¿o será mi verdadero yo? No sé quién soy, no soy nada, soy vil entre las criaturas. Vivo en un mundo de ilusión: pequeño, manipulable, ordinario y ruin. Soy un asesino, la razón no me alcanza para entender. O quizás no lo soy, solo los ayudé a salir de aquí, le

ahorré trabajo al ave mayor y ahora es libre. Pero ¿si ese no era su propósito? Y ahora es esclava de su propia naturaleza, buscándolos por toda la isla, pierde su tiempo –. Se preguntaba otra vez Adán e insistía una y otra vez: – ¿Y si los encontró? Debe de estar viviendo un momento de odio profundo por el que hizo eso. ¡Por mí! ¿Cómo se podrá vengar el ave contra mí? Si tan solo supiera que estoy muerto en vida, no buscaría venganza. Solo queda olvidarme en mi propio recuerdo. ¿Si olvido muero? Siempre vuelvo a vivir el mismo momento, desafortunado momento.

Una fuerte ola hizo volver a Adán en sí, en su esquina, vulnerable, victimizado, con un solo deseo, que la barca se hundiera. Sus hermanos con la guardia siempre arriba, le devolvían la fe. Se puede aspirar a algo más en medio de la tempestad, en medio de la tribulación, se puede enfrentar en miedo y mirarlo cara a cara, sin molestarnos, sin dejarnos infundir la más mínima avidez.

– ¿Tal parece que desde hace días estas distante? – pregunta Heylel con sus manos en los remos y la mirada perdida. – No te siento, distraído llevas tú mirada en el pasado hermano. Lejanas tus sonrisas se encuentran de nosotros –.

– Supongo que sí, eres muy observador y te felicito por eso –, responde Adán, acurrucado en la esquina más lejana de sus hermanos. – Sin embargo ¿qué tiene que ver que sienta miedo al mar, con que tenga la mirada en el pasado? No hayo la relación –.

– La relación es relación cuando la sospecha sostiene tu paz. Cuando declaras “supongo que sí” das respuesta a mi pregunta, aunque me gustaría saber el por qué. No vives, inerte se encuentra tu mirada, huyendo, pálida, sin brillo. Angustiada tu alma no la alcanzas, se llevó tú luz y tú paz sin que te dieras cuenta. No dejó rastro al irse de ti. Ni siquiera una tibia estela queda en ese lugar donde guardas lo hermoso. Se asemeja a una disimulada danza ajena que encubre tu carácter en momentos de adversidad. En un fondo sin luminiscencia buscas querer confesar hermano. Así que una cosa tiene que ver con la otra –.

– La luz no es luz cuando estas ciego, cuando cierro los ojos no existe más, es una mala fantasía y referencia –, menciona Adán exaltado.

– No puedes cerrar los ojos y esperar que tu quebranto no exista –, Responde Heylel con sencilla serenidad. – No puedes cerrar tus ojos y esperar que los problemas desaparezcan. Hay salidas mucho más fáciles para cada

preocupación, el hablar libera, nos desata de tan amargas penas, nos hace soltar cargas muy pesadas... –

– “*Liberar*” –. Adán repitió la palabra más sencilla y profunda. Es lo mismo que Samael había dicho tiempo atrás. Comprendió, sin embargo, que esta palabra es una ilusión efímera y alcanzar la realización de dicha expresión en su vida o en la vida de cualquiera no se conseguiría jamás, nunca se alcanzaría el esplendor de ser libre y la libertad absoluta será precaria ante el sentir de la naturaleza. Parecía resignado ante tal afirmación, decidió entonces concentrarse en el movimiento de la barca, empezó a sentir náuseas, perturbado e incómodo, no sabía en realidad si eran originados por las olas o la verdad de sus pensamientos que eran los causantes de su desconsuelo. Una simple palabra tiene la fuerza necesaria del control, “liberar”.

– Qué más da sentir o no. Todo es un juego de palabras, de sentimientos. Significados que a decir verdad carecen de su propio sentido. Creer genera incertidumbre y causa en mí una ansiedad profunda –, pensó Adán, sollozando en lamento. Las olas despiadadas seguían con su trabajo, no iban a dejar que un intruso se moviera libremente en su espacio sin su permiso, no dejarían cruzar sin reclamar algo a cambio.

– ¡Adán, ayuda! – gritó Samael con desespero, mientras sostenía las cuerdas que le daban estabilidad y equilibrio a la barca: – ¡No se quede agazapado, haga algo!

Auriel los miró, vio fijar una sonrisa retadora en Adán: – ¡no grites! te escucho muy bien –, declaró el niño en voz altiva. Tomó un remo con su mano derecha, estropeada por los golpes contra la barca. Sus palmas yacían humedecidas y álgidas. Sus uñas se enterraban sobre el madero para no soltarlo. Simuló la ilusión de estar trabajando animosamente por algunos momentos. El cabello cubría su rostro, tenía un sabor salado, un olor hediondo, tieso en su raíz. El viento soplaba a sus espaldas con gran fuerza, esto no ayudaría, pensaba él. Con la otra mano trataba de quitar el incómodo pelo, aunque no lo lograba. Las olas grandiosas sacudían más y más.

– “trabaja duro para hacer las cosas fáciles”. ¡Sí, claro! – otra falacia sin sentido, como todo lo que decía Samael, pensó por un momento Adán: – Él nunca me ha querido, sólo enseña cosas sin sentido. El trabajo duro es la justificación constante para la falta de paz, el gozo es estar contento con lo que hay y no más –. Sin embargo, no podía decirlo, se sentía aislado, apartado. Además, no era el momento para entrar en discusiones. Con el pasar de los

minutos, el mar estaba cediendo, recordándole cuando se desvanecía el sonido de los pichones, “uic”... cada vez más tenue, y más cuando se encontraban los polluelos entre sus manos. – *jotra vez había vencido!* – Así se consideraba, imbatible, sin dolor, superior en todo sentido. Si el océano, con toda su fuerza, no lo había subyugado, nadie iba a hacerlo.

– ¡Se puede morir de forma placentera cuando se ha vencido a un gigante! o ¿qué opinas tú Samael? –, preguntaba Adán, mientras reía con gran orgullo.

Samael lo miró inmóvil. Al cabo de un rato, respondió: – La fuerza de su alma está mendigando conquistas. ¿Se siente colosal con falsos triunfos?... ¡Niño! Peligros inusitados le rodearán, no se mofe con victorias ajenas –.

Fatigado, después del choque contra el mar, y con sus ojos conmovidos por las palabras de su hermano, mencionó Adán:

– Creo que estoy pidiendo lo imposible, contigo no se puede razonar, mi entendimiento es más grande que tu juicio, soberbias palabras dices –. En tono sarcástico declara: – tú prosa es liberadora y llena de paz, para meditar y analizar. Es un trabajo perdido y desgastante, podría ser inocuo en un tiempo para mí, pero mientras tanto no –.

– ¡Hemos llegado! – Interrumpe con gran entusiasmo Heylel. – alcanzamos la tierra de Latakia, con las fuerzas necesarias lo logramos, un trabajo en grupo hecho realidad.

Cuando arribó la barca a la playa, Adán y los tres Ángeles tuvieron que emprender un largo camino. Recorrieron un extenso trecho del territorio, los vientos que soplaban del Éste eran mucho más puros que los del antiguo hogar. Es la primera vez que Adán salía de la isla, en sus ojos se notaba la angustia y la desesperanza lo abrazaba con gran fuerza. Sin embargo, los Ángeles estaban tranquilos, como si ya hubieran estado allí antes. Muchos días de camino y poco descanso, es la recompensa que se obtiene por llevar a Adán a su nuevo hogar.

Ya en la cima de la montaña, Adán transformaba la angustia en tranquilidad. Se maravillaba al ver la inmensidad de la tierra. Estaba estupefacto, inquieto, intranquilo y emocionado. Daba por seguro que cosas grandes vendrían a su favor. Cuando descendieron de la colina y se encontraban en la parte más llana, las cosas empezaron a cambiar. Mientras caminaban, percibieron la desolación de la tierra, se encontraba desnuda, con frío y con cientos de cicatrices, esas mismas que quedan cuando desafías a la muerte y se producen,

al parecer, por negarte a desamparar a los que cuidas. Como decía Heylel: – Esa es la sabiduría más profunda y la da nuestra naturaleza. No se puede afectar el equilibrio, no se pueden tomar las cosas fáciles y hacerlas complicadas, no se puede interrumpir el ciclo... al final, ella retorna a su forma original. Transformaciones con sentido en los poderes plenos de la sabiduría natural, más que en la verdad absoluta de su esencia, eso es ella. La sabiduría no es solo entender que se tiene un conocimiento; esto va más allá, la captación de la experiencia virgen construye, sin que lo sepamos, escalones que llegan a dirigir nuestro carácter. No se puede desafiar lo extraordinario y maravilloso, no se puede desafiar la muerte.

En su camino hacia Tifsah, racionaban la comida para Adán. Asimismo, procuraban suministrarle agua sin desperdiciar nada, ya que del río no la podía tomar. Los frutos que Adán estaba acostumbrado a comer no se encontraban. Mencionaba Heylel: – se paciente, más tarde entenderás –.

Para Adán tanto silencio es abrumador, ensordece sus ideas más ocultas, altera su conciencia y nubla su juicio. Escuchar sólo el sonido de su respiración lo llevaba a otro estado que nunca había vivido. Asimismo, recordaba que en la parte alta de la montaña se respiraba con dificultad; pero, también era consiente que en donde se hallaba en esos momentos resultaba agotador, ya fuera por la falta de aire o por el olor a muerte de aquel lugar. Los frutos secos que tocaba con su mano lo lastimaban. Su boca agria anhelaba el sabor dulce. Por primera vez quería soñar para escapar de esta situación tan precaria en la que estaba. Adán nunca se había sentido vulnerable, tenía miedo, no encontraba nada con vida: ni árboles, ni flores, ni animales, ni siquiera las palabras. Todo vestigio de amor yacía marcado por el horror que produce el fuego cuando te toca. Cada cierto tiempo de camino, encontraban formas anacrónicas que suplicaban por ayuda. Además, las plantas de los pies de Adán comenzaban a sentir el vestigio de sus pasos, las heridas cada vez eran más profundas y hacían revivir el sufrimiento de esa época sin tiempo.

– Turbio a la vista y al olfato, ¿no crees? – menciona Heylel, mientras tomaba a su hermano menor por el antebrazo, lastimando un poco su codo. – ¡Suspira profundo! Vuélvelo a hacer cuantas veces sea necesario, no dejes que el olor a extinción entre en ti, no permitas que todo el entorno juegue contigo, a él no le gusta jugar, total, no le gusta perder. Él se alimenta de la intimidación, y créeme, se encuentra muy satisfecho en estos momentos. Las burbujas estallan muy fácil, así es la naturaleza. Lo que sobra lo reutiliza, lo que falta lo

consigue, lo malo lo desecha para rehacerlo de nuevo –.

Más adelante del sendero, caminaban con paso firme Samael y Auriel, al igual que Heylel, nunca sintieron hambre o soportaron frío. Adán nunca los vio comer, ni mucho menos quejarse. Solo existían. Para Adán, las necesidades básicas de ellos nunca fueron suplidas en su haber. Solo se centraban en un propósito: cuidar la existencia de Adán, mantener con vida y esperanza a este importante ser. Heylel cada cierto tiempo llamaba a Adán a un lado del camino, hacía que se sentara sobre cualquier roca para que descansara; después de ello, colocaba sus manos sobre los pies de su hermano y le decía:

– Hay dolores mucho más fuertes que los físicos. Hay dolores que no los puedes curar con medicinas o plantas, y todo ello porque no sabes dónde están con exactitud, no sabes si son reales o no. Esto causa malestar, el malestar produce la ira; y ésta, de forma casi sutil, lleva a que vivas emociones inexplicables. La ira te nubla para que tomes malas decisiones. ¿Sabes por qué? Porque no todo lo bello es bueno, no todo lo hermoso es sano, ni todo lo dolorido es dañino. Es allí donde no sabes qué es lo que te incomoda en realidad. Sin embargo, hay dolores que se simulan para ser reconfortados por otros. Cuando eras pequeño y te lastimabas, corrías hacia nosotros, deseoso de que te consintiéramos –. Heylel, con una tierna mirada y una sonrisa sin igual continuaba: – Aumentabas de forma dramática tus dolencias, grandes lágrimas salían de tus ojos y tu nariz se congestionaba por algunos momentos, te aplicábamos un unguento que tenía nuestro hermano Auriel y, de forma automática, te aliviabas, saltabas y volvías al juego que te había lastimado. Con esto, no quiero decir que el dolor no estuviera presente, solo que lo utilizabas como un medio para obtener otra recompensa. Ésta nos hace sentir que tenemos un cuerpo presente y que, al igual que el sufrimiento, – no siendo cosas iguales– son esenciales en nuestra vida, tanto como el placer –. Declaró él, colocándose de pie. – Listo Adán, tus pies están sanos otra vez, listos para que dejes tus huellas en la tierra, para que corras detrás de tus hermanos y para que saltes tan alto que puedas alcanzar a tocar las estrellas que tanto anhelas.

En Adán no se encontraba más el malestar, las plantas de los pies no sangraban, tenían una nueva piel, un nuevo color, la parte física nunca le preocupó porque sabía que había maneras de sanarlas rápidamente. Lo que sí le inquietaba era el hecho de alcanzar la sabiduría y la paz interior de la que tanto hablaban sus hermanos. Él asumía que cada camino es incierto y produce

temor enfrentarlo. Tal parece que recorrer algo que no conoces es jugar a la suerte. El levantarse cada día, comer, pensar, hacer todo lo necesario para poder vivir y al final, saber que en algún momento no existirá más. De cualquier forma, no tiene sentido esta realidad. Preferiría quedarse acostado y no continuar, sobrevivir con lo mínimo. Pero la presión de sus hermanos era más fuerte. Él no comprendía por qué ellos se comportaban tan diferentes, es antinatural estar siempre bien consigo mismo. Esto va en contra de la esencia misma del hombre.

Para Adán, vivir en un mundo lleno de reglas no le permite ser autónomo, no se puede tener la libertad absoluta sabiendo que se depende de algo o de alguien. Siempre serás subordinado de algo y esta dependencia genera malestar. Adán creía que la libertad era una falacia creada para pretender, en un modo egocéntrico, tener el control del mundo. Asimismo, en un punto más extremo, tener el control de otra persona. Se preguntaba: ¿de qué sirve tener autonomía si las acciones más simples no son permitidas? A lo mejor la creencia de que una forma individualista de vida llevaría a la autorrealización del ser, no existiría.

Él pensaba que es imposible ser una sola persona, como muchas veces le había dicho Heylel. Casi siempre se levantaba con rabia y durante su travesía no quería continuar más, porque no le hallaba sentido al viaje, pero otras veces lo hacía muy satisfecho, disfrutaba cada paisaje, aunque en determinadas ocasiones fueran rastros de desolación. Estaba confundido en su forma de actuar. Habían días en que la tristeza lo acompañaba, se sentía atado, no se podía deshacer de ella. Era el más fuerte de los sentimientos, tenía presente que cuando se enojaba podía gritar, tirar las cosas con violencia y llorar. También era consciente de que la emoción después de unos minutos desaparecía; sin embargo, con la tristeza, con este sentimiento, la situación es diferente. Siempre pensaba que nunca había visto un ave o un pez triste, ellos no pasaban por alto el hecho de estar vivos, aunque tampoco les preocupaba estarlo. Tener presente el sentido de la existencia genera tristeza. Que los demás no hagan lo que yo quiero, que no se sometan a mis caprichos genera tristeza. Pensar en que hay un futuro incierto pero con un mismo destino para todos – la muerte – genera tristeza. Tratar de colocar a los demás en situaciones difíciles y que no se lograra el objetivo, genera tristeza. Los peces y las aves no les interesa hacer nada de esto, solo disfrutaban el momento y no albergaban ese sentimiento. Además, a Adán no le interesaba conocer a un

hombre parecido a él, sería muy desgastante convivir con otra persona, y más si tenía que enseñarle a sobrevivir, a conseguir el alimento y tener que ocuparse para que las cosas básicas nunca faltaran. Suficiente tenía con el mismo.

Al seguir el camino, las ruinas que alguna vez albergaron vida inundaban todo a su alrededor, oscuras en su forma ocultaban los canales de firmeza, de amor y de sentimentalismos exprimidos por la fuerza de la muerte. Los esqueletos de aquellos seres que alguna vez fueron luz yacían al borde del primer río, como piedras que advertían sobre el peligro de tener vida. Además, formaban imágenes extrañas. Esto era algo que Adán ya había visto, aunque no en esa dimensión. Las familiarizaba con los restos de los peces o las aves cuando morían. Estaba pasmado. Heylel le decía: – *ya entenderás* –

– Entender la fuerza de la muerte no es tarea fácil –, pensaba Adán. No hay nada que descifrar en un panorama así. Además, sentía el calor del día, el viento cálido golpeaba su rostro y secaba sus labios. Declaraba mientras caminaba: – Mi sudor, mi precioso sudor, líquido vital que abandona mi cuerpo, como la vida abandonó a estos entes, evaporando, extrayendo, aniquilando, no hay nada, solo la desolación –. Preguntó en un tono resignado con la palabra entrecortada, contagiado del panorama, absorto y petrificado: – hermanos, ¿qué paso acá? –

– Durante tu nacimiento –, Añadió Auriel, – descendió una gran lluvia de fuego, sobrevino sin avisar, sucedió muy lejos de este lugar, provocó grandes terremotos, despertó los volcanes, grandes olas arrasaron territorios enteros. Hubo días de oscuridad absoluta. Además, la lluvia que caía quemaba la piel de hombres semejantes a ti, hubo muerte y hambre durante mucho tiempo, los animales también perecieron al igual que los otros –.

Interrumpió Adán. Había hablado tenso: – Pero ¿por qué? Si...

Heylel intervino: – Son cosas que no se pueden controlar, la muerte no avisa, es sabia en sus acciones, cuestionada es su forma. Ella no reconoce, solo extingue la luz que menoscaba su oscuridad. Precisa en su tiempo vital como la vida. Ella recupera el equilibrio, al igual que la naturaleza. Es fuerte, impaciente, vehemente en su perecer –.

– ¡No te muevas Adán! – Con voz de advertencia menciona Auriel, – ¡No te muevas, no se te ocurra correr! –

Estaba desconcertado Adán. Vio un grupo de cuatro animales. Nunca había

visto unas bestias tan grandes, no eran aves ni peces, extrañas formas que amenazaban solo con su presencia. En sus mandíbulas, llenas de sangre inocente, vio carne desgarrada, sus grandes colmillos reflejaban la poca luz de sol que quedaba. Uno de ellos, el más desafiante, tenía una melena oscura, densa, que le cubría la cabeza, parte del cuello y concluía en su espalda. Al final de su cola, una gran masa de cabello. Robusto, un pelaje amarillo, imponente. Unas garras capaces de destrozar el Limat (cobre) con solo tocarlo. Sus ojos rojos escarlata se posaron sobre Adán, despiadados, fríos, impasibles. Lamió con su gran lengua todo su hocico. Colocó sus grandes patas sobre una roca liza y se escuchó un gran rugido, este sonido tenía mucha más autoridad que las palabras de Auriel, – *“No te muevas”*. – las otras bestias voltearon, echaron un vistazo y también posaron sus miradas sobre él. Hubo un momento de silencio, el cielo azul se teñía de rojo, naranja y amarillo. Vaticinaba el firmamento un derramamiento de sangre en aquel lugar.

– ¿Qué es lo que vamos a hacer hermanos? – preguntó Adán. Un nudo en la garganta incontrolable lo invadió. Tuvo ganas de correr, de gritar. Sus lágrimas de desesperación resbalaban de forma pausada sobre su rostro. Sintió también, descender por su entrepierna un líquido cálido. Después de trascurrir el espacio, éste llegaba a los tobillos, gélido por el miedo. Hacia su recorrido muy lento, arrítmico en su forma. Sus piernas temblaban y hacía que el recorrido del fluido no fuera simétrico, pequeñas gotas rodeaban sus pies y se fundían con el polvo del lugar. Se vio obligado a contemplar el tiempo detenerse ante sus ojos. La bestia dejó de mirarlo, cerró sus parpados para disfrutar el olor a miedo de aquel momento; con un gesto triunfal, atemorizaba sin contemplación alguna. Agazapados fueron apartándose los demás, listos para la emboscada, su presa vibrando de terror y otras tres sombras angelicales que no les importaban en lo más mínimo.

Todo se convirtió en un juego de estrategia, dos ángeles se posaron frente Adán y Auriel a su espalda. Danzaban en un ritual perverso, al unísono, el polvo que se levantaba por el rozar de las garras contra la tierra hacia ver a las bestias mucho más grandes a la poca luz del sol que quedaba. Círculos alrededor de Adán, unos hechos por sus hermanos y otros más alejados, hechos por los inicuos animales. Las bestias están prestas, acechan, esperando el mejor instante para atacar de sorpresa. Manipulan el momento. Ahora se arrastran, sigilosas vigilan los movimientos de Adán, con sus hocicos abiertos y unos labios negros como la noche, cubiertos de saliva.

Los ángeles, en un intento desesperado, pretenden ahuyentarlos, pero es un grupo unido. Los primeros en atacar son las bestias sin melena, se lanzan protegiéndose entre sí, intentando llegar al cuello de su presa, se miran los unos a los otros y el instinto les dice que compartirán la comida, aunque el movimiento de los ángeles impide que ellos toquen a Adán, las salientes que tienen en la espalda para protegerse del sol ahora lo utilizan como escudo.

La segunda orden del gran Maestro para los ángeles es: “No irrespetar cualquier forma de vida, no tomarla con violencia y atrevimiento entre sus manos”. Auriel pregunta a su hermano: – ¿Heylel, en situaciones así que deberíamos hacer?

– Lo mejor que podemos hacer es defendernos hasta que las bestias se cansen –, responde Heylel. – No las podemos lastimar, son parte de la naturaleza, somos uno solo con ellas. El arma más poderosa es la paciencia hermano, la paz en medio de la adversidad es la instrucción más sabia que debemos seguir. Ellos necesitan desesperadamente comer y nosotros necesitamos tranquilizarnos.

– ¿Tú crees que se cansen? –, volvió a preguntar Auriel.

– Solo sé que son una creación hermosa y que, al igual que Adán, llega un momento en donde el arrojó de su ira disminuye. Podremos en ese preciso momento, huir –.

Sintieron el ardor del ataque en su máxima expresión, las tres bestias embistieron al tiempo, un ángel con cada una de ellas. Retrocedían los ángeles ante la ferocidad de la ofensiva, cada vez más y más. Adán, estando recostado contra una roca, sintió una gran gota caer sobre su cuello, alzó su rostro y vio una melena danzar con el viento y una sombra enorme que le sobrevinía. La gran bestia mordió el hombro de Adán y lo abrazó con sus grandes patas, desgarrando la piel de su pecho. – *¡El olor de la bestia es nauseabundo!* –, pensaba Adán, mientras le hundía los colmillos con gran violencia. En el aire, suspendido por la mordedura, no tuvo más miedo, con sus pequeñas manos acariciaba el pelaje de sus robustas patas. Sentía el crujir de sus huesos profanados, su boca con un sabor a sangre. Vio el sol esconderse.

– Mirar hacia el cielo –, profería Adán con una voz casi extinta, – Y no ver estrellas es triste, no ver ni siquiera tus manos da una sensación de impotencia, es insustancial, fútil. No quiero morir así –.

Samael salta con un grito agónico y, con la saliente que utilizaba para

defenderse, arrancó la cabeza de la gran bestia. Rodó unos cuantos metros, dio un último parpadeo y se detuvo. Fue un corte fino, sin esfuerzo alguno. Adán cayó de rodillas, desangrándose.

– ¿Qué has hecho hermano? –, gritó Heylel. – No podemos, es prohibido –.

Otra de las bestias, al ver esto, atacó con más ferocidad al asesino. Éste, sin voltear la mirada, con su pecho prominente en furia da otra ofensiva. Como un rayo, atravesó el cuerpo del animal, las vísceras se hicieron visibles.

Heylel golpeó con gran fuerza a Samael, lo tiró al suelo y con sus rodillas en los brazos, sentado sobre su vientre le gritaba:

– No podemos, es prohibido ¿qué has hecho? –.

Samael, tendido sobre el piso, miraba las aves carroñeras que volaban sin prisa alguna, esperando el festín que tenían preparados los ángeles para ellas, cuando se fueran y dejaran los cuerpos inertes de las bestias allí.

– Iba a asesinar al niño, lo estaba matando. Hermano perdón, no recuerdo lo que sobrevino a mi mente –. Tartamudeó Samael.

– El equilibrio no se puede perturbar –, contenía la cólera en su rostro Heylel.

– ¿Ahora qué haremos? Mi alma se acongoja ante tal atrocidad –. Preguntó de nuevo, insistía: – ¿Cómo se puede vivir en este mundo con tus manos manchadas de sangre? Éste no es el destino, no tendría por qué haber ocurrido ¡no lo puedo soportar! –

Auriel, todavía con posición de defensa, observaba las otras dos bestias lamer a su compañero herido. El moribundo esparcía sus entrañas al viento con gran velocidad, las bestias lo movían con sus cabezas esperando un milagro, alguna reacción que les hiciera devolver la fe. Lo rodearon, daban bramidos de dolor al reconocer la terrible realidad. Aún le quedaban segundos de vida. Sollozos de tristeza se alejaron, mirando a los asesinos con ira e impotencia. Corrió Auriel hacia Adán, se arrodilló, lo tomó en sus brazos y con su rostro en el pecho lloraba, le pedía perdón. Él sentía que había repetido el gesto de las bestias, no sintió diferencia alguna. Cada uno lloraba a su ser querido. Estando aún de rodillas y con su pecho lleno de sangre, Gritó:

– ¡Necesito ayuda o va a morir! –.

Heylel se separó de Samael y, con lágrimas en sus ojos, también se aproximó. Colocó sus manos sobre la herida: – Hay algo que nunca te dije antes hermanito: has atrapado mi corazón desde el momento en que ti vi por primera

vez. Tú haces que mi vida tenga propósito, eres mi fortaleza. Cimientos mi amor, no podría vivir sin tus sonrisas, sin tus presunciones, sin tus impulsos ¡No podría vivir sin ti! Cuando te hallé, encontré la pasión, si te vas, no tengo nada –.

– Un aroma de paz inundo el lugar, *Heylel* se inclinó aún más, al oído le dijo estas palabras: – Con esta lagrima de vida y como símbolo de respeto te reclamo de la tierra, porque fuiste creado del adama y ahora haces parte de los seres hermosos. Eres una sola con ella, ninguno tiene derecho de dañar lo que no sabe crear, ninguno puede destruir lo hermoso del ser, ni siquiera cuando el recuerdo muere, todo se devuelve a la misma tierra transformada –.

Tres huesos que rompen la piel se ven a simple vista sobre el pecho de Adán. Además de las profundas heridas hechas por las garras del animal. La sangre baña el cuerpo y se mezcla con el polvo. También cubre su rostro haciéndolo irreconocible. Los tres Ángeles arrodillados, atormentados por su mala suerte lloran, un frío de muerte los cobija y no podrán escapar tan fácil de esa perversa situación.

CAPÍTULO 4. LA LÁGRIMA DE FUEGO

La primera lágrima de fuego que desciende del cielo lo hace sobre el océano del sur. Algunos humanos vieron la estela de luz que dejó al pasar, luego observaron una ola tan grande como la montaña más alta que conocían. Después de ello, nunca se encontraron rastros de ellos ni del suelo que pisaban en aquel momento.

Atlinda, la Gran Isla, era la cuna de un pueblo en desarrollo. Contaba con unas seiscientas casas distribuidas en forma de espiral, lo que permitía una mejor comunicación entre ellos. Estas casas eran fabricadas en piedra y tenían forma circular, con amplios ventanales. Cada una tenía tres entradas cubiertas de oro en sus marcos y no tenían puertas. Las calles que comunicaban los diferentes hogares estaban hechas en roca alisa y tenían flores de todas las especies sembradas alrededor. La isla tenía un lugar estratégico para la siembra de cultivos, los frutos abundaban y, durante su existencia, nunca tuvieron hambruna alguna. Cada persona tenía una labor específica: agricultura, carpintería, orfebrería, minería, todos aprendían de ellas. Un sistema montañoso proveía de ríos a toda la comunidad y un clima perfecto acompañaba los días de todas las personas que habitaban allí.

Los habitantes de Atlinda nunca conocieron las enfermedades. Cuando llegaban a su vejez, morían con tranquilidad, algunos llegaban a vivir doscientos años. Medían en promedio un metro con ochenta centímetros; los hombres, al igual que las mujeres, tenían la cabellera larga. De color piel Canela en su mayoría. Las ancianas tenían el liderazgo, ellas tomaban las decisiones más sabias. Nunca hubo un asesinato entre ellos, ni discusión alguna. No existía la envidia, la avaricia, el engaño, la mentira, la traición, la lujuria o la pereza. Solo se respiraba paz en aquel lugar.

Heylel, Samael y Auriel y cientos más de ángeles coexistían con las personas de Atlinda, colaboraban, desarrollaban y enseñaban las funciones básicas. Encontraban en la comunidad una fuente de alegría.

* * * *

Nainis despertó. Sus ojos eran negros como la noche, un rostro simétrico. Su cabello llegaba abajo de la espalda, de color castaño con destellos rojos. Ella era una de las mujeres más bellas de aquel lugar. Se asomó hacia la ventana,

iba a amanecer. En su rostro se reflejaba la luz de la luna que se negaba a morir en aquel momento. Alcanzó a divisar en el firmamento un punto rojo que nunca había visto antes. Su estómago por el embarazo estrellaba con el borde del portillo y esto le impedía mirar con detenimiento aquel fenómeno inusual.

Llamó a su hermana, quien se encontraba aún dormida, aunque no quería incomodarla en ese momento. Con una voz suave, casi como un susurro, dijo:

– Audiza, despierta, despierta, necesito mostrarte algo –.

Ella, aún dormida responde: – ¿qué quieres Nainis? ¿Es él bebe? ¿Necesitas algo? –.

– Ven, mira, es algo fantástico –, dice Nainis con gran emoción. – Una nueva estrella ilumina mis mañanas, es algo único –.

– Es por el nacimiento de tu hijo –, Responde Audiza. – Dicen que cada que nace un niño, una nueva luz en el firmamento hace su aparición –.

Nainis, viendo la nueva estrella mientras toca su vientre, cierra los ojos e imagina cómo será su bebe. – Es tan hermoso sentir como se mueve dentro de ti, trae felicidad a mi vida –.

Audiza se sienta en su lecho, quita la manta que la cubría, coloca un pie en el suelo. Limpia sus ojos con sus manos y acompaña a su hermana a la ventana – ¿dónde la has visto?

– Mira allá, junto a esas tres más grandes, ¿la vez? ¿Cierto que es hermosa? –

– No logro verla –, dice Audiza, – con los parpados entrecerrados –.

Con una gran sonrisa, Nainis y con gesto de inocencia dice: – mira hermana, no dejes de ver mi dedo –, apuntando en dirección hacia el norte. – ¿Ahora si puedes verla? –.

– ¡Sí, la veo! – Exclamó con gran emoción. – Es roja, es hermosa, fue hecha para ti, tienes que estar agradecida –.

– Sí, estoy segura de que fue un regalo del cielo para mí –. Sus ojos brillaban, estaba emocionada. Los colores del amanecer empezaban a despuntar sobre el horizonte. Nainis era una amante del firmamento desde niña. Todo lo observaba con detenimiento, con amor, con pasión.

– ¿Nainis, quieres que prepare algo de comer para ti? –.

– Sí, por favor – respondía, mientras acariciaba su vientre. No dejaba de mirar hacia el horizonte.

Audiza se disponía para la preparación del alimento. En la cocina un fogón de leña casi extinto se veía sacudido por una invasión de madera, las pequeñas brazas flotaban en el aire mientras su luz se desvanecía. Se agachó, sopló con todas sus fuerzas. El aire disipaba el humo molesto que se encontraba allí. El fuego tomaba fuerza cada vez más y más. Colocó una vasija echa en barro sobre una ranura construida en hierro que la sostenía con perfección, la llenó de agua y esperó unos momentos mientras ésta se calentaba. Añadió verduras que cortó en pedazos pequeños y algunas especias.

– ¿Necesitas que te ayude en algo? – Nainis habló con el entusiasmo de la colaboración latente en ella.

– Por favor –, responde Audiza. – Ayúdame a colocar estos alimentos sobre el buró –.

El buró estaba hecho en madera en la parte superior. Tenía dos lazos que la sostenían por debajo de forma horizontal y otro que lo hacía de forma vertical para darle más estabilidad, fijándose en los muros de la casa. Estando allí, colocó los alimentos, los dispuso en dos platos diferentes. El sol se asomaba con más intensidad. Mientras Nainis observaba a su hermana preparar los alimentos, veía los rayos entrar por las ventanas. El humo de la braza y el vapor del agua realzaban la gama de colores presentes en ellos. Tres bellas centellas iluminaban todo en el interior. Ella no perdía de vista la pequeña ceniza que flotaba y era visible. Pequeñas partículas de ceniza asemejaban los luceros del alba danzando en medio de la clara luminiscencia del instante.

– Las partículas de polvo flotan danzantes –. Menciona Nainis. – Se chocan unas con otras. Y es curioso que solo se puedan ver cuando hay una luz muy fuerte, porque casi nunca se pueden observar –. Nainis hojeó un momento más: – Solo cuando la luz se traspone se logra percibir, sin embargo, durante el resto del día no. ¿Será que tienen vida propia y no sabemos? ¿Se esconden cuando danzan y se encuentran unas con otras? –.

– Bien –, Dijo Audiza sin ningún entusiasmo. – Siempre haces tantas preguntas, que logras distraerme de lo que trato de hacer o de lo que estoy haciendo –.

– ¿Pero, no te parece emocionante que puedan volar y solo se nos permita verlas cuando haya mucha luz? –.

– Lo que me parece más inquietante –, contestó Audiza, – es que no hayas comido nada todavía. Se va a congelar si sigues pensando en sandeces –.

– Toda la comida es bien recibida en mi cuerpo, este bebe será grande y fuerte, además muy inteligente –.

– En eso tienes razón querida hermana, en eso tienes razón.

La mañana transcurre con total normalidad. Después de comer, se dirigieron hasta los sitios destinados para la provisión de víveres. Caminaron por un atajo sin empedrar. Verdes helechos de todos los tamaños daban un aroma fresco, especial y exquisito, que embriagaban el aire de bosque profundo, de miel. El viento no se hacía sentir y la fragancia se incrementaba con el paso del tiempo. Los árboles protegían con su sombra y grandes elianas que cuelgan de ellos asemejaban cabellos llenos de libertad. El camino conducía hasta el suroeste de la isla. Cuando llegaron, vieron todos los productos de la tierra extendidos sobre mesones ubicados de forma horizontal.

Nainis tomaba los víveres mientras Audiza colocaba la marca habitual a cada fruta y hortaliza. Esto se hacía cada semana, familia por familia completaban la cuota de alimentación básica. Ya en la tarde, los encargados de la distribución de la leña y los víveres llegan hasta los hogares repartiendo lo que le correspondía a cada uno.

En un horno, que más parece una cueva hecha en ladrillo de barro, se hacían los panecillos de harina. Audiza, con una escobilla fabricada con ramas amarradas a un madero delgado, limpió lo profundo de ésta, sacó los restos de las cenizas utilizadas antes y las arrojó sobre la tierra. Según la creencia popular, esto fertiliza el suelo y lo hace fuerte. Prendió una nueva braza y la alimentó de manera frecuente con madera. Cuando ella ve que dentro del horno los ladrillos toman un color naranja, esparce toda la leña hasta el fondo de éste con una escalilla, sube a la cima y destapa la chimenea. Cuando la entrada se encuentra despejada, coloca la bandeja de metal en el borde, sin introducirla, ubicándola solo en la abertura donde antes estuvo el fuego y espera unos minutos hasta que queden cocinados todos los rollos de harina que se pusieron allí. Cuando están listos retira la batea, la desocupa en unas canastillas e introduce una nueva.

Es una labor que se hace con mucho cuidado y amor. Nainis es la encargada de preparar las bandejas. Primero las humedece con aceite de plantas vírgenes, lo hace batea por batea y después coloca la masa sobre ellas.

– Audiza, es maravilloso hacer todos estos panecillos ¿No crees? –, pregunta Nainis sin levantar la cabeza de su labor. Con su antebrazo, limpia el sudor y

con suaves soplidos quita el pelo de su rostro.

– Sí, es algo genial, gratificante y hermoso –, contesta Audiza, acercándose al horno con precaución. Devuelve la pregunta y menciona: – ¿tú crees que logremos terminar todo hoy? – Sus palabras sonaban un poco cansadas, al igual que su cuerpo por la labor realizada, ya sus manos no tenían la misma fuerza que hace unas horas atrás.

– No sé si logremos terminar –, contesta Nainis decidida. – Algunas veces, cuando hago la misma actividad, pienso que nunca se acabará, que no tendrá fin, que va a tomar la misma dedicación una y otra vez, aunque las realice en momentos diferentes. Eso es eternidad para mí, porque después de que yo no exista más, habrá otra persona que la realice y así sucesivamente. Las enseñanzas son eternas a la vista de los mortales, porque aún, cuando el último hombre exista, no habrá tiempo, solo los aprendizajes que le dieron vida a las experiencias maravillosas de la existencia. Al final, se repetirá el ciclo y nunca se acabará.

* * * *

Se hizo de noche. Las canastas están listas, todo está preparado para ser llevado y repartido. Además, un evento extraordinario, maravillaba a todos, el brillo del lucero que había visto Nainis se hizo más grande y visible hacia el sur, todos podían verlo.

La familia Yilian tenía seis miembros y vivían al lado de Nainis. Salieron de su hogar para ver mejor. Los niños corrieron, estaban jugando a tirar pequeños palos a una cierta distancia. Los adultos que se encontraban en esos momentos tomados de las manos decían:

– Es el evento más hermoso y majestuoso que hemos visto desde hace mucho tiempo. Haremos una gran cena, invitaremos los más cercanos y celebraremos este magno evento –.

– Es por la llegada de mi hijo que los cielos festejan –, dijo Nainis, asomada desde el ventanal de su hogar con gran tono. – Todo está preparado en el firmamento para mí –.

Había un hombre robusto, de cabello negro, ojos oscurecidos y una barba que llegaba hasta el centro de su pecho. Se veía en sus brazos la fuerza de la tarea. Él era el mayor de la familia Yilian. Declara con un tono muy cordial: – lo sabemos querida amiga, dicen que cuando un bebé nace, los cielos agregan una estrella a su colección –.

– Espero que esta nueva oportunidad de vida sea manifestada con buena gratitud para los demás –. Contesta Nainis, absorta sobre el lucero:

– ¡Así será! –, respondió aquel hombre con la mirada perdida en la inmensidad.

En toda la isla no se hizo esperar la especulación, la duda, la fascinación. Todas las familias observando, haciendo conjeturas sobre lo que ocurría. Decían algunos ángeles mirando a las personas:

– A los humanos siempre les fascinarán las cosas nuevas, está en su sangre. Descubrir, curiosear, escudriñar, quieren entenderlo todo, saber qué es lo que pasa a su alrededor –.

Los otros ángeles, los más cercanos a Heylel se encontraban en la parte superior de un macizo que divisaba toda la planicie de la isla. Departían allí con canciones, tocaban tambores de piel que eran alumbrados por la luz de las fogatas. Estos sonaban al ritmo de la brisa mediterránea y no desentonaban con la melodía compuesta por el Ángel mayor:

*Lo bello que el cielo nos regala,
Un nuevo comienzo brilla y una nueva esperanza añora.
Nosotros pequeños, somos polvo ante tu inmensidad
Cedemos ciegos a la luz de tus encantos.*

*Lo hermoso y más maravilloso de esta tierra te espera,
Para que conozcas nuestra humilde gratitud.
Tu gran benevolencia nos presenta
Un almíbar fascinante sin discusión.
No dejes que este resplandor se pierda
Sin tomar lo mejor de él,
¡Preséntanos oh luz lo fascinante!
Qué del cosmos hoy nos muestras.*

* * * *

Hasta el lugar donde estaba Heylel y los otros ángeles llegó el Maestro. Se encontraban sentados sobre un tronco, de espaldas a la fogata los sorprendió.

Ellos, cantando no se percataban de la situación. Él tuvo que tirar una piedrecilla al centro donde se encontraban reunidos. Quedaron petrificados, la música dejó de sonar, todos agacharon la mirada y se postraron ante su presencia. Sus frentes tocaban el suelo frío de la noche. Hacía mucho tiempo no lo habían visto en esas tierras. Es más, pensaban algunos, habían pasado siglos desde la última vez que lo vieron allí. El Maestro llamó a parte a Heylel, los demás ángeles postrados escuchaban a su hermano responder preguntas, sin embargo, jamás escucharon la voz del Maestro.

– ¿El símbolo de libertad que celebran las personas trae consigo funesto final, no crees? – preguntó el Maestro sin mover los labios.

– Pues, podría decir que la libertad es una elección forzada de cada uno –, Respondió Heylel. – Más, el símbolo es la representación de la unión por dicha celebración ¿pero no veo por qué tiene que ser funesta Maestro? Al contrario, es un encuentro de los unos con los otros, es unión –.

– ¿A qué te refieres con encuentro? – preguntó el Maestro encontrándose todavía de espaldas y sentado en el tronco.

– La alegría de los hombres es nuestra alegría – Contestó el ángel mayor. – Cuando nos encontramos con otros seres que reconocen las causas de nuestras alegrías conllevan a un encuentro de sentimientos en común, es un éxtasis colectivo que aflora en acercamientos de amistad y amor. Cuando nos hallamos los unos con los otros no hay diferencias, todos se hunden en un mar de asonancias.

– Todavía no has respondido mi pregunta –, dijo el Maestro. – ¿A qué encuentro te refieres? –

– Los hombres pueden compartir las causas comunes de la alegría, y esto lleva a que tengan un encuentro más cercano consigo mismos. Es un descubrimiento en común que pasa por estados y episodios anecdóticos que todos recordarán con satisfacción, con gratitud, regocijo y crea lazos de cordialidad –.

– ¿Entonces por qué el símbolo, que en este caso es el lucero, trae fascinación a todos? –

– Es una idealización de la belleza –, Responde Heylel ya un poco incómodo por no saber discernir el argumento de las respuestas. – Y éste produce el mismo efecto admirable en todos. Trae esperanza a los corazones perfectos de los hombres, un toque sutil de esplendor a las obras que fueron creadas para ellos desde la antigüedad–.

– ¿Qué crees que necesiten en estos momentos los hombres? –, pregunta de nuevo el Maestro, esta vez en un tono más bajo.

– Todas las cosas fueron hechas perfectas, con una simetría absoluta. No sobra ni falta nada, la sincronía de los elementos que conforman el cosmos es total. Ellos tienen una sensibilidad pura como la tuya. ¡La inocencia, integridad y dedicación de sus almas solo se puede comparar con tú alma! –

– ¿Entonces por qué crees que todos ustedes conviven con ellos? –

– Hemos sido guías y Maestros –, Responde Heylel. – Los que se encuentran postrados ante ti, han sido fortaleza a este pueblo. Lo han amado y cuidado, y con paciencia, hemos buscado que ellos vivan una vida plena. En medio del tiempo construimos un hogar. Dispuestos estamos para respetarlos en su libre albedrío. Somos su ejemplo y apoyo –.

– ¿Y si desapareciera este pueblo, que pasaría? –

– El propósito de nuestra existencia no tendría sentido si... –

El Maestro interrumpió de inmediato y con un tono más fuerte dijo: – ¿El propósito de la existencia de ustedes son los hombres, estás completamente seguro de lo que acabas de decir? –.

– Maestro te ofrezco mis excusas, no hay justificación para tan vanas palabras. Son dos los propósitos de nuestra existencia, honrarte y cuidar la presencia del hombre sobre la tierra –.

– Debes de saber que la existencia del hombre será borrada de la faz de la tierra –, habló el Maestro todavía de espaldas a Heylel. En su tono no había tristeza, ni ira o angustia.

– Comprendo Maestro, ¿no hay nada que podamos hacer? –

Un sollozo lamento se escuchó donde se encontraba Samael. Con su cuerpo postrado aún y las salientes de su espalda temblorosas habló: – Te pido Maestro que le des la oportunidad a los hombres de seguir poblando la tierra –.

– ¿Crees que depende de mí lo que me estas pidiendo, Samael? –, pregunta el Maestro.

– Eres sabio en tus decisiones. Majestuosa es tu presencia. Amo los que habitan esta tierra. En mi corazón se genera la tristeza por el destino de todos los que están acá –.

– Solo dos lugares en toda la tierra podrán ser habitados. Haremos un nuevo comienzo. Esto es lo que tenemos que hacer: – Dijo el Maestro – Sacaremos a Nainis, Amia, Claurinz y Javhie y las ubicaremos en cada uno de ellos –.

– ¿Y los demás, que pasará con su destino? – preguntó Samael.

Hubo un silencio por unos minutos. Cuando Samael alzo su mirada no encontró al Maestro, había desaparecido. Miró a su hermano Heylel y lágrimas caían de sus ojos. Entristecido y desconcertado por la situación Heylel mencionó: – El Maestro me ha dejado instrucciones: al amanecer, Auriel, Samael y yo iremos con Nainis y Amia. Viajaremos al oriente a la isla de Kittim. Asimismo, Haniel, Vasariah y Yehuiiah también irán al oriente, no obstante, tendrán que llegar hasta la tierra de Sinar, donde los dos grandes ríos atraviesan las siete montañas, allí llevarán a Amia y Claurinz. Los demás ángeles regresarán con el Maestro –.

Samael, con gran desespero, conteniendo la cólera y el enojo pregunta otra vez: – ¿Y las demás personas, por qué no contestas hermano? –.

– El destino es incierto –, contestó Heylel. – Es un camino oscuro que se va manifestando con cada paso que damos, no podemos ver más allá de lo que se tiene certeza. Solo suponemos según lo que nos acontece en cada momento. El destino pareciera tener vida propia, muda, se transforma y está lleno de sorpresas; a veces, no muy agradables. Nos hace dudar de nosotros mismos y de lo que se tiene planeado para un futuro. No tenemos nada que hacer frente al destino de las personas, solo nos queda esperar el equilibrio natural de las cosas –.

Después de un tiempo, Samael parecía resignado, contuvo su enojo y no tuvo más remedio que obedecer.

CAPÍTULO 5. DEL ADAMA NACISTE

Dos días de oscuridad absoluta. Dentro de la cueva, sobre las paredes húmedas y sucias por el guano, se observan los destellos de los rayos que azotan todo a su paso, las gotas de agua que caen del techo incrementan la luz de cada relámpago. También, allí dentro, se siente la fuerza de los grandes huracanes que han traído consigo escombros a la entrada de la caverna. El frío es abrumador, a Nainis y Amia se les dificulta respirar, sus labios morados y los fuertes dolores en brazos y piernas dan indicios de que las cosas no están bien. En sus vientres se encuentra a salvo la semilla de vida que traerá un nuevo comienzo, son un tesoro precioso por cuidar. El fuego no es suficiente para combatir el aire congelado, éste invade cada rincón del lugar, se adueña de su territorio, reclama su espacio, con su sonido maléfico infunde miedo a los más fuertes. Los ángeles intentan combatirlo alimentando una fogata con un sinfín de ramas, pero no da resultado. La falta de oxígeno hace que sus esfuerzos sean un poco inútiles en la tarea, los carbones se apagan muy rápido. Además, los fuertes terremotos disipan la hoguera y amenazan con dejar caer la montaña sobre ellos.

Momentos de angustia, dolor y desesperanza, ante las difíciles condiciones que marcan el inicio de una nueva era. Los ángeles, estupefactos, no sabían si las dos mujeres en estado de embarazo sobrevivirían. Confiaban en la posibilidad de mantenerlas a salvo, aunque no sabían si estaban preparadas para sobrellevar tan difíciles circunstancias. Por lo demás, pretendían hacer hasta lo imposible por cumplir con su cometido. Penosa remembranza azotaba los corazones de aquellas dos jóvenes. Es como si hubieran muerto en vida, no tuvieron el privilegio de sucumbir como los demás, fueron llevadas a la fuerza como testigos, al fin y al cabo, todo tiene un final, sea triste o no. Todo se acaba, todo se pierde, las acciones complejas son llevadas al extremo de la simplicidad.

– Antes vivíamos, ahora solo sobrevivimos. Como si el peor de los castigos hubiese sido impuesto sin advertencia alguna –, mencionó Nainis, con llanto desesperado y la ilusión estropeada, mutilada por la casualidad del incidente.

Una rama se escuchó quebrarse, Heylel la lanzó al fuego. Apresuró su discurso, confiaba en la posibilidad de generar una esperanza para que no decayera el ánimo. Sugiere de forma sutil: – No temas. Pronto pasará y las

cosas seguirán como antes. Ahora más que nunca tienes que ser fuerte.

– Las fuerzas abandonaron nuestros cuerpos cuando tuvimos que huir –, respondió Amia, mientras consentía su vientre. Luego añadió: –sin embargo, tengo esperanza y fe, yo creo en lo que ustedes hacen, saldremos adelante, sobreviviremos.

Necesitaban más leña. Heylel invitó a su hermano Auriel a que lo acompañara a buscar leña antes de que la nieve con ceniza cubriera los troncos que quedaban fuera del resguardo. Se levantó el ángel menor y, dándole la mano a su hermano, treparon los tres metros en subida que los separaban del camino que se dirige hasta la salida. La oscuridad era interrumpida por pequeños momentos, imágenes de destrucción se veían por todas partes.

Pasaron unos minutos y Samael no entendía por qué solo cuatro personas de todas las que existían fueron salvadas. Pensaba en la decisión del Maestro y le parecía injusta en todo sentido. Decepcionado, silenciaba sus pensamientos y la ira invadía cada parte de su ser. Sus ojos amarillos tomaron un color más oscuro, su seño se tornó fruncido, ya no era el mismo. Los bellos recuerdos de la familia Lhucifier atormentaban su alma, los extrañaba con profunda tristeza. Miró a Amia, pero esta se encontraba dormida, así que se dirigió a Nainis y lanzó una sutil pregunta: – ¿Usted cree que su hermana la está extrañando donde quiera que este? Si me lo preguntan... yo creo que sí... y usted está acá, abrigada con el calor que produce el fuego y con alimentos deliciosos. ¿Y ella? Es mejor que no me ponga cuidado, la verdad, no sabemos nada de ella –. Giró su cuerpo hacia la fogata y siguió con su trabajo.

Nainis confió en la posibilidad de que las palabras del ángel acertaran con la verdad dicha en su totalidad y hubo incertidumbre en su corazón. Se preguntó para sí misma y tomando su vientre, con las manos heladas: – ¿y si Audiza se encontraba por allí afuera herida, con frío, con hambre, acompañada solo de la oscuridad absoluta, que por cincuenta días teñía la tierra? – Sintió culpa. Bastaron esas pocas palabras del ángel para entrar en un estado de desesperación. Ella experimentó lo que nunca había sentido: un vacío inmenso que carcomía su paz a pasos agigantados, penosas remembranzas la cobijaron y su mente ya no le perteneció más. Desde ese preciso momento, las ganas de luchar por mantenerse con vida se desvanecían al mismo ritmo que la temperatura de su cuerpo. Poco a poco perdía fuerzas por las imágenes que su mente creaba. Preguntó al ángel en forma tensa: – ¿Tú crees que se encuentre con vida? –. Apoyó sus manos para poderse sentar y estar un poco más

cómoda.

– Esto que no se tiene (la esperanza) es lo que nos hace falta –, Dijo Samael. – Solo sé que donde se encuentre, ella se preguntará: ¿por qué mi hermana amada me dejó sola en medio de la adversidad?

– Pero, – declaró Nainis, – yo no la abandoné. De madrugada ustedes insistieron en que viajáramos sin decir nada a nadie y después ocurrió todo –.

– Tienes razón, sin embargo, tuvo tiempo para despedirse y no lo hizo, hubiese bastado unos segundos –, respondió Samael.

– Porque pensé que nos tomaría unos días solamente y luego volveríamos –, respondió ella con angustia. Se vio forzada a reflexionar un instante. Pensó que Samael tenía razón de nuevo. Si las cosas hubieran ocurrido, al contrario, Audiza se tomaría los segundos necesarios para avisar.

Añadió el ángel: –No te mires con vergüenza a ti misma, a veces las cosas ocurren sin razón aparente –.

– ¿Mirarse a sí mismo con vergüenza? –, preguntó Nainis colocando su mano sobre su nariz y bajo la mirada. Preguntó de nuevo: ¿Qué es la vergüenza para ti, Samael?

– Es una situación penosa que destruye desde el interior, es algo que les ocurre a las personas cuando se ven expuestas ante las demás, no deciden por sí mismas, solo se muestran tal y como son en realidad. No es una decisión para sí mismo que se toma a la ligera, solo pasa y ya –.

– ¿Tú crees que debo sentir vergüenza de mí misma? –

– Todos deberíamos sentir vergüenza por no haber hecho algo más de lo que nos correspondía. Por solo obedecer también deberíamos sentirla –. Recogió una roca y la lanzó con fuerza a la entrada de la cueva. No se sentía avergonzado, se sentía cobarde e inútil, la rabia lo atrapaba, sus dientes tronaban y mantenía la mirada puesta sobre los ojos de Nainis.

– Quisiera devolver el tiempo –. Parecía resignada y, mientras hablaba, tartamudeaba por el llanto: – Ir por toda la ciudad, casa por casa y avisarles a todas las personas que conocía que algo terrible estaría por ocurrir. Decirles que buscaran refugio, que tomaran lo más importante, que protegieran a sus familias trabajando juntos, como siempre lo habíamos hecho, aunque no hice nada, me siento inservible. Además, supongo que en mi estado es poco en realidad lo que hubiera podido hacer. Ahora estoy acá, con Amia, solas,

esperando renacer de las cenizas, sin fuerzas, con temor, encerradas para no morir. Tal parece que también morimos a nuestra manera –.

– Ya es muy tarde para que piense así, ¿no cree? – declaró él. – ¿qué tiene usted mujer que no tenían las otras? ¿Acaso no son todos iguales? ¿Será que las preferencias por los seres débiles es lo que mantiene el equilibrio en este lugar? –

– No pedí venir. – Insistió ella. – Supongo que no fue decisión mía quedarme en este lugar. Además, soy igual a cada una de las mujeres con las que compartí mi vida. Sin embargo, creo que, por mi embarazo, tuve la fortuna de buscar refugio con ustedes. De cualquier forma, mi destino está en esta montaña, será mi sitio de descanso y de expiación.

Nainis no intentó hablar más, su pecho le dolía al igual que todas las partes de su cuerpo, el frío era el amo de todo el lugar. Los sonidos de muerte se incrementaban y la oscuridad desmembraba todo rastro de vida.

Los ángeles llegaron con madera suficiente para estar por unos días más allí. Estando todos al frente de la fogata, sintieron como la tierra se movió sin previo aviso, un fuerte terremoto los sacudió. Éste era diferente a los demás, se sentía a la tierra pronunciar palabras de cólera, cantaba al unísono con los movimientos y su duración hizo pensar a las dos mujeres que nunca terminaría. Las rocas se empezaron a desprender del techo de la cueva, unas de tamaño pequeño, pero otras mucho más grandes, el sonido que hacían cuando se estrellaban unas con otras, era realmente perturbador. La fogata se disipó, los murciélagos empezaron a revolotear por todo el lugar. Se respiraba caos y miedo. Amia intentó correr, no obstante, sus pies se entorpecían por la inercia. Tratando de llegar a la esquina, se cayó unas cuatro o cinco veces. Heylel le gritaba que se mantuviera inmóvil en el lugar donde estaba, pero ella estaba presa del pánico, gritaba desesperada y en un último intento de escapar de nuevo, un pedazo de tierra lava y rocas la sepultó. El agua cristalina que destilaba de la montaña se vio teñida por un rojo pálido mientras era sacudida de forma violenta de un lado a otro. Nainis estaba cubierta bajo el cuerpo de Auriel, con sus ojos cerrados y esperando el momento inmejorable para el reencuentro con su hermana.

Cuando todo se detuvo, los ángeles empezaron a retirar las rocas que mantenían cubierta a Amia, lo hacían muy rápido teniendo la esperanza de que estuviera con vida. Utilizaban pedazos de madera para apoyarlos contra las rocas y así poder quitar las que tenían un gran tamaño. Todo el esfuerzo fue

inútil, ella tenía su cráneo deformado, los ojos intentaban salir, sin embargo, el barro los mantuvo en su lugar. Sus labios de un color morado intenso mostraron su dolor, las piernas tenían formas extrañas por las pequeñas rocas incrustadas en ellas. Los brazos y sus manos cubrían su vientre destrozado y debajo de su ombligo el líquido de vida de su hijo se disipaba con el agua turbia que corría hacia el centro de la cueva.

La alzarón, la tierra empezó de nuevo a estremecerse. Llevaron su cuerpo hasta donde estaba Nainis, ella tenía las pupilas dilatadas. El cabello mojado cubría su rostro, ya no sentía frío. Pensaba que el frío de la muerte es mucho más fuerte que el frío por no sentir el calor que viene del fuego. Por primera vez, se arrepintió de su existencia. Samael, con impaciencia, titubeo entre dientes:

– Ella está muerta, aunque no creo que el bebé lo esté –. Con su mano escurría el barro y la sangre del antebrazo y de su ropaje. Lo hacía en repetidas ocasiones.

Heylel se quedó un momento tenso. Indeciso y con ansiedad, suspiró y bajó su rostro, encogió sus hombros y mencionó: – No somos dueños de la voluntad, todo es una cadena de sucesos. El universo reclama su energía, la necesita, solo la presta por un tiempo prudente. Somos criaturas frágiles ante su mirada eterna, nada nos tiene atados a la vida, es solo una transición, un paso. No hay libertad en ella. El paso del hombre por la tierra está por terminar, su existencia fue silenciada, todo se pierde con la muerte. Soledad infinita siento en mi corazón, no logro entender muchas cosas, supongo que no fui creado para hacerlo, pero ¿ver morir lo que amas no tiene sentido alguno? Mejor será esperar y creer en lo que nos ha mandado el Maestro. Obedecer es nuestra misión, yo sé que somos capaces de sobrellevar este momento difícil y brindar las fuerzas necesarias a Nainis para que confié otra vez en su propio existir –.

– Tal parece que has entendido mi dolor, Heylel –, declaró Samael. – Y sí, ver morir lo que amas no tiene sentido alguno, nunca lo tendrá, no estamos aquí para ello.

– Supongo que excedí un poco mis palabras. – Dijo Heylel en tono de arrepentimiento. – Las cosas en su mayoría no se tienen que entender, solo sobrellevarlas a un nivel superior. El entendimiento causa más preguntas, la vida debe disfrutarse sin una causalidad aparente. Estamos para ser felices en una aglomeración de estados inquietantes, de desórdenes aparentes, de caos impaciente y orden organizativo, son compañía día a día –.

Samael no quiso opinar, calló por unos instantes y concibió, sin embargo, dar la razón a su hermano. No se puede controlar todo, es imposible, a menos que el presente así lo requiera.

Ellos sepultaron el cuerpo de nuevo entre rocas; sin embargo, esta vez lo hicieron entre el amor y los cantos de descanso del alma cautiva. Absortos en júbilos de paz, colocaron sus plegarias para la despedida final. Por unos momentos olvidaron los azotes de la naturaleza, se concentraron en Nainis, en su bienestar. No tendría el mismo destino de Amia pensaban, esta vez se prepararon para no dejar al azar la vida de ella. Recorrieron la cueva, buscaron el lugar más seguro, verificaron cada rincón, como guerreros se prepararon para la batalla final. Alimentaban el fuego, cuidaban de la comida, cuidaban su descanso. Un estratégico plan se formó para contener la arremetida, trabajaron juntos, como nunca lo habían hecho.

Nainis descansaba entre la tierra roja, el adama cubría todo a su alrededor, ella lo tocaba con sus manos y hacia figuras en forma de panecillos, los recuerdos traían consigo sentimientos de desesperación, decidió entonces, concentrarse en las cosas bellas de su niñez para seguir con las fuerzas necesarias. Formó unas veinte figuras de estas y las puso en línea recta a la entrada del espacio cóncavo donde se encontraba. Miro sus manos y estaban rojas, el tinte que desteñía la tierra le daba vida. Un nuevo impulso la llevo a soportar el frío y a aceptar que estaba destinada a un nuevo comienzo. Ella menciona a Auriel: – ¿tú crees qué todo esto acabe pronto? –

– Acabará cuando tenga que acabar. – Declaró él.

– ¿Cómo comenzar algo si no ha terminado? – insistió ella. – Yo creo que no estamos hablando de un nuevo comienzo sino de una corrección y el encaminamiento de algo que quiso desviarse de su curso inicial.

– No, las acciones que se están tomando fueron causadas por el evento fortuito. – Respondió con serenidad Auriel, – no hay fin ni comienzo, solo se habla de un nuevo despertar –.

Pregunta de nuevo Nainis: – ¿Cuál es el propósito de mantenernos con vida en estas circunstancias? ¿No crees que estemos yendo en contra de lo que la naturaleza quiere? –.

– Nuestro propósito es protegerte, es nuestra naturaleza y no estamos en contravía de lo que quiere –.

– De cualquier forma. – Mencionó ella, – estamos sujetos a algo superior a

nosotros ¿y mi propósito...?

En ese instante interrumpió Heylel con una gran sonrisa: – Tu propósito es un objetivo nada despreciable. ¿Quieres saber qué es? Es algo muy sencillo: mantenernos ocupados a nosotros –, Sonrió de nuevo. – Hablo de tener la convicción de alentar tú existencia. Además, no creo que todo acabe pronto, solo sé que se transformarán las convicciones y dejarán una enseñanza, nada terminará, solo evolucionará en lo que la naturaleza quiera. ¿Y te preguntarás si dejará huella? Y yo te contestaré: claro que sí, no sé qué tan profundas o superficiales, solo quedan, registros maravillosos de su paso por nuestra vida –.

– He ahí la sabiduría de mi hermano, – dijo Auriel. – Las cosas complicadas las convierte en sencillas enseñanzas –.

– ¿Pero, se puede estar triste cierto? –, indago Nainis ante las palabras del ángel mayor.

– Claro que se puede estar triste, es un estado natural, como vas a decir eso... lo que no se puede permitir es deambular mucho tiempo allí, es un espacio absorbente, adictivo, envuelve de una forma casi imperceptible, nubla, contamina, ciega los sueños, las esperanzas. Se apodera de una forma única; por eso, se puede estar triste, sin embargo, no puede permitirse vivir el presente a través las emociones pasadas –.

– ¿Y cómo sé que deambulo en la tristeza adictiva? –, pregunta otra vez ella.

– Lo sabes en el mismo instante que pierdes la fe, la esperanza, las ganas de vivir –, contestó Heylel. – La tristeza marca los espacios y es celosa en su proceder –.

– Nunca había sufrido. Siempre he encontrado consuelo en el pasado, cierro los ojos y es como si viviera de nuevo esos bellos momentos, ¿los volveré a vivir sin que duela recordarlos? –.

– Claro que los volverás a vivir, ten presente mis palabras. Además, serán mejores que los antiguos recuerdos –. Respondió el ángel mayor con total convicción.

Nainis miraba estupefacta a los ángeles. Había una paz absoluta en ellos, lo que la llevaba a contagiarse por momentos de dicha armonía, encontrando consuelo a su dolor, a su soledad. Quizás vivir sola con su hijo no era tan mala idea, tenía que ser fuerte para él, demostrar que todo ciclo aconseja sobre el

futuro, ser para él protagonista de bellas moralejas y enseñanzas.

* * * *

En el día sesenta, el frío era amo y señor de aquel lugar. La oscuridad no solo estaba fuera de la cueva sino en el interior de los que allí se encontraban. Mantener un poco de calor era muy difícil, Nainis se dio por vencida y llamó a Heylel:

– Tú serás el protector de mi hijo, ya las fuerzas me abandonan, no logro ver más allá de mi muerte –.

Hubo un silencio, el ángel sabía que todo lo que tuvo por hacer para mantenerla con vida se hizo y que no podía decidir sobre su futuro, el tiempo se acababa y veía escabullirse entre sus manos los impulsos inútiles de sobrevivencia.

Contestó de forma sutil e inverosímil, sin remedio, manteniendo un lánguido discurso. Sus ojos reflejaban el fracaso, la angustia y la desesperanza. Mencionó Heylel:

– Yo seré su protector, seré ejemplo y vida, aunque en situaciones incontrolables, mi alma desespere. La luz no debe extinguirse, las ventanas de la existencia siempre deben mantenerse abiertas a la esperanza y yo me ocuparé de ello. El descanso no será opción, aunque debo mencionar que la fuente de la vida y la energía existente no me pertenecen, por eso no me detendré. Mis palabras parecerán banales ante tal afirmación, tal parece que el deseo no es igual a la realidad. Al fin y al cabo, el creador dirigió su mirada para que transitáramos este sendero, para que acumuláramos conocimientos, para que lográramos la paz y el equilibrio con el universo. Caminamos a ciegas con una única meta: despojarnos de este cuerpo golpeado. Supongo que el fin último es extrañar los pocos momentos de felicidad y, en eso, tienes razón Nainis, lamento haberte dado falsas esperanzas, imploro al Maestro llevarte con paz. Sin embargo, si tienes fuerzas, aunque sea una gota, deberías cambiar tu destino, aunque la decisión es tuya. Veo que has resistido con suficiencia la destrucción y el caos, aferrándote a la posibilidad de ver crecer a tu hijo, yo no quiero que este sea el fin –.

Nainis tomó la mano de Heylel y pidió ser llevada hasta el segmento de adama otra vez. Quería que el color rojo fuera lo último por ver antes de morir, para ella la tierra simbolizaba vida, amor, esperanza, prosperidad y seguridad, su hijo tenía que nacer entre ella y resurgir entre lo más profundo de la oscuridad.

Fue dirigida hasta allí, dejándose llevar por el olor de la tierra húmeda. Allí hizo un gesto de victoria, su hijo estaba por nacer y entendió cuál era su destino en esta travesía única. Los tres ángeles se posaron alrededor de ella, limpiaron su sudor frío, hidrataron sus labios, consolaron su dolor y aguardaron pacientemente la llegada del bebé. Samael habló:

– Ligera es la carga de la voluntad hecha obra... –

– Así es hermano, – contestó Heylel. – Los reconocimientos no siempre son gratos a los sentidos –

– ¿A qué te refieres? –

– No siempre lo que hacemos bien trae consigo recompensa o admiración, solo son semillas sin germinar que alguna vez, en un tiempo determinado, darán un fruto –.

Pasaron unos cuantos minutos cuando el llanto del bebe invadió todo el lugar. Las últimas palabras de Nainis fueron:

– Adán será tú nombre, porque de la adama naciste, un nuevo linaje está por comenzar y un nuevo sueño se ha hecho realidad –.

CAPÍTULO 6. UN NUEVO COMIENZO

Adán abrió sus ojos, pudo identificar tres sombras que se encontraban allí. Una de ellas tomaba su mano y sentía al mismo tiempo una brisa moviendo sus cabellos. Entendió en ese momento que no había muerto. Se le dificultaba respirar, por un instante el movimiento de sus brazos parecía torpe, sin embargo, poco a poco fue recobrando el control. Con gran alegría Heylel lo abrazó, el aroma de este ángel era especial, traía una paz infinita. Además, el sonido de las aves y la corriente de agua cristalina moviéndose desbocada en su senda eran signo del triunfo sobre la muerte.

Con un poco de trabajo pudo sentarse, observó todo a su alrededor, era un lugar hermoso. Grandes cortinas blancas engalanaban los ventanales brillantes, flores de todos los colores puestas de forma perfecta daban un toque maravilloso al lugar. Los ángeles eran mucho más brillantes que el reflejo del sol en los objetos de oro que inundaban todo a su alrededor. Ellos eran distintos en su forma, había algo en su ser que los hacía lucir diferentes, pero Adán no lograba discernir el motivo. Giró su cuerpo y casi de inmediato su cabeza se inclinó contra su voluntad, no sabía lo que ocurría, pensó que era una consecuencia del ataque de las bestias. Duró unos segundos postrado sobre su remanso y pudo observar los pies de un cuarto ser viviente. De inmediato escucho la voz de Heylel diciendo: – Sí Maestro –.

– Hermano, – añadió Heylel, – la bienaventuranza de nuestras suplicas trajeron consigo la bondad infinita del universo. Pensamos en algún momento que te habíamos perdido. Aunque, la vida nos ha regalado una nueva oportunidad. Que sea éste un motivo para regocijarnos en honor a tu ser. Has llegado a tu destino, alégrate, Adán porque tú semilla dará fruto, compartirás tu bendición, serás testimonio ante los seres de la tierra y nuestro propósito habrá concluido con éxito –.

Auriel se encontraba parado cerca de un gran ventanal; mirando el horizonte, dirigió la mirada hacia su hermano menor. Sonrió, levantó la ceja y siguió observando la hermosura que produce la lejanía de las montañas. En ese instante, Adán comprendió todo. No hizo falta una palabra, no había nada que decir en un momento tan especial. Solo agradecer por esta nueva oportunidad.

– Niño, nos diste un gran susto, pensamos que se moriría allí. Pero no, eres tan

fuerte como la terquedad que te precede – Añadió Samael. – Ya tiene la libertad que tanto deseaba, usted es un hombre ante los ojos del Maestro y por ello tiene y debe portarse como tal. Esto trae una gran responsabilidad –.

– ¿Maestro? ¿Quién es él? ¿Era la otra persona que estaba con nosotros, cierto? – preguntó Adán, un poco confundido por todas las situaciones que estaba viviendo.

– Solo te puedo decir que eres privilegiado Adán, – contestó Heylel. – No preguntes quien es, no hace falta saberlo, solo hace falta sentirlo. Alégrate cada momento en este lugar, un nuevo tiempo ha llegado gracias a ti. Hermano, los humanos quieren saberlo todo, sin embargo, no se puede. Hay espacios que solo se tienen que vivir y ya. Además, recuerda: existe una lejanía entre lo que pensamos y lo que hacemos, intentamos dar vida a nuestros sueños e ilusiones, queremos materializarlos, creyendo que traerán cosas buenas a nuestras vidas. A veces decidimos cumplirlos, por encima de lo que necesitamos en realidad. Para ello, trabajamos muy fuerte y, con nuestras palabras, los traemos a la realidad. Intentamos descifrar acciones y sentimos frustración cuando no lo logramos, así que decidimos realizarlos a como dé lugar. Pero cuando se nos hace lejano y creemos que no se cumplirán, dejamos de hacerlo. Creemos que solo mencionándolos o anhelándolos se cumplirán. Ciertas cosas no convienen hermano mío. Nuestra palabra y la fe pierden credibilidad ante nosotros mismos y ante los demás. ¿Sabes? Otra persona puede recuperar la confianza en ti, aunque, ¿cómo haces para recuperar tu propia confianza después del fracaso continuo? Todas estas palabras son solo para decirte que es mejor hacer, que decir que lo vamos a hacer. Tómallo como un último consejo, ¡tú eres quien deseas ser! Pero por encima de todo, confía y que no te preocupe nada en tu entorno –.

En ese momento, ingresa Haniel, Vasariah y Yehuiáh a la habitación, los tres ángeles que habían cuidado a Amia y a Claurinz. Sobre sus rostros, traían un yelmo y una armadura hechos en oro. Adán quedó desconcertado, los tres eran imponentes y mostraban mucha más fuerza en sus cuerpos que sus hermanos.

Adán toma la mano de Heylel, un poco perplejo, meditando en su interior y analizando de forma errónea lo que a la vista es fútil, inquietado y maravillado por los imponentes seres vivientes. Sus ojos estaban cegados ante tal belleza hecha realidad. Sabía que no podía ser una alucinación. Extasiado, pregunta: – ¿son como ustedes? –.

– Ellos son nuestros verdaderos hermanos. – Responde el ángel mayor, – son

guardianes de otras personas como tú. Somos legiones enteras, somos la luz que ha guiado el paso de los tuyos. Eso somos, mi pequeño –.

Vasariah retira su casco con una delicadeza absoluta y lo coloca sobre su pecho, su cabellera roja cae sobre su rostro. Se inclina ante la presencia de Heylel. El sonido de la armadura que protege su rodilla, al tocar el suelo, se escuchó como una nota melodiosa. La contra luz azul del gran ventanal se reflejó con sencilla amplitud sobre todo el lugar. Los otros ángeles hicieron lo mismo en señal de reverencia.

– Es un honor estar en tú presencia de nuevo, – menciona Haniel, – fueron años de angustia, no obstante, tus palabras lograron reconfortarnos –.

– Momentos de tribulación nos acompañaron queridos hermanos, – contesta Heylel, – esperanzas perdidas, anhelos escondidos ante nuestros ojos, sentimientos frustrados jugando de la mano con las angustias. Nuestra naturaleza puesta a prueba, engalanada con lo hermoso de nuestro sentir y aprendizaje infinito que debemos valorar –.

Contesta Vasariah maravillado ante la presencia del ángel mayor: – Eres sabio entre los sabios y alguien digno de seguir. Cimiento de conocimiento infinito y que enseñas sin ninguna restricción. Soporte, ante la incertidumbre que se alimenta de nuestra ignorancia –.

Cuando terminaron las palabras de recibimiento, Samael, que se encontraba divisando el horizonte, se puso en pie, dejó la manta en lino escarlata que tenía en sus manos y fue el primero en ir a abrazar a sus hermanos. Lo mismo hizo Auriel y, por último, Heylel. Respeto y armonía se respiraba, felicidad absoluta y pura que desborda cualquier entendimiento.

– Queremos que conozcan a Abel, hijo de Claurinz. Joven maravilloso, quien ha traído gozo a nuestros corazones –, Dice Yehuih.

En ese momento entró Abel, un joven de cabellera larga y oscura, mirada tímida y ojos negros profundos. Tenía en su rostro dos lunares puestos sobre sus ojos, en su cuerpo se veía la suerte de tener las necesidades suplidas. Con sus manos juntas puestas sobre su vientre y con una voz dulce menciona:

– Soy Abel, esperábamos la llegada de ustedes cuatro por muchos días. Estuvimos al tanto de todo el trascurso de su travesía. Además, historias maravillosas me ha contado Vasariah sobre las cosas que tuvieron que pasar. Espero que su estadía sea de gran agrado –. Todo lo dice con la mirada baja y un profundo respeto.

– Soy Heylel. Ellos son mis hermanos Samael y Auriel; él es Adán, hijo de Nainis. Esperábamos con muchas ansias conocerte, Abel. Veo que eres un joven sano, bello e inteligente. Serás de gran compañía para Adán –.

Adán solo miraba expectante, no sabía si se encontraba soñando o si era real. Pensaba: – igual, mis sueños no se diferencian de la realidad. Sí, debo estar soñando, aunque si es así ¿Cuándo despierte, estaré mal herido? ¿Y si nunca despierto? Cualquier cosa es mejor que estar allá en ese valle de muerte y desolación. Estos ángeles son diferentes a mis hermanos. Bueno, se parecen un poco más a Auriel, están hechos para la lucha, en sus cuerpos llevan protección. Pero, ¿para qué querrían protegerse, o de quién se tienen que proteger? Igual, no me interesa conocerlos. Y Abel, es igual a mí en todo sentido. ¡Tenían razón mis hermanos! ¿A él es a quien tengo que sustentar? Creo que mis días de soledad terminaron –. Decidió entonces que era momento de hablar:

– Soy Adán. Debo ser sincero: no me interesa conocerlos por ahora. Además, no necesito ser muy sabio para saber que Abel es un joven consentido que ha tenido la fortuna a sus pies. Me queda la duda, ¿Estás preparado para vivir con una persona como yo, que ha tenido que pasar por las más difíciles tribulaciones, y en donde la soledad absoluta ha sido mi compañera desde que tengo razón? –.

Hubo un silencio por algunos segundos. Solo se escuchaba la respiración de Adán, agitada por las heridas. Abel, que se encontraba en la esquina opuesta de Samael, levantó su mirada hacia Vasariah, y él hizo un gesto de aprobación con su cabeza. No hubo más palabras.

Samael tenía intenciones de reprender a Adán, sin embargo, Heylel tomo su brazo y le transmitió tranquilidad en aquel momento, la necesitaba. Estaba iracundo por la grosería y la prepotencia, pero entendió que ya no era su responsabilidad, no tenía ninguna obligación con él, no estaban en Kittim.

Entonces, dijo Vasariah, sin quitar la mirada sobre Adán, con sus pupilas dilatadas y emanando un aroma que hipnotizaba solo con el contacto: – Nosotros sí estábamos deseosos de conocerte Adán. Desde hace mucho tiempo, desde el día en que naciste. Siempre tuvimos la curiosidad de saber cómo eras. Expectativas que no saldrían del parámetro de lo racional. Y verte ahora, un joven fuerte, bello, lleno de conocimientos y además, muy autónomo. Largas travesías y aventuras han enfrentado. Por eso es un honor y un orgullo estar ante ustedes –.

Adán quiso responder un poco más tranquilo. Sintió en aquel momento que sus palabras habían sido un poco injustas: – Tienen que disculparme. Mis hermanos no me comentaron que había otros seres como ellos –.

– No hay nada que disculpar, pequeño – Responde Vasariah. – No todo hay que comentarlo. A veces, las sorpresas enseñan más que las palabras –.

Se escuchó a lo lejos una voz dulce, como nunca antes la había sentido Adán. Ésta era diferente, más aguda, hermosa en su forma y en su tono.

– Soy Eva, hija de Amia y estamos muy felices por la llegada de todos ustedes –.

Los tres ángeles con armadura dieron un paso hacia un lado y estaba ella, el ser más hermoso que hubieran visto alguna vez. Ni siquiera en la isla de Atlinda había nacido un ser tan majestuoso. Su cabello lizo y rubio llegaba hasta la cintura, un rostro tan perfecto que ni el más divino ángel se le comparaba. Tenía ojos azules como el color del océano en su máxima expresión. Unas cejas que delineaban su rostro con total finura. Una sonrisa blanca, encantadora y un cuerpo esbelto que se movía con total armonía.

Adán pensó: – tiene que ser un sueño. Tengo que estar soñando, eso es seguro. ¿Quién es? Es diferente y... ¿Por qué siento estas cosas tan extrañas? Mis piernas tiemblan, mi corazón se acelera, mi estómago siente un vacío inexplicable. Mis manos están sudorosas. No puedo hablar, ¡no sé qué decir! Sera mejor callar, sí, es lo mejor. Es el ser más hermoso que haya visto. No puedo moverme. No puedo dejar de mirarla, ella me estremece con solo sentir su respiración –.

– Eres un ser hermoso Eva. – Contesto Auriel. – Nos complace en gran manera conocerte –.

Añadió Heylel: – El universo hace cosas maravillosas, nos regala cada día señales extraordinarias, como tú. Encantadora es tú presencia. Iluminas todo con tan solo existir. Alegrémonos por tu vida querida Eva –.

– Están los tres reunidos por fin –, Menciona Haniel. – Tienen muchas cosas de que hablar, conocerse y ser una familia como lo hemos sido nosotros para ustedes –.

No solo Adán sintió conmovido su corazón. Otro ángel experimentó por primera vez un impulso, un deseo que, hasta ese entonces, jamás había sentido. Miro a Eva con ternura. En su rostro se podía observar la transformación

inconsciente de su ser. Pidió un momento y se alejó de aquel lugar. Mientras Caminaba y observaba un jardín maravilloso, plantas de hermosa forma acompañaban su sentir. Su mente se encontraba en blanco, nunca había huido, era atemorizante saber que una mujer fuera capaz de producir tantas cosas solo con su presencia. Sintió angustia en su corazón por causa de aquella niña, despertó un sentir dormido, lo hizo latente. No pudo fortalecer su razón, herido en su ego navegó en pensamientos sencillos y emocionantes que lo llevaron a escapar hacia lugares mágicos. Se ocultó para escuchar sus sentimientos, se sintió frágil, concibió sus deseos aflorar sin tiempo explícito. Ahora, no sabía cómo actuar, lo mejor sería seguir huyendo, estar lejos de ella. No estaría bien visto que él se viera vulnerable y débil ante la presencia de Eva.

* * * *

Adán se encontraba en uno de los cuartos de la casa. Quitó de su dorso la ropa que lo cubría. Frente a un gran espejo cristalino observaba su rostro, miraba las cicatrices en su hombro y pecho, eran marcas muy grandes. Escuchó pequeños golpes en la puerta, se sintió observado en su intimidad. Era Eva, con tono dulce y con un poco de preocupación preguntó:

– ¿Qué te pasó, por qué traes esas marcas? –.

Él la miró por el reflejo que da el espejo. Tuvo ansiedad por girar su cuerpo y verla de frente, así que contestó con su cuerpo de espaldas:

– Tuvimos un encuentro con cuatro bestias gigantes, nos emboscaron cerca de la tierra de Tifsah. Una de ellas, la más grande, me atacó, se lanzó sobre mí. Yo como pude le hice frente y luchamos durante varios minutos. Mis hermanos se encontraban controlando las otras tres. Así que vi a Auriel en problemas, tenía sobre él una de ellas, yo me abalancé y, con la fuerza de mi cuerpo, la tumbé. Cuando estaba en el suelo, la bestia grande quiso mordirme con sus enormes dientes. Yo lo tomé del cuello y lo tiré hacia un lado, con mi puño lo encaré, aunque al ver los dos animales sobre mí, no pude hacer nada más. Me mordieron el cuello y con sus garras abrieron mi pecho. Estando en el suelo, me levanté y, con gran furia, ellas volaron por el impulso de mi acción. Cuando llegaron mis hermanos, me estaba desangrando. Así fue como logre evitar que atacaran a mi hermano –.

– Adán, Eres muy valiente, tuvo que haber sido un momento muy angustiante para ti –, mencionó Eva.

– Cuando eres valiente sientes miedo solo por un segundo, ya después, el

poder que habita en ti sale a flote y logras enfrentar las cuestiones más difíciles de la vida –.

– Nosotros vivimos una situación similar. Antes de la muerte de mi madre nos encontrábamos descansando bajo la sombra de un gran árbol, estábamos comiendo del fruto que nos brinda la naturaleza. Cuando ella me miró con angustia por unos segundos, no podía parpadear, quería decirme algo, pero las palabras no salían de su boca. Sus ojos se tornaron rojos, respiraba cada vez más rápido. Su mano dejó caer el fruto. De su boca salía sangre y vi emerger una gran serpiente de su espalda. Me enfurecí de tal manera que tomé la espada de Haniel y la partí en dos –.

–No creo que haya sido tan grande como las bestias que me atacaron a mí –, contestó Adán, en tono sarcástico y un poco burlesco.

– De pronto no era tan grande –, respondió Eva en un tono elevado, – sin embargo, esta bestia si era mucho más peligrosa –.

– Insiste Adán: – ¿Acaso tenían garras, dientes descomunales y gran fuerza? –

– No –, responde Eva en tono sarcástico también. – Solo un veneno tan poderoso que, con solo tocar tu piel, la desase de forma inmediata. ¿Acaso las tuyas se movían tan rápido que no necesitaban de patas para hacerlo? –.

– ¡Eran rápidas! Creo que mucho más que la bestia que mencionas. Pero, lo lamento por tu madre. Al menos la conociste, yo no tuve esa oportunidad –.

– ¿Nunca la viste? –, pregunta Eva con gran asombro.

Por un instante Adán estuvo pensativo. Volvió a mirar el espejo y desde esa posición podía ver a Eva. Pensó que esa imagen era una ilusión, que, aunque quisiera tocarla, se encontraría como obstáculo un objeto liso y no podría hacerlo. Aunque esa imagen era tan real, como que ellos dos estaban en esa habitación platicando. Pensó de nuevo que, aunque no hubiera estado con su madre, había hecho un reflejo de ella sin saberlo, tan real como el que estaba viviendo en ese momento, al ver a Eva. Entonces respondió: – No, desde que tengo uso de razón, mis hermanos han estado al cuidado de mí –.

– Yo tuve la oportunidad de estar con ella por unos años, hasta el desafortunado accidente –, Replicó Eva.

– ¿Y la madre de Abel? – pregunta Adán. – ¿Está en este lugar?

– No, ella falleció al dar a luz a Abel, nunca la conocí. Él ha sido como un hermano para mí, una compañía, una familia. Siempre está pendiente de lo que

me sucede, nunca me ha dejado sola. Él es maravilloso, con el tiempo lo conocerás –.

Adán sintió una gran simpatía por Abel, se identificó con él, quiso conocerlo más. Concibió que había encontrado alguien que lo entendería de forma completa. No estaría solo de nuevo, nunca más: – Es gratificante encontrar alguien que te pueda entender, que pueda construir contigo cosas maravillosas –, pensó Adán, mientras colocaba sobre su dorso la ropa que había retirado tiempo atrás.

Adán pregunta de nuevo: – ¿Eva, que es este lugar? –

– Nosotros llegamos hace pocos días, vimos la devastación que hay afuera. Ellos me comentaron que había muchísimas personas como nosotros, pero del cielo cayeron lágrimas de fuego y casi todos murieron, caos y destrucción por todos los lugares. Al menos nosotros tres estamos con vida desde aquel trágico día. También mencionaron que los únicos lugares habitables era la Isla de Kittim, la tierra de Kafar y este lugar, que es donde habita el Maestro. Fuimos traídos acá para conformar una nueva familia –.

– Sí, el Maestro –, recordó Adán el instante cuando había despertado. – Vi sus pies cuando desperté aquí. ¿Quién es él? –

– No sé, creo que es el ángel mayor de todos, el cuidador del equilibrio. Mis padres no han querido decirme quien es. Solo sé que él es un ser maravilloso. Ni los ángeles mismos han visto su rostro; bueno, creo que el único afortunado ha sido Heylel, que es el ángel amado del Maestro –.

Desde lo lejos, un ángel observaba la conversación que en esos momentos sostenía Eva y Adán. Sintió celos. Por primera vez quiso ser humano, aunque fuera por unos cuantos segundos, deseó ser mortal. No discernía lo bueno de lo malo, solo deseó. En ese momento, era capaz de cambiar todo el poder que se encontraba dentro de él por el amor de Eva. Sus ojos se entristecieron al desear la muerte de aquel joven que había llegado. Sintió la perfección de su creación irse de su ser. ¿Por qué alguien como ese humano tenía tan magno premio en su vida? Se preguntó si su existencia tenía algún sentido. Cada lágrima que caía hacía que los frutos que se encontraban sobre la mesa empezaran a descomponerse de una forma acelerada, los gusanos brotaban y aquellos asquerosos insectos se consumieron entre ellos hasta no quedar nada. En un instante, sintió sobre su hombro la mano de otro ángel, escuchó la voz de éste diciendo en voz baja: – *¡ahora entiendes lo que sentí todos estos años!*

No desesperes, nuestra oportunidad vendrá pronto –.

* * * *

Abel se encontraba con Eva jugando en el jardín principal. Había agua por todos lados, ellos se divertían como nunca. Risas y gritos inquietaron a Adán, él se asomó desde el ventanal de arriba, observó con mucha curiosidad y allí estaba ella, la más hermosa de todas las creaciones, deseó bajar, pero el orgullo pudo más que su deseo. Entendió que hay cosas más fuertes que el anhelo, el orgullo prevalece sobre la razón, aunque quisiera no lo iba a hacer. Así que decidió solo disfrutar desde arriba.

– Adán hermano, ven a divertirte con nosotros. – Gritó Abel mientras corría.

– Sí Adán, ven, tranquilo que no te vamos a mojar – Dijo Eva, mientras perseguía a su hermano.

– Aunque quisiera, – contestó Adán, – no puedo correr todavía, pero en un momento estaré con ustedes acompañándolos –. Entendió en ese momento que su orgullo era más fuerte que él, aunque el deseo de Eva era más fuerte que su propio sentir. Ser vulnerable no es bueno, tendría que cambiar un poco con respecto a Eva, ser un poco antipático en sus acciones para no quedar en evidencia ante ella.

Se dirigió Adán al cuarto a cambiar sus curaciones, quitó de su cuerpo las vendas y observó un gusano salir de la herida, un olor hediondo se desprendió de él, sintió miedo, lo agarró con sus dedos y empezó a retirarlo, lo halaba con fuerza y este empezó a salir. Pero era muy grande, lo tomó con las dos manos y tiraba con más fuerza hasta que logró sacarlo. Segundos después vio cientos de ellos salir de las heridas, sentía el movimiento dentro de su cuerpo. Se desesperó, no podía con tantos. Heylel entró a la habitación. Estaba Adán gritando asustado: – ¡Quítamelos, quítamelos! –

– ¿Qué quieres que te quite Adán? Dime –, mencionó el ángel.

– ¡Los gusanos, están por todo mi cuerpo, me lastiman! –

– Adán, abre los ojos, no tienes nada –.

– Pero si estaban acá, yo los vi, saqué uno con todas mis fuerzas. Me duele mucho hermano –.

– No tienes nada, estas soñando despierto hermano mío –.

– Heylel tengo miedo, mucho miedo –.

Heylel abrazó a Adán muy fuerte. Se encontraban en el suelo. El ángel le besó la frente y le consoló. Estuvo un rato abrazándolo sin mencionar palabra alguna mientras el muchacho lloraba desconsolado. Se preguntaba Adán qué había pasado, por qué tuvo que vivir tan tortuoso momento. También generó en él curiosidad por saber qué era lo que había salido de su pecho. No quería pensar más. Así que, tiempo después, se levantó, limpió sus lágrimas y decidió salir hasta donde se encontraba Abel.

Descendió las escaleras hechas en oro puro, que tenían forma de caracol, adornadas con piedras preciosas y pinturas gigantes con formas extrañas al terminar las mismas. Llegó hasta la entrada principal y sintió sobre su rostro un golpe de agua que empezó a deslizarse sobre su cuerpo. No pudo observar que había ocurrido, sus ojos estaban nublados por el líquido, pero sí logró escuchar la voz encantadora de Eva que decía: – ¡Lo lamento, fue sin intención alguna! –. Terminó de limpiar la humedad de su rostro y de nuevo otro golpe súbito de agua. Estaba Adán empapado otra vez. Escuchó a lo lejos la sonrisa de Abel, y en cuestión de un instante se estaba disculpando de nuevo con él.

– ¿Con que así vamos a jugar? – dijo Adán en tono desafiante. Después de mucho tiempo, había vuelto la sonrisa a su rostro.

– Eres muy lento hermano mío –, respondió Abel desde la distancia. – Tienes que ser rápido como las águilas del cielo –.

– Te voy a demostrar que soy el más ágil de todos, te vas a mojar tanto que no quedaras seco en varios días –.

– Quiero ver eso –, decía con una sonrisa Abel. – En el estado en que estás, no puedes correr, si a penas has logrado llegar al jardín con dificultad –.

– No necesito correr, solo esperaré la oportunidad perfecta para mojarlos a los dos –.

– Yo no hice nada, todo fue idea de Abel –, dijo Eva, mientras corría a llenar de nuevo la vasija de agua. Preguntó de nuevo ella:

– ¿Enserio me harías eso a mí? –

– A ti te voy a mojar mucho más –, decía Adán, mirando a Eva desde la distancia y con su corazón palpitando a máxima velocidad. – Tú empezaste primero –.

– Que dices Abel, ¿nos juntamos y entre los dos abordamos a Adán cuando este sin guardia alguna? –

– Claro que si hermana, le enseñaremos como jugábamos cuando éramos pequeños –.

Adán se dirigió con paso lento hasta el lugar donde se encontraban las vasijas, tomó la más grande, la lleno de agua cristalina y pura que se encontraba en el jardín principal, esperó un tiempo prudente con la vasija en el suelo. Cuando sintió cerca a Abel, la agarró con todas sus fuerzas y la aventó sobre él. Hubo sonrisas y desafíos durante un tiempo. Volvió Adán a llenar la vasija con la ilusión de empapar a Eva, esperó de nuevo y cuando ella se acercó, la mojó. Ella quedó empapada de putrefacción y pestilencia mientras que Abel quedo estático por la acción de Adán.

– ¿Qué haces Adán? ¿Qué es esto? ¿Por qué te comportas así conmigo? –
Habló Eva con voz entrecortada.

– Yo solo tome del agua cristalina que está allí, no sé qué ocurrió. Tienes que creerme –.

– Lo sé hermano, acá no hay sitio donde se puedan encontrar cosas así, todo es perfecto en este lugar –, indicó Abel con voz de apoyo.

– Pues, no creo que sea perfecto, ¡mírame, qué asco! – dijo enojada Eva.

– Estoy seguro de que Adán no tuvo la intención –, añadió Abel. – Tuvo que ser un accidente, el no sería capaz –.

– Eva, no fue la voluntad mía, no haría nada que pudiera lastimarte –.

Ella corrió a la fuente para limpiar toda la podredumbre de su cuerpo. Abel siguió con ella para ayudarle. El juego terminó y Adán no supo que estaba ocurriendo. Con un trapo húmedo aseaba todo su ser, parte por parte, el hedor era tan fuerte que fue necesario cambiar toda la vestimenta y arrojarla lejos de aquel hermoso lugar. Desentonaba en sutiles fragmentos la perfección de aquel sitio con el aroma a venganza y muerte. Era la segunda cosa desagradable que ocurría el mismo día. Abel observó, que, desde el segundo piso, una sombra se ocultaba con tristeza. Había logrado su cometido.

CAPÍTULO 7. ACTOS DE REBELIÓN

Las noticias no eran para nada alentadoras. Otro ángel había sido hallado sin vida en la tierra de Kafar. El cuerpo estaba despedazado y con signos de tortura. Todo había comenzado un mes atrás desde la llegada de Adán a Tifsah. Con este nuevo asesinato, ya eran tres los ángeles que habían muerto en las mismas circunstancias.

En vista de todos los acontecimientos que estaban sucediendo el Maestro se sintió inquietado ya que; los únicos que pueden asesinar ángeles son otros ángeles, ningún otro ser sobre la tierra podría hacerlo. Pensaba él que de alguna forma se había corrompido el corazón de uno de sus seres de luz, uno de ellos fue llevado al límite de la desesperación, transformó sentimientos de cuidado por pasiones aberrantes y viles. Es de extrañar, pensaba el maestro, que la magnificencia de los corazones profundos en sentimiento ha de desentrañar historias ocultas y tenebrosas en su interior y, asimismo, el descontento de estos sentimientos lleva a que germine, de forma acelerada, la violencia y el amor hacía ella, como fortaleza y resistencia personal, y que en su concepción, también produzca dolor.

Cómo no preocuparse por lo que vendrá, como no estar atento a las señales que deja el universo. Sería muy inocuo pensar que más sucesos desagradables no ocurrirían. Hasta para el maestro sería irresponsable no tomar cartas en el asunto. Evitar ya no es una opción, medidas correctivas se necesitan para enderezar un equilibrio que se perdió con la llegada de los humanos a esas tierras. Discernimiento se necesitaba con suma urgencia para apaciguar los momentos críticos que se estaban viviendo a causa de la violencia desmedida.

* * * *

El Maestro convocó a una reunión. Todos estos seres estaban allí, miles de ellos postrados. La situación no era fácil, no era lógica. Creados con pureza absoluta, el camino que habría tenido uno de ellos estaba desviado del cometido principal.

Tiempo después, habló el Maestro con total tranquilidad:

– Uno de ustedes ha tomado la senda de la maldad, si habla ahora podemos hacer que su corazón encamine su razón. Las situaciones no son fáciles en estas tierras, pero el desespero no puede ser una elección. ¡Nadie puede

destruir lo que no sabe crear, nadie puede tomar lo que no le pertenece! Escoger es una opción que les es permitida. Libertad y discernimiento los caracteriza. ¿Qué es lo que harán cuando no puedan ocultar su falta? No hay que pasar por alto la forma atroz en que murieron sus hermanos, los humanos no tienen la fuerza ni la sapiencia necesaria para tales acciones. Así que el único que pudo cometer estos actos tan insensibles fue alguno de ustedes. Y es así, como entre nosotros, se encuentra presente el ser que desvió su camino. Así que, si deciden hablar, estaré presto a escuchar y perdonar la falta –.

En aquel recinto, rodeado de la luz que regala el atardecer engalanado de la tarea hecha, hubo un silencio total, ninguno de los ángeles mencionó siquiera una palabra. Zozobra y confusión acompañaban el momento. Legiones de ellos postrados ante la culpa y la incertidumbre. Pensaban que podrían morir en cualquier momento. Además, cualquiera podría ser el asesino. Esa fue una de las razones por las que empezaron a vestir prendas de guerra cuando tenían que recorrer grandes distancias. Estas prendas de guerra habían sido creadas en tiempos muy antiguos, tan antiguos como el universo mismo.

El miedo se mueve de manera extraña: primero toma la paz y la destruye, la transforma, hace que la sientas únicamente cuando nace la desconfianza, es una cadena que ata tan fuerte que es difícil liberarse de ella. No solo eliminaron los tres ángeles, también tomaron posesión de la tranquilidad del territorio.

Hay sentimientos con los que no se nace, aunque la tierra enseña historias trágicas de la misma, curte la razón de maneras inimaginables, instruye. Ella no permite que se recorra su camino en medio de la ignorancia, si no se está preparado se perece en ella. Su poder demanda conocimiento y amor por todas las cosas vivas que se mantienen allí. Es celosa en cada paso, no permite que se altere el orden, igual, tarde o temprano, reclama lo que es suyo.

No hubo respuesta alguna por parte de los ángeles, así que Heylel menciona:

– Maestro, es necesario investigar, no podemos permitir otro acto como estos. Es una dimensión muy alta, debemos resguardar el equilibrio, averiguar cuál es el fin principal y tomar medidas. El arrepentimiento es bueno para quien lo siente, para el que no, hace que se creen dos caminos muy diferentes: uno de ellos es el cambio, procura aprender del error y borrar todo vestigio de culpa de su interior. Lo lleva a no cometer la misma falta y analizar las consecuencias de sus actos. El otro camino es cuando siente todas estas cosas hermosas que te menciono, pero considera que los sucesos debieron ser así, no cree que deban cambiarse, el deseo los lleva a sentir satisfacción por el acto

cometido, la culpa no es opción, el alivio para su alma es destruir y generar caos a causa de su propio orgullo –.

– ¿Sabes que pienso Heylel? –, dijo el Maestro. – ¿Por qué ustedes tienen conocimiento de cosas como éstas, si su corazón es perfecto? Ni siquiera los humanos deberían saber estas cosas, aunque estén más propensos a conocerlas. Desde que cayeron del cielo las lágrimas de fuego todos están actuando muy extraño, diferente a cómo convendría comportarse. Pero tú no te preocupes, tranquiliza tú corazón. Hallaremos las respuestas –.

Heylel bajó la mirada cerrando los ojos, respiró de forma profunda y reflexionó por un momento todas las palabras que había dicho el Maestro. Le dio la razón absoluta a tan sabias apreciaciones. Sintió tristeza en su corazón y dio por descubierto que él ya sabía de las faltas cometidas por ellos contra los animales en el transcurso del viaje.

– No tengo nada más que decir –, menciona el Maestro. – Lleva a tus hermanos a que sigan con sus labores –.

Pasaron unos minutos cuando todos los ángeles se disiparon, cada uno volvió a su labor encomendada. Solo quedaron Samael, Auriel y Heylel. Estaban pensativos y preocupados por la situación que estaban viviendo. Como siempre, los tres siendo apoyo para cada uno. El primero en hablar fue Samael. Menciona:

– Lo que pase con Adán, no genera preocupación alguna en mí, no pretendo llegar a ser brusco con mis palabras, solo expreso lo que a mi parecer está bien. Ya no es problema de nosotros estar cuidando seres tan orgullosos e impulsivos. La labor la terminamos cuando salimos de Kittim. Por otro lado, es una pérdida de tiempo estar en este lugar –.

– ¿Hermano, entonces donde deberíamos estar? – pregunta Heylel de una forma un poco airada. – ¿En qué te diferencias de Adán cuando hablas de esta forma? –.

– ¡Estoy diciendo que las cosas deberían ser diferentes! No estar viviendo estas situaciones angustiantes –, contesta Samael, levantándose de forma impulsiva, con un tono retador.

– Esas no fueron tus palabras Samael, no es lo que quisiste decir. ¿Tú realmente amas a Adán? –.

– Hermano, nosotros nunca escuchamos lo que el otro quiere decir en medio

de la adversidad. Nosotros escuchamos lo que queremos escuchar. Escuchamos con lo que tenemos en nuestro interior –.

– No has respondido ninguna de las preguntas que te he hecho. Lo has evitado al máximo, no quieres que se hable de un tema que para ti es desagradable –, afirma Heylel, con mirada penetrante. Pregunta de nuevo: – Las estas evitando, ¿dime por qué lo haces? –.

– ¿Estoy evitando lo obvio? ¡Claro que estoy evitando lo obvio! Creo que no está entendiendo nada hermano mío –, responde Samael intranquilo y sin dirigir mirada alguna.

– A mi parecer, solo quieres que tus palabras sean indiscutibles, – objeta Heylel, – las palabras sencillas se entienden como algo natural, insospechables premisas de la realidad hermano mío –.

– Deberíamos estar donde pertenecemos –, es la respuesta de Samael. – Asimismo, no me diferencio de Adán porque el lleva dentro de sí una parte mía, por el tiempo compartido. Además, amo a Adán como usted lo ama, solo que no comparto situaciones –.

– Es fácil expresar mensajes cuando la ira nos invade. Es fácil expresar palabras cuando estamos felices, la contradicción nace en el intermedio de estas dos –, responde Heylel.

– La contradicción nace cuando pensamos que los demás actuaran como nosotros deseamos y la desilusión nace –.

– ¿Cuál es tu punto Samael? –.

– Usted entiende mi punto, solo quiere oírlo de mis labios y la paciencia que tengo se extingue como la luz en el alba –.

– ¿Tú punto es abandonar cuando las cosas están difíciles? –

– Abandonar, no; hacer las cosas fáciles para todos, sí –, alega Samael sin expresión alguna.

– Las acciones marcan puntos de transformación, alteraciones mínimas de cuidados adversos –, Contesta Heylel. – Puntos de congruencia que traen consecuencias inevitables y alteran un orden temporal. Ojalá tuviéramos la potestad de controlar todas las cosas que suceden. Solo nos queda esperar que el universo retorne el equilibrio de las desviaciones transitorias y nos lleve a promulgar la humildad de nuestras debilidades. Mal haríamos si soñáramos con la dominación de lo ineludible, viviríamos en una utopía peligrosa y

adictiva y quedaría una última pregunta: ¿Qué es lo que demanda el mundo de nosotros? El Maestro ha mostrado su preocupación, dice que hemos cambiado y que conocemos cosas que jamás debieron conocerse, y a lo mejor tiene razón. Nunca habíamos tenido estas discusiones por poseer el entendimiento de lo que nos rodea, disfrutábamos sin conocer, vivíamos sin descifrar y ahora calculamos cada paso y ocultamos la verdad, como cuando tomamos la vida de las bestias que atacaron a Adán y las encubrimos, ¡como quien oculta la vergüenza! En este punto no sé qué ocurrirá, ni que depara el universo para nosotros. Solo pido con total convicción que tengamos la oportunidad de crecer y de mantenernos firmes en nuestras certidumbres.

– ¿Nombraste que el Maestro está intranquilo? – habló Auriel.

– Sí, como mencionaba, le preocupa que tengamos conocimiento de cosas y guardemos silencio –, contesta, Heylel colocando la mano sobre la cabeza de él.

– ¿Y qué cosas no deberíamos conocer? –, pregunta de nuevo Auriel.

– Es mejor no saber querido hermano, eres de pocas palabras, sin embargo, de gran intuición; así que pronto lo descifraras –.

– También preocupa lo que está pasando con nuestros hermanos. – Menciona Auriel. – Si hay alguien que quiere vernos muertos tarde o temprano aparecerá envuelto en su ambición, lo traicionará su codicia y pondrá en manifiesto su identidad. Cuando eso ocurra, pediremos ayuda al Maestro –.

– ¡Eso no ocurrirá Auriel! No creo que sea tan estúpido y se deje atrapar –, Samael habló en tono autoritario.

– ¿Por qué estás tan seguro hermano? – preguntó Auriel.

– Usted ha visto lo que es capaz de hacer ese ángel despiadado, ya no es como nosotros en ningún sentido, abandonó lo que lo unía a nosotros –, responde Samael.

– ¿Y al no ser como nosotros le da ventaja? –, dijo Auriel intranquilo.

– En cierta medida, sí. Sabe cómo actuamos, qué haremos, es un ángel. No le importa su destino, tiene conocimiento del odio y los celos hacia los humanos, así que tiene más comprensión que nosotros –.

– ¡Pero está solo! –, responde Auriel sin reparo, como quien intenta concientizar al más testarudo.

– ¿Y cómo sabes que está solo? Por favor, su trabajo es engañar. Si usted sabe que alguien perecerá y no hace nada para solucionarlo, ¿no estaría siendo cómplice también? Como lo ocurrido hace años, donde solo cuatro mujeres embarazadas fueron salvadas y el resto murió sin aviso ni ayuda alguna –.

– ¿Quiénes somos para cuestionar querido hermano? – señaló Heylel. – No podíamos solucionar lo inevitable. Hubiera podido perecer toda la raza, sin embargo, no ocurrió. Aún queda esperanza e ilusión para estos tres jóvenes –.

Después de este hecho, pasaron los días, todo seguía un curso normal en apariencia, no obstante, en el ambiente se veían situaciones que hacían desconfiar hasta de la paz más sublime. Quedaba como experiencia que solo se puede esperar ese derrotero que no se desafía con la voluntad, se hace predecible y, en algunos casos, confiables a la vista de lo placentero, mientras se camina hacia un futuro incierto.

* * * *

Con el pasar del tiempo, Adán quiso tener un detalle con aquella bella mujer que le había robado hasta los más mínimos pensamientos, esa misma con la que al despertar, acaparaba lo primero que venía a su mente. ¿Qué es lo que hace que una persona tome control sobre la vida de otra? Pensaba él por instantes, pues siempre había tenido sentimientos ambivalentes acerca de Eva. Le incendiaba sus entrañas pensar que no tenía control de su propia voluntad. Es como si desde que la conociera, su vida perteneciera solo a esta mujer. Se sintió vulnerable, en algunas ocasiones triste, en otras soñaba con ser alguien importante para ella, pero siempre deseoso de ocupar un espacio transcendental en la vida de alguien a la que no le pertenecía su ambición.

Encontrándose Adán en el jardín principal empezó a recitar:

– Eva, eres más linda que las flores... No, no, suena muy mal –, pensaba Adán mientras observaba en la cascada dos ardillas jugando a esconder bellotas. – Ya sé: – Eva, eres como el amanecer hermoso de Kittim. No, es muy malo, no puedo decirlo. Heylel ya lo hubiera construido en un instante. Pensemos: ¡Eva, cuando te miro veo las estrellas y son muy lindas! Creo que tampoco serviría, es difícil componer palabras preciosas para ella. ¡Eva, tu alma me pertenece! No, tampoco suena interesante. ¡Ya se! ¡Eva, si las flores fueran estrellas tú serías la más hermosa de ellas! Que difícil hacer esto. Solo tengo que dejarme llevar como dice mi hermano. ¡Eva, tus cabellos rubios y tus ojos son muy bonitos! ¡Ella ya lo sabe! No necesito ratificarlo. Será mejor que vaya con mi

hermano para que me ayude, es lo mejor –.

Corrió Adán hasta donde se hallaba su hermano Heylel. Éste se encontraba entonando la sinarra, muchos animales estaban expectantes ante tan maravillosas melodías. Le menciona en tono muy bajo, como si fuera un secreto:

– Hermano, necesito que me ayudes a componer unas palabras para Eva. Quiero ser especial con ella y no sé cómo hacerlo –.

– Muéstrame qué has hecho –, pregunta el ángel mayor.

– Eva eres bonita como una estrella y te pareces a una flor que vi un día... no hermano espera –, dice Adán pensativo y tartamudeando las palabras. – Ya sé. Era ¡Eva, si fueras bonita yo sería una estrella! No, tampoco era así ¡Eva, hay cosas bonitas y tú te pareces a una flor! Lo siento, soy un desastre hermano –.

Heylel dejó la sinarra a un lado y reía tan fuerte que algunas lágrimas salían de sus ojos. Tuvo mucha ternura por Adán, nunca lo había visto haciendo algo por alguien y notaba el nerviosismo en sus palabras cuando pensaba en tan bella mujer. Le menciona el ángel a Adán: – pon mucho cuidado a mis palabras y grábalas en tu mente para que puedas pronunciarlas con total perfección:

*– Blanca belleza cautiva mi sentir como un susurro en el viento,
imágenes de profunda claridad formas con calma y con pasión*

¿En dónde hallare la compasión y el avivamiento?

Si lo único que quiero es jugar contigo en la eternidad del tiempo,

¡Oh, bella Eva regálame un momento!

Y no dejes que el olvido se lleve mi humilde nombre,

Toma mi mano y has perdurable el instante a tú lado.

Guía mi corazón a lo maravilloso e inexplorado,

cuando tus labios rosen por fin los míos,

cerrare mis ojos y daré por concluido, lo extraordinario de tu presencia.

Eva eres la más hermosa estrella que jamás ha existido... –.

– O también le puede decir –, insinúa Samael en tono jocosos – ¡Eva, eres tan hermosa que no te mereces este engréido! Sería perfecto niño, piénsalo, no estaría diciendo mentiras y ella caería rendida a tus pies –.

– Son hermosas palabras Heylel, – menciona Adán– tú eres el mejor en estas

cuestiones y Samael, gracias por el consejo, sin embargo, siento un poco de impertinencia en tus frases, así qué, lo dejaré para otro día –.

– Eva es bella entre las bellas, afortunado eres Adán –, dice Heylel, – tienes que abrir tú corazón y dejar fluir tan bellos sentimientos hermano. Acércate y le dices que tienes que mencionar unas letras que hiciste para ella –.

– El niño no las hizo, las hizo usted –, interviene otra vez Samael –por ende, ella debería correr a tus brazos Heylel –.

– ¡Pero qué cosas dices hermano! – Responde Heylel un poco ansioso, – Sabes que es prohibido decir esas cosas. Eva será compañera de Adán hasta que alguno muera, serán soporte el uno para el otro. Adán será guía y proveedor de todas las cosas que ella necesite, su descendencia será tan grande que será imposible contarla y sabremos algún día que el destino estaba escrito para que ellos dos estuvieran juntos –.

– Aunque yo no hice tan bellas palabras, soy el que las va a decir, – manifiesta Adán un poco ofuscado. – Tendrán significado y un valor inmenso cuando salgan de mi boca. Las palabras ya están creadas, pertenecen al alma que las pronuncie, pertenecen a la persona que les dé significado –.

– Escúchese Adán, suena igual que Heylel, solo estaba bromeando, no es para tanto, tranquilo, ya los dejo para que sigan hablando... ¡Eva, eres como la fruta inhibida que será tomada como laurel para liberar a los cautivos del Maestro! –, canta Samael mientras se aleja.

– Samael está actuando de una manera muy extraña, – menciona Adán – desde que llegamos a este lugar. Ha cambiado, hasta el color de sus ojos es diferente ¿tú sabes que ocurre hermano?

– Tú también has cambiado mucho Adán, estas más dispuesto, más amoroso, conocer a Eva cambio algo dentro de ti. Estás sonriente y si me lo preguntas, veo un poco de madurez en tu caminar. Nuestro hermano Samael está bromeando, le pareció incorrecto de tú parte ser odioso el día que conociste a Haniel, Vasariah y Yehuiah. Solo es eso, no te preocupes por cosas tan vanas hermano –.

– Lo se Heylel y me siento mal, aunque hay algo más en Samael que lo hace actuar diferente. Pero sabes, tienes razón, quizá estoy juzgando sin justa causa –.

– Lo importante es que reconozcas para aprender a crecer, eres joven y estas

siendo consiente de tú actuar, ese es un paso muy trascendental en el crecimiento. Ve con Eva y exprésale tus sentimientos –.

Marchó Adán. El paisaje que se encontraba frente a él le recordaba un poco a Kittim: pájaros de espectaculares colores cantaban mientras los bellos animales terrestres recorrían cada rincón del jardín. Flores de todos los tamaños y aromas y los manantiales cristalinos creaban paz absoluta en el lugar. A lo lejos estaba Eva, sentada bajo la sombra de un robusto árbol, distraída con la fresca hierba del campo, observando como el viento jugaba con el forraje. Se acercó Adán. Sus piernas temblaban mientras sentía como su corazón se aceleraba con cada paso.

– Hola Eva ¿qué haces? – menciona Adán con voz entrecortada, tratando de mantener la postura.

– ¡Adán! – Sonrió ella, mientras tomaba su cabello. – Estoy pensando, recordando cosas bellas. Ven conmigo no te quedes ahí. Sabes, con mi madre solíamos sentarnos a observar las plantas. Me decía que ellas danzan con el viento para agradecer al sol por cada día de luz. ¿Tú que crees? –

Hubo un silencio por unos segundos. Adán sabía que tenía que impresionar con sus palabras. Pensó que las plantas se mueven por que sí, no había nada de especial que lo hicieran, sin embargo, no podía contestar eso. Se preguntó ¿Por qué se mueven las plantas? Podía responder que lo hacen para distraer a los animales y evitar que se las coman, pero eso no era lo que Eva quería escuchar. Después de tanto pensarlo por fin decidió responder:

– Yo creo que las plantas se mueven para que tú recuerdes lo feliz que fuiste con tu madre –.

Eva se sonrojó, hermosa respuesta y tenía mucha razón: las plantas se mueven para que recuerde cada instante vivido con ella. Era lo más hermoso que había escuchado y venia de Adán. A la final no era tan duro como se veía.

– Pero que cosas tan bellas dices Adán –. Mientras lo miraba, notó que en ella crecía cierta simpatía hacia él.

– Si lo sé, – responde en forma orgullosa el joven. – Mis hermanos dicen que yo soy el mejor componiendo frases. Si quieres, puedo decirte unas bellas palabras en este momento –.

– Me encantaría mucho, quiero escucharte –.

Adán repitió de forma casi perfecta las palabras de su hermano Heylel. Ella

estaba fascinada por la pasión y la profundidad de éstas. El ingenio y el amor con que las recitaba hacía brotar cada vez más sentimientos profundos hacia él. Sintió que era especial y afortunada por contar con los ángeles y, además, saber que era musa de inspiración para Adán.

– Es lo menos que te mereces – añade Adán, – tú presencia me hace sentir vivo de nuevo. ¿Qué tal te parecieron? ¿Cierto que son geniales? –

– ¡Son únicas en sentimiento! – responde ella con sus ojos brillantes y enaltecidos. Además, no podía dejar de mirarlo. – Pero ¿Cómo así que vives de nuevo? ¿Es por el encuentro que tuviste con las bestias? –

– No, cuando me encontraba en la isla de Kittim no hallaba motivo para mi existencia. Asimismo, mis hermanos eran muy exigentes conmigo, querían hacer de mí un ser fuerte, invencible y todos los días las mismas rutinas agobiaban mi vida. La verdad es un alivio estar acá, me alegra mucho que estés tú, es un aliciente para levantarme cada mañana –.

– Veo que no fue fácil la convivencia con ellos. Para mí también es hermoso saber que existes Adán –.

En ese momento, Adán sintió de nuevo un movimiento en sus heridas, un dolor profundo y una fuerte rasquiña hizo que se desesperara. Le pidió un momento a Eva y, mientras corría hacia la morada, retiraba con angustia el vendaje de su pecho. Gusanos y pestilencia salía de su interior. En la entrada principal Haniel lo tomó de la mano y le preguntó:

– ¿Estas bien joven Adán? – preocupado por el desasosiego del muchacho.

– No, no estoy bien, estos malditos gusanos hacen que me duela profundamente mis heridas –.

– ¿Gusanos, a que te refieres? – preguntó de nuevo el ángel, mirando con extrañeza el pecho de Adán.

– No me pongas cuidado ¿sabes? No es problema tuyo. Déjame solo. Quiero subir, permiso por favor –.

– ¿Quieres ayuda en algo? – pregunta de nuevo Haniel.

– ¡No me escuchaste! Dame permiso quiero estar solo –.

Mientras Adán estaba en la parte superior, Eva llegó angustiada, sin saber que había ocurrido. Sintió un vacío profundo por la suerte de él. Tomó de la mano a Haniel y dijo con tono de zozobra:

– Estaba conmigo en la sombra cuando de pronto empezó a quejarse y corrió quitando el vendaje que protege su cuerpo. ¿Te dijo algo Padre? –

– Mencionó unos gusanos que tenía en sus heridas, pero yo no vi nada, luego se ofuscó y subió sin insinuar nada más. Es mejor que lo dejes solo Eva, él es muy impulsivo y podría decir cosas que te hieran querida mía –.

– No creo que diga cosas feas. Fue capaz de decir las cosas más hermosas que hubiera podido escuchar, siente gran aprecio por mí –.

– Es mejor que no suba niña –, sugiere Samael. – Usted no lo conoce, es otra persona cuando está molesto –.

– Pero, tú no escuchaste todo lo hermoso que dijo, fue algo como: “Blanca belleza cautiva mi sentir como un susurro en el viento...” –

– No digas nada más – interrumpe Samael con tono fuerte– y también escuchaste: “Imágenes de profunda claridad formas con calma y con pasión...” –

–

– ¿Cómo lo sabes? ¿Nos escuchaste cuando estábamos en el árbol? –

– No, esas palabras no son de él. Las compuso mi hermano Heylel para usted, a este bello ángel debes agradecer, no a Adán, el solo se mofa de lo que no le corresponde –.

– No lo entiendo –, comenta Eva en voz baja, como para sí misma. – Él me dijo que las hizo para mí, que yo era su inspiración –.

– Si no cree en mis palabras, pregúntale a Heylel y sabrás la verdad –.

– Es mejor que hagas caso a Samael hija –, dice Haniel, mientras le toma de la mano y le conduce a un lugar apartado. – Procura cuidar tu corazón de las palabras bellas, son solo eso, palabras –.

– Aunque, ¿Por qué engañar? ¿No entiendo? Yo he visto como me mira y siento que soy importante para él –.

– ¿Crees eso? – pregunta el ángel de nuevo. – Entonces explícame ¿por qué lanzó pestilencias tan horribles hacia ti? Dime ¿de qué lugar oscuro las sacó?

–

– Él se encontraba herido, no pudo salir, además es prohibido. Es algo que no tiene explicación, solo ocurrió y ya. Te repito padre, Adán tiene sentimientos hermosos hacia mí, estoy segura –.

– ¿Pero a qué precio los quiere conseguir? –, pregunta Haniel.

– Es una pregunta difícil de responder –, habla Eva con lágrimas en sus ojos y decepción en su corazón.

– ¿Sabes Eva? – Habla de nuevo el ángel, – cuando tus antepasados poblaron estas tierras eran perfectos, crecían bajo bases muy sólidas de respeto y amor. No conocían palabras como engaño, hurto, asesinato, celos. No, nada de eso, se apoyaban los unos con los otros, era una verdadera hermandad. Sin embargo, conocer a Adán me ha llevado a replantearme muchas cosas acerca de cómo podrías sufrir por el orgullo de un solo hombre. Él no tiene respeto ni por sus propios cuidadores. Ni siquiera por él mismo. Solo quiere hacer lo que su voluntad le dicte. No permite que nadie lo guíe o lo instruya a menos que sea para un beneficio propio –.

Eva interrumpe y menciona: – ¿Por qué mis antepasados no conocían estas palabras perversas y ustedes sí? –

– Recuerdo que hace muchos años le pregunté lo mismo al Maestro y él solo respondió con un toque en mi espalda, mientras me encontraba postrado. Desde ese momento, supe que hay cosas que no se pueden explicar por su misma naturaleza, por su propio potencial, por su propia creación –.

– Entonces, si hay cosas que no se pueden explicar ¿Por qué juzgar tan duramente a Adán? –

– ¿Por qué no juzgarlo? Y solo estoy hablando de sus acciones Eva. Cuando éstas afectan a otros se tiene que tomar medidas para aminorar un próximo daño. ¡Nuestro deber contigo es protegerte! Además –, añade el ángel, – recuerdo que estaba sentado observando el horizonte y pensando que todo el desastre terminaría. Los fuertes terremotos y las nubes de humo tóxico se encontraban tan lejos que no te tocarían, y eso me hacía muy feliz, concebí todo controlado para ti. Hasta que sentí como tomabas mi espada y con gran furia partías en dos a la serpiente. Allí me di cuenta de que hay que tomar acciones para que cosas desagradables no ocurran de nuevo. Nunca olvidaré tu rostro, me prometí que jamás dejaría que pasaras por situación semejante. Desde ese día no eres la misma, algo dentro de ti murió junto con tú madre, amada hija –.

– Entiendo lo que tratas de decir padre y, desde el fondo de mi ser, he sentido tu amor hacia mí. Solo que los sentimientos que están naciendo por Adán son diferentes a todo lo que he llegado a experimentar –.

– ¿Diferentes cómo? – pregunta Haniel.

– Cuando él habla, su voz estremece todo mi cuerpo, sentir que me observa con su tímida mirada me entenece. Aunque, con todo lo que ocurrió, siento que no lo conozco y que va a mentir otra vez, no puedo creer en él –.

– Un día, cuando eras muy pequeña, estabas jugando con una liana de un árbol muy grande y te lanzabas de un lado para el otro, todo el tiempo te veíamos volar entre las ramas con mis hermanos. Estabas tan feliz con ella que lo primero que hacías cuando despertabas era correr hasta el árbol. Cierta día, te lanzaste tan impetuosamente que la liana se rompió y te golpeaste muy fuerte, lloraste mucho y el dolor permaneció en tú cuerpo. A los días volviste a montarte, pero ya no disfrutabas, el temor de volver a caer te invadía. Dejaste de ser feliz por la desconfianza de caer, eran dos cosas en las que tenías que pensar cuando te subías. ¿Entiendes lo que trato de decirte? –

– Entiendo muy bien padre y hallo sabiduría en todo lo que dices. Siempre agradeceré tú compañía y amor –, menciona ella, cambiando su percepción de aquel joven de forma súbita.

CAPÍTULO 8. EL GÉNESIS DEL AMOR

Cuando despertó, Eva observó detenidamente una pluma azul, adornada con una cintilla roja colgando en su lecho. Pensaba que era hermoso despertar y ver detalles hechos por Vasariah. Con su mano acariciaba la suavidad y una fragancia que emanaba de la misma producía deleite a los sentidos. De inmediato reconoció el aroma y supo que le pertenecía a Heylel. Decidió entonces que era tiempo de agradecer al ángel.

– Es lindo despertar con un detalle tan maravilloso y más si viene de tus manos –, menciona Eva un poco sonrojada.

– Además de ser encantadora eres inteligente mi bella niña, ¿cómo supiste que era yo? – responde Heylel, dejando el instrumento apoyado sobre el ventanal y acercando un sillón para ella.

– El aroma de la cintilla es inconfundible, solo por eso lo deduje –.

– Hay cosas que pasas por alto, como lo del aroma. – Responde el ángel mientras sonrío. – Vi caer la pluma del ave más hermosa que habita este jardín y pensé: por qué no hacer algo bello para alguien especial. Así que decidí tomarla con tal delicadeza que evitaría el daño de su perfecta forma y adornarla fue mi anhelo con el rojo de la cintilla, para dar un contraste ideal y dejarla en tu cuarto para cuando despertaras, también provocara una sonrisa en ti –.

– Agradezco mucho esto, también por ayudarme a Adán a componer las frases del otro día –.

– ¿Quién te mencionó que fui yo? ¿Acaso mi hermano dio crédito a tan alto esfuerzo? – pregunta Heylel intrigado.

– No, no fue Adán, lo hizo Samael, cuando él se encontraba discutiendo con Haniel –.

– ¡Oh niña hermosa! Yo solo quería ayudar al muchacho a encontrar su destino. Cuando hice esas frases ellas brotaban sin dificultad alguna, imaginaba tu rostro y me perdía en la inmensidad de tu destello. Fuimos muy afortunados al poder conocerte y al compartir contigo ¡mucho más! Si no te molesta, lo seguiría haciendo cada día que te encuentres acá –.

– No me molesta – responde Eva con una gran sonrisa. – Me hace muy feliz, es

bello que lo hagas –.

– ¿Qué te parece si damos un recorrido por toda la región? – propone Heylel entusiasmado por la idea.

– ¡Claro que sí! Solo le avisaré a Abel que saldré por un rato –.

Pasaron unos minutos cuando se dispusieron a recorrer todo el Jardín. Eva estaba cautivada con la sabiduría de Heylel. Las conversaciones y las sonrisas fluían de forma natural. La espontaneidad de los relatos transportaba a la joven a otros tiempos, la magia era profunda y nada pasajera.

– La conexión con lo imposible se encuentra a tan solo un paso – menciona el ángel mientras toma la mano de Eva para que descendiera una roca lisa. – El secreto está guardado a la vista de todos los viajeros de sueños e ilusiones. Los espejismos son utopías como bien lo sabes, así que queda el reencontrarnos con nosotros mismos. Lo imposible se encuentra dormido en tú propio ser, esperando a ser descubierto e insistiendo sin detenerse. Muchos creen que lo inalcanzable esta allá afuera, sin saber que los caminos son profundos y abrazan nuestra alma –.

– ¿Estás diciendo que lo imposible no existe y que nosotros lo creamos dentro de nosotros mismos? –.

– Es exacto –, responde Heylel. – Nosotros los creamos –.

– Si yo quisiera volar como las aves no podría, eso sería imposible –, añade Eva.

– Si las aves quisieran hablar no podrían, eso también sería imposible. Pero, aunque no lo creas, ellas se comunican de formas inimaginables, no tienen límites para ello. Lo hacen sin importar que tan bien o que tan mal lo hagan, eso no importa para ellas. Eso mismo pasa con nosotros ¿alguna vez has soñado que vuelas? –

– Sí, una vez cuando era niña y es el sueño que más recuerdo. Llego a mí como una experiencia muy bonita –.

– Lo vez, ¡está a la vista de los viajeros de sueños e ilusiones! Solo tienes que desearlo tanto, que el día menos pensado se hará realidad –.

– No lo había pensado de esa manera Heylel, tienes razón, cuando murió mi madre pensé que nunca la volvería a ver, no obstante, de vez en cuando comparto con ella cuando duermo y la tristeza llega cuando despierto –.

– Sientes tristeza porque sientes con toda tú alma, lo vives, nadie te puede arrebatarte eso, ni decir que no existió, si te hizo sentir algo fue representativo para ti, modificó algo en tu vida. Es verdad para ti –.

– Te cuento un secreto bello ángel: no sé cuál es el motivo de mi existencia. Despierto y hago las mismas cosas cada mañana. Haniel dice que mi destino es el más importante de todos. Pero lo que yo quiero no lo hallo. Sé lo que esperan ustedes de mí, sin embargo, lo que espero de mí misma está desvanecido como la luz al atardecer. De pronto más adelante lo hallé, mientras tanto iré a la deriva.

– Para eso no hay palabras. Cada quien es el resultado de lo que esperan de él. Algunos no tuvieron una oportunidad de elección y encontraron su destino escrito en los pergaminos de otros iguales a ellos y, cuando quisieron reaccionar, el universo estaba pidiendo de vuelta lo prestado, reclamando la energía y el aliento. Es un acierto admirable de nuestro miedo –.

– No es miedo, no hallo sentido a nada. ¿Tú crees que cuando el universo reclama nuestra energía, duele? – pregunta Eva tratando de cambiar el tema.

– Algunas veces sí, otras veces no. Antes de la lluvia de fuego, las personas morían de causas naturales y a una edad muy avanzada; después de ello, hemos perdido cuatro mujeres, un niño y tres ángeles. Creo que en estas condiciones... ¡si duele la muerte! –

– Lo bueno es que cuando mueres no recuerdas el dolor –, añade Eva.

– El universo tratará de agotarte para reclamar más energía. El tiempo no existe para él, limpia y reclama lo suyo. Somos ajenos a lo que desea, solo sé que tenemos que seguir, no podemos escapar de la oscuridad ni de la luz, siempre nos alcanzan, nos devoran, en el buen sentido de la palabra. Nos acomodamos a lo que quiere mostrarnos para ser uno solo con él –.

– ¡Igual, ni siquiera nos pertenecemos a nosotros mismos! – exclama Eva con resignación.

– Es temporal. – Responde Heylel– Tienes la oportunidad de revertir el subordinaje. Después de ello, ya no depende de ti. Eva, es curioso cómo quieres conocer el mundo que te rodea, siempre estás impaciente por aprender, por guardar las cosas que te sirven para tu vida. Haniel, Vasariah y Yehuiáh hicieron un excelente trabajo contigo. Eres diferente a Adán, él es impulsivo y egocéntrico, cree conocer todo y no se ajusta a cualquier orden, sea pedida de buena manera o no. Hace lo que le parece correcto, no da explicaciones o

simplemente no le interesa conocer. Yo le he amado desde antes de nacer, sin embargo, a veces siento que la paciencia está fragmentada con cada palabra que dice sin pensar, cuando te acostumbras a conocerle no sientes ningún deseo de corregirle. Solo esperas el momento apropiado para que se equivoque y aprenda de su error, aunque luego viene y nos culpa por su mala fortuna o falta de planeación, eso es el ser que amo –.

– Quizás solo espera ser comprendido como nosotros –, responde Eva un poco afligida.

– Bueno, pero no es momento para la tristeza ¡es momento para comer! – Dice el ángel mayor mientras tiende en el suelo una manta. – Te va a encantar esto que preparé para ti –.

– ¡Eres el ser más especial que ha llegado a mi vida! –, dice Eva, mientras posa sus manos sobre su rostro por la sorpresa.

* * * *

Fueron muchas las semanas que compartieron los dos. El amor era cada vez más grande en Heylel. Sentía la necesidad de buscarla siempre, de regalarle detalles, de darle sorpresas. Siempre estuvo pendiente de que su sonrisa no se apartara de su boca. Hablaba de ella casi siempre con Samael y buscaba siempre mostrarse para que Eva pudiera observarlo. Adán, por el contrario, compartía solo con Abel, no la determinaba y trataba de tener el mínimo contacto.

Eva pidió a Heylel que le acompañara en la tarde a hacer un recorrido hasta una pequeña cascada que se encontraba un poco lejos de donde se encontraba el jardín principal. Quiso devolver la atención del ángel, quería regalarle un collar hecho en piedrecillas que le había tomado varios días fabricarlo. Mientras tanto, en el edén había especulaciones por la desaparición de otro ángel, no tenían indicio de su situación. Solo encontraron la espada que lo acompañaba tirada a varios metros de donde le correspondía la guardia.

El Maestro pidió a Samael organizar un encuentro con él y los seis principales ángeles. Se reunirían en la casa principal y tratarían temas de suma importancia. La situación se estaba saliendo de control e iban a efectuar los primeros destierros.

Los primeros en llegar son Haniel, Vasariah y Yehuih. Rato más tarde hace su aparición Auriel y Samael. Estaban a la expectativa por el arribo de Heylel.

– ¿Tú le mencionaste a Heylel que necesitaba de su presencia? – pregunta el Maestro a Samael.

– Tal y como lo ordenaste Maestro –, contesta el ángel.

– Salgan, búsqüenlo y cuando lo encuentren vuelvan acá –.

– ¡Si Maestro! –

Salieron los cinco ángeles al encuentro de Heylel. Él se encontraba con Eva, llegando a la pequeña cascada. No iba a tomar mucho tiempo encontrarlo. – Cuando se haya el amor, las prioridades se pierden – reflexionaba dentro de sí Samael, las situaciones proponen una manera de actuar. Sin embargo, el sentimiento propone actuar para generar situaciones especiales. El ángel pensaba que lo primero debía ser guardar el secreto de su hermano, apoyándolo hasta que su deseo sea cumplido.

Estando ya en la cascada, Heylel veía como los colores se desprendían de ésta, parecía que un arcoíris se fusionara con ella para formar un extraordinario espectáculo. El ángel mayor preguntó:

– ¿Cuál es la causa de tanto misterio bella mía? –.

– El misterio es muy sencillo –, responde ella, con las manos en su espalda y una sonrisa encantadora, – solo tienes que cerrar los ojos –.

Él accede a lo pedido por ella. Se acerca Eva y en un acto de amor besa al ángel. Sus labios húmedos y acalorados se palpan, tocan la pureza innata de sus seres. Se fundieron al sonido de sus respiraciones. Las pequeñas manos de ella acariciaron su rostro y el tiempo fue testigo de cómo los dos estaban presos en su sentir. Luego ella tomó el collar y lo colocó sobre el cuello de Heylel.

– Esto lo hice para que me recuerdes siempre –, menciona Eva.

- No necesito del collar para recordarte, acabo de experimentar la felicidad absoluta, creo que he nacido de nuevo –, responde el Heylel extasiado.

En ese momento llega Samael. Los dos quedaron petrificados, estaban temerosos por la presencia de este ángel. Sabían de antemano que hay cosas que no se deben hacer y hay cosas que no van a ser aceptadas, aunque su fin sea bueno. Menciona el ángel a Heylel:

– El maestro requiere de su presencia de forma urgente ¿acaso lo olvidó hermano? –

– Será mejor que me retire por un momento Eva –, dice el ángel mayor, – ya vuelvo ante tu hermosa presencia –.

Se retiraron a un lugar apartado donde pudiesen hablar. Subieron a la cima de un pequeño monte que se encontraba a unos pocos metros de la cascada. El primero en hacerlo fue Samael.

– Hermano, su obligación era estar con el maestro, estaba un poco molesto porque no te encontrabas en su presencia –.

– Perdí la noción del tiempo estando con Eva –, responde Heylel un poco altivo. – Tú eres mi hermano y te confesaré, con total sinceridad que, aunque tenía presente que tenía que irme, mi corazón eligió quedarse y buscar su propio destino. Optó por la felicidad absoluta. Es sorprendente cómo puedo abandonar la cordura cuando me encuentro con ella y, no obstante, sé que estoy perdiendo ciertas cosas, pero estoy ganando otras. Pensaba que es pasajero el sentir y encontré que el amar es eterno. Fue una gran sorpresa para mí, creo que hallé la eternidad absoluta en sus ojos. Solo hace falta desatar una pequeña flama suya para desencadenar un gran incendio en mi corazón, y con el tiempo ha crecido con gran fuerza. ¿Sabes? Aprendí con los años que aquel que no es capaz de soñar con lo extraordinario está muerto en vida y, como te mencioné, quiero vivir este sueño irreal de la forma más sincera posible. Mi obligación es cuidar y enseñar, también instruir en la justicia del amor, es un legado importante –.

– Nuestro trabajo es cuidar a los humanos, no enamorarnos de ellos – responde Samael, – aunque entiendo y respeto el sentimiento que lo embarga hermano mío –.

– Es difícil estar en mi situación. Sé de las limitaciones propias que nos separan, nada simples, por supuesto. Pero con la satisfacción de que algún día se podrá vivir de acuerdo con nuestras propias normas y virtudes. Es algo que va intrínseco en nosotros, orientar hacia la autorrealización. Por eso, es bueno autorrealizarnos nosotros primero. Inculcar sabiduría desde la experiencia única, desde el conocimiento propio de la tarea. Algunas cosas serán difíciles en un sentido emocional, sin embargo, otras fluirán expuestas en sus propias razones –.

– ¿Qué decisión piensas tomar hermano mío? – Pregunta Samael.

– ¡La decisión de ser feliz! Lucharé por el amor de Eva y seré complemento en su vida. Las situaciones varían de un momento a otro, se trasforman para

enseñarnos más y más. Ella necesita de un ser sabio, que la cuide en los momentos de tribulación, que sea guía en los instantes de oscuridad. Ni el enojo, ni la tristeza, ni mucho menos el amor se puede ocultar. El sentimiento que nos profesamos es mucho más grande que el universo mismo, así que es imposible que los demás no noten tan noble amor –.

– Yo creo que el Maestro se interpondrá e intentará arrebatarte lo que es tuyo. Lo dará a Adán y usted seguirá acá, como siempre ha ocurrido –, menciona Samael en una forma segura.

– No, hablare con él –, dice Heylel decidido. – Le diré la verdad y él entenderá, me brindará apoyo. Tú sabes que él me ama, así que entenderá y seremos felices para siempre con Eva –.

– Veo dos opciones: que tú seas humano o que ella sea un ángel. Ambas están lejos de la realidad hermano mío –.

– Hay otra opción –, dice Heylel – pero no puedo decirla en estos momentos... más adelante sabrás con exactitud de qué se trata. Mientras tanto, estaré con Eva y en un rato iré a hablar con el Maestro –.

– Creo que lo necesita con suma urgencia –, recalca Samael.

– Iré cuando tenga que ir, no lo hare cuando sea por una obligación. Será cuando considere que es necesario – expresó Heylel en una forma más airada.

– Yo creo que necesita estar tranquilo – dice Samael. – Cuando el Maestro pregunte cosas que no pueda responder, necesitará paz en el corazón y, a decir verdad, tiene que estar muy por encima de él cuando eso ocurra. Es un ser sabio, con sus alabanzas hacen que sea el mejor músico entre nosotros, un adorador como ninguno. Es la luz del Maestro, la luz en todos. No deje que la manipulación entre a ti, no puedes dejar que te roben el amor –.

- No puedo perder lo que merezco, es mío por herencia propia. La sucesión me pertenece y no dejare a Eva por nada, la amo como nunca había amado –.

- Eso quería escuchar hermano, usted es el segundo al mando y necesita darse su lugar – mencionó Samael. En su rostro se veía la confianza de la tarea realizada. – En esta tierra, son pocos los poderes que poseemos, hasta el mismo maestro es vulnerable, no es omnipotente, ni omnisciente, aun la ubicuidad no la posee, depende de nosotros para mantener el equilibrio. Lo único que nos diferencia es el poder que tiene sobre los demás ángeles –.

– ¿De qué hablas Samael? – pregunta Heylel extrañado por tales palabras.

– Hablo de que tiene el derecho y la obligación de pelear por su felicidad, solo eso –, respondió el ángel – Será mejor que vuelva con el Maestro, quédese y cuando usted quiera regresa –.

- Samael, hermano ¿estás bien? Tú corazón es diferente, digo, siempre fuiste impetuoso y seguro de sí, pero hoy lo siento más que nunca –.

– ¡Estoy mejor que nunca! – dice Samael, mientras se forma una sonrisa en su rostro y se aleja del lugar.

Descendió Heylel de aquel lugar. Su preocupación se transformó en alegría al ver a Eva, se olvidó de lo importante, se olvidó de sus obligaciones. Solo una prioridad a la cual darle importancia: la felicidad de ella.

– Veo que estaban tratando temas importantes, – mencionó ella. – Lo mejor será que regresemos –.

– ¿Qué puede ser más importante que tú? – responde Heylel, tomándole de la mano. – Hay cosas que tienen espera, otras que jamás se repetirán, ¡he ahí la prioridad! –

– Entonces ¿podemos estar más tiempo en este lugar? – pregunta ella.

– Podemos estar el tiempo que sea necesario – contesta el ángel. – Además, brillas con el sol de la tarde. Tú cabello refleja toda la luminiscencia del cielo, tus ojos me llevan a otro espacio mágico donde no puedo dejar pasar por alto el azul hermoso que de ellos emerge. Si no avanzo a tu lado, estaré inmóvil en el universo. Infinita es tu esencia, así como tú naturaleza. Hoy nos pertenece este día querida Eva –.

Eva quedó por un momento maravillada. Las facciones perfectas de Heylel y su nobleza hacían que deseara estar cerca de él. Sentía admiración y profundo respeto. Pensaba que era un obsequio contar con tantos seres que se preocupaban por ella. Gratitud era lo que en ese momento la embargaba.

Se hizo de noche, las luciérnagas empezaron a jugar con la brisa y la oscuridad era la dueña de aquel lugar. Mientras Heylel pasaba con Eva, los ángeles que se encontraban cerca del jardín hacían reverencia. Mientras más caminaban, más luciérnagas se levantaban, un espectáculo maravilloso se observó por algunos momentos, un camino de luces, de amor y respeto. Tomados de las manos, Heylel como un lucero, inundó de luz el jardín principal al dar vueltas con Eva. Sus manos compartieron calor, afecto y se vio por un momento un torbellino de incandescencia. No había duda en su

sentir.

Mientras las estelas se disipaban, la esencia misma de la vida brindaba una condición estable de bienestar. Todo volvió a la normalidad mientras los seres se miraban fijamente, sus ojos se entrelazaban, y los ángeles solo observaban como el amor es el más fuerte de los sentimientos, brota de lo más profundo y, cuando lo encuentras, no puedes ser el mismo de antes. Transforma y llena, corrige y guía. Es un nuevo nacimiento hacia lo eterno. Todo esto pensaba Heylel, el frío se extinguía en su interior poco a poco, a causa de un calor espontáneo de un corazón puro.

Cada uno volvió a la realidad, el camino a la felicidad concluía allí, el sueño se había cumplido, no había retorno, no había comienzo ni final, no podrían escapar. Heylel daba el primer paso, mirar a Eva le daba el valor para ello. Él sabía que la historia continuaría en los anhelos y en la seguridad de lo que parece ser un acontecimiento hermoso.

* * * *

Heylel se encontraba a la entrada del lugar donde estaba el Maestro, dudó por algunos momentos, aunque decidió ingresar. Abrió la puerta principal. Ésta se encontraba hecha en oro y tenía dos ventanales azules en la parte superior; en la parte inferior, escrituras antiguas posadas sobre un soporte. Al fondo, un árbol frondoso, sus hojas de forma triangular y, sobre la base, siete hojas caídas y marchitas. El ángel hizo consiente su respiración, tomó aire y lo dejó salir de forma suave mientras sentía la calidez de éste desplazarse por su nariz, sintió el latir de su corazón, ignoró el ruido exterior y volvió a respirar. Esta vez, lo hizo despacio, no dejó que el afán hiciera olvidar este regalo tan sencillo, el respirar.

El Maestro hablo sin mirar a Heylel:

– ¿Hay alguna excusa que quieras decirme? –

– Maestro, estuve en la cascada con Eva y el tiempo fue corto –.

– Estamos pasando por momentos difíciles Heylel – menciona el maestro, mientras sigue de espaldas observando el árbol.

– Lo sé maestro. Sin embargo, creo que mi presencia no era necesaria, intuía dentro de mí que tendríamos un tiempo para discutirlo, para buscar soluciones y para seguir tus indicaciones –.

– ¿Por qué lo creíste? – Mientras daba la vuelta el maestro, el cuerpo de

Heylel se postró contra el suelo de aquel frondoso y hermoso árbol.

– Samael me indicó que me necesitabas de forma urgente. Yo solo estaba con Eva, no creí que fuera necesario –.

– No has respondido mi pregunta Heylel, ¿Por qué lo creíste? –

– Las cosas que han de suceder no se pueden cambiar, Maestro. La creencia es un modo sencillo de tratar con lo real, no constituye una verdad absoluta, pero nos da las herramientas necesarias para que no haya grietas en la confianza de un porvenir. La suposición de un futuro encara la realidad, hace que tomemos decisiones centradas en la fe y en lo que esperamos. Yo no vi conveniente venir a verte antes. Preferí aprovechar el tiempo, el cual disfrutaba de un modo mágico. Ahora, puedes decir que estuvo bien o mal mi acción, aunque tú sabes que soy un ser que respeta tus ordenanzas –.

– ¿Por qué lo creíste Heylel? – De nuevo pregunta el maestro en un tono triste.

– El asesinato de los ángeles es un problema mayor, – responde decidido Heylel – no hay indicios, no hay culpables, no hay certeza, no hay fundamento para saber sobre lo ocurrido. Solo hay suposiciones vagas al entendimiento ¿qué podré hacer yo Maestro? No conozco la realidad de las circunstancias, solo puedo atenerme a lo indicado por ti –.

– ¿Y la excusa principal es estar con Eva? ¿Tú obligación es cuidarla? –
Habló el maestro con vehemencia.

– Mi obligación es hacerla feliz. No es que me sienta atado a hacerlo, o que le deba algo a ella. Creé una alianza basada en los sentimientos y esto me hace sentir afortunado. ¿Qué sería de mí si no lograra soñar con un futuro? Y creo sin mayor desdén ¡que esa es mi esencia! Estar con Eva es algo importante para mí, verla reír alegra mi corazón, mi máxima ilusión es que pueda estar con ella por mucho tiempo. Claro está, al lado de Adán y de Abel, también acompañado por mis hermanos –.

– Sabes Heylel – dice el maestro– Este árbol es sabiduría en su máxima expresión, me ha enseñado muchas cosas desde que estoy en esta tierra. Una de ellas, es que no puedes hacer nacer una nueva vida donde no la puedes sembrar. La tierra tiene reglas básicas, como bien lo sabes, no se puede obligarla a que realice cosas para lo cual no fue diseñada. Así somos nosotros Heylel, no podemos plantar en suelo árido, no podemos contar con los recursos que no tenemos, es regla básica de supervivencia aquí. Ni siquiera yo puedo alterar ese equilibrio. Te amo con toda mi alma, pero veo que tu camino

se ha desviado. Tomaré medidas y afinaremos el ciclo. Desde hoy, – proclamó el maestro con voz de estruendo – no veras más a Eva, queda prohibido todo acercamiento personal o por medio de los sueños. Sea esta una ley ¡que los ángeles no puedan ver los sentimientos de los humanos! Y cuando me refiero a ángeles, quiero dejar en claro que son ¡los ángeles de tu raza! Frente a este árbol que me ha dado sabiduría declaro que cualquiera que rompa este mandamiento sea desterrado del jardín, ¡que quede a la suerte del destino! –

Cuando el ángel pudo colocarse de pie, no estaba el Maestro. Heylel corrió hacia donde se encontraban los humanos, sin embargo, no halló nada, no se encontraban allí, buscó por todo el jardín, pero el rastro desapareció, no había señal de ellos.

CAPÍTULO 9. EL LEVANTAMIENTO FINAL

¿Qué es lo que hace el amor para convertir a los seres más puros en entes despiadados que solo consumen el ego de sus pasiones? Hermosas almas llevadas al límite de sus angustias, víctimas de ardores impetuosos que arremeten sin contemplación la tranquilidad del alma y del corazón. ¿Hasta dónde se permite el dolor para considerar el verdadero valor del amor? Se tiene que dar por sentado que el sufrimiento juega de formas inimaginables con la pasión, con los sentimientos y con la esencia misma del individuo. Queda una lección trascendental cuando se juega a entregar todo a otra persona, y no es nada despreciable el aprendizaje de ésta, cuando se ama se destruye, se renuncia y se lastima su propio existir, es un acto suicida.

Nada despreciable es el hecho de que cuando amamos, renunciamos a una parte de nosotros mismos. Declinamos ante el desprecio y el rechazo, morimos para darle vida a algo inalcanzable. ¿Qué es lo que hace el amor en nosotros para crear utopías? ¿No sería mejor enfrentar la soledad como triunfo de nuestro amor propio? Difícil decisión acarrea el hecho de cuidar nuestra esencia única a cambio de la dedicación casi absoluta de otro ser.

Ya decía el maestro: “Se teje desde la armonía y el equilibrio, no se atienden las necesidades con el brío absoluto de los sentimientos, se protege lo que se ama, desde la distancia”.

* * * *

Después de la desaparición de los humanos, las pasiones encontraron la salida más idónea, fluyeron hacia un cause turbio y violentado por la intranquilidad que produce la duda, recorrieron e inundaron cada espacio que estaba habitado por el amor y lo contaminaron, sin ninguna explicación lógica, sin ningún esfuerzo mancillaron lo sublime y lo dejaron a la deriva de los sentimientos que destruyen desde lo intrínseco del ser. ¿Quién dice que no se crea para destruir? No existe nada eterno, sería una falacia pensar en ello. ¿Acaso la misma destrucción no engendra el inicio de algo nuevo? La destrucción da comienzo a nuevas formas de admirar el mundo y hace partícipes a los desdichados que no encontraron un lugar propio en el destino, que no fueron capaces de alcanzar lo que soñaban porque no estaban dentro de sus designios, cuando les hicieron creer en este destino como lineal e inalterable. Vivir en un mundo con reglas inquebrantables genera inseguridad y

pesadumbre en los pobres seres que tienen un camino marcado, encierra a unos pocos a los caprichos de otros, se educa desde el miedo para evitar que piensen más allá de lo que está predestinado, ellos buscan mantener un orden a cualquier precio, inclusive si se tiene que destruir las esperanzas y sueños que no van con la norma.

La única solución viable es alienarse para no enloquecer, es encontrar lo que amas y destruirlo para darle un significado nuevo y saber en verdad hasta dónde eres capaz de llegar. Samael creía firmemente en este pensamiento y no tuvo otra elección más que exterminar su propio ser para dar paso a nuevas formas que ni siquiera él conocía. Renunció a todo lo que generaba estabilidad, renunció a toda autoridad, renunció a toda hermandad y dio vía libre a sus pasiones, a sus venganzas, a lo que él creía había matado sus ilusiones. Asimismo, este ángel pensaba que no había buenos ni malos cuando se relacionan los unos con los otros, porque al final, todos ocultan algo que les avergüenza, encubren sensibilidades o esconden propósitos vanos que benefician a unos pocos y, cuando reflexionaba acerca de ello, lo primero que venía a su cabeza era el Maestro. En Samael no existían dualidades cuando se desempolvan las cuestiones más íntimas, el amor por los humanos que habían muerto antes del nacimiento de Adán y por su hermano Heylel lo impulsaban a tomar decisiones radicales.

Samael tuvo que ver a Heylel desmoronarse día a día, durante meses por no encontrar a Eva, tuvo que observar como la sabiduría que precedía a este ángel, era carcomida por el amor. Pensó por algunos momentos que el amor es un arma destructiva poderosa, porque mata desde tu interior, no da tregua, no hasta ver acabado a su huésped. Recordó el día en que Heylel esperó la respuesta del maestro acerca del paradero de los humanos, humillado en sus sentimientos, pero ésta, nunca llegó. Así que vio al ángel mayor, al segundo al mando correr hacia el jardín principal donde todo lo que alguna vez estuvo protegido y cuidado por los ángeles yacía en el caos y la destrucción, todo lo que alguna vez existió y era hermoso, solo se encontraba en los recuerdos de unos pocos que intentaron repeler la revuelta. El fuego, el humo con olor a muerte y la sangre adornaban con una elocuencia formidable el lugar. Samael veía como Heylel corría hacia los aposentos de Eva, con la esperanza de encontrar algún indicio, algún mensaje que le devolviera la paz y la ilusión, aunque no era así. En cambio, presenció lo que consideraría el inicio de una nueva era, el génesis del mal. Vio a su hermano Heylel rasgar sus vestiduras y,

acto seguido, vestirse con las prendas de guerra, observó en sus ojos el odio por primera vez. Volvía a tener razón Samael: “la única cosa capaz de pudrir los sentimientos puros es el amor no correspondido de otro ser, no hay mayor acto de crueldad que el desprecio, porque éste aniquila de forma lenta, consume todo, absolutamente todo de ti”.

No hay que ser sabio, pensaba Samael, para saber que esto ocurriría tarde o temprano, los ángeles siempre habían amado en silencio a los humanos, algunos estaban enamorados de ellos en secreto, pero nunca quisieron admitirlo, hasta el día que el primer ángel levantó la espada contra su hermano, al verse descubierto. Para que no comentara esto al maestro, lo asesinó. Es más, recapacitaba en voz alta Samael hallando cordura en su reflexión: – yo presencié el primer asesinato, vi a Yehuiah – el ángel que había cuidado y amado a Abel – tomar la vida de uno de sus hermanos por primera vez. Lo observé mientras este lo despedazaba sin ningún tipo de remordimiento, sin ninguna culpabilidad. Este ángel había cuidado a los humanos también, se había enamorado y en su juicio había encontrado la liberación –. Solo hacía falta un pequeño impulso para desencadenar una ola de muerte y destrucción. Para Samael, el conocer los primeros asesinatos fue un aliciente para salir de la prisión mental en que se encontraba por años, ahora podría hacer sentir al Maestro lo que él vivió en carne propia. Con total franqueza, se decía, el odio emancipa, libera como lo había hecho Yehuiah, es fuente de luz y, al contrario de lo que pensaba el maestro, el odiar es necesario para preservar las cosas hermosas que tenemos en nuestro interior. Siempre se nos ha dicho que tenemos que amar todo y ese es un error gigantesco, el querer amar todo trae consigo ruina, desolación y desesperación. No es natural para ningún ser vivo amar por encima de todo, es una enfermedad y la cura es el odio que protege, es el odio que llena de fuerzas para continuar cada mañana, es el odio que desata las llaves del orgullo que fortifica el corazón.

Cuando se dio la orden de sacar a los humanos del jardín principal, ellos tuvieron que volver a las tierras fétidas y desoladas, que alguna vez albergaron vida, residieron sin comida y sin techo por varios días. El frío era abrumador, no importaba si se estuviera de día o de noche, ampollaba los labios, lastimaba las manos, los oídos, los pies, el alma y el corazón, quebrado por la cruel violencia de esos días.

El plan principal para los humanos era regresar a la tierra de Kittim, retornar a la balsa y salir de allí lo más pronto posible, caminar por muchas horas e

intentar descansar poco, ir por senderos no conocidos porque ya todo se estaba convirtiendo en un campo de batalla, en una cacería sin tregua, los poderes de la muerte llegaban por atrás, cortando los cuellos y dejando estelas de color escarlata sin avisar, y esto preocupaba el sueño de cualquier mortal.

A lo lejos y con la última esperanza viva, los ángeles que habían huido con Eva, Adán y Abel, vieron como ardía en llamas la única embarcación que los podría sacar de allí, las flamas consumían todo y los cinco ángeles que estaban cerca y que habían destruido la barca, danzaban en medio del fuego, descontrolados y hechizados por la decadencia, cantaban himnos de desaliento como si supieran que los estaban escuchando, no escatimaban en horrorizar las mentes de estos humanos. Auriel, Haniel y Vasariah trataron de recomponer la ilusión de estos jóvenes, pero las voces, que aún se escuchaban como estruendo, gemían en pasión y justificaban las tinieblas venideras. Al cabo de unos minutos, un reposo fingido menguó las excedidas danzas. Solo se escuchó una frase:

– ¿Por qué han de temer humanos? Somos los libertarios de su raza, de su discernimiento, de sus pasiones ocultas, no pierdan la esperanza, ya tendrán un futuro acorde a sus fines. Si dejáis a los traidores, si dejáis a esos hipócritas que adoran al Maestro que los abandonó otra vez, tendréis por seguro que recompondremos todo, repoblaremos la tierra como en la antigüedad. Así que pueden despedirse de sus cuidadores o morir bajo la espada libertaria de la paz. Somos nuevos seres bajo el universo que brilla el día de hoy, somos terrenales, somos el conocimiento de la vida, la sabiduría hecha carne y extensión de los sentidos hacia la madre tierra, no somos ángeles, hemos renacido, somos ¡Valefores! Humanos, pobres desdichados, siempre creyendo en cosas inexistentes, siempre buscando consuelo, siempre intentando sentirse protegidos. Venid y prueben las mieles de la justicia y de la verdad. No seáis como sus antecesores que escucharon palabras vanas y hoy no existe rastro de ellos, murieron engañados con promesas falsas, creyeron en fantasías ociosas y ese fue su castigo. ¡No hay nada de que temer con nosotros! –

Al escuchar estas palabras, los jóvenes quedaron perplejos, la brisa que iniciaba su leve descenso parecía detener el tiempo. Escondidos bajo las rocas desearon morir. Los Valefores tenían razón en muchas cosas, eran unos seres frágiles, siempre cuidados, nunca abandonados. Sentían como si se obligara a trazar un camino con sus vidas que no tiene final, que no tiene justificación, ¿para qué alargar su sufrimiento, no sería mejor dejar las cosas

hasta allí? ¿Por qué luchar contra el destino, si la tierra que pisaban no les pertenecía?

Los ángeles, al ver esta reacción, les dijeron: – no dejen que sus palabras contaminen sus mentes, ustedes tienen un propósito y no es nada vano, no permitan que esas palabras roben la paz de sus corazones –.

– Que nos roben la Paz, ¿cuál paz? – Responde Adán intranquilo, – no se dan cuenta que no tenemos paz y que el supuesto propósito trajo consigo la guerra. Además, ¿qué no permitamos que nuestra mente se contamine? Nuestra mente ya no nos pertenece hace mucho tiempo, ¡nunca nos ha pertenecido!

Auriel quiso quitar las lágrimas que empezaban a brotar en los ojos de Adán, pero éste de un solo golpe quitó la mano del ángel y colocó su rostro sobre sus rodillas, lloró como nunca lo había hecho antes.

– ¿Qué haremos hermanos? Estamos rodeados por los Valefores por donde quiera que vayamos – dice Haniel, – creo que la única solución es buscar una cueva y esperar, no creo que lleguemos muy lejos –.

– Yo confío de forma fiel, que el corazón de Heylel aún pertenece a los ángeles – menciona Vasariah, acariciando el cabello de Eva. – Él nos ayudará a encontrar una solución –.

– Quizás tengas razón – dice Haniel, – pero recuerdo que él fue uno de los más afectados cuando escapamos con Eva, perdió el juicio y el razonamiento. Ni él, ni Samael, ellos son enemigos y como enemigos debemos enfrentarlos. Por eso creo que la única solución es esperar, sería lo más sabio –.

– En eso te equivocas Haniel – grita Vasariah, – conozco a Heylel y sé que lo único que quiere es el beneficio para estos jóvenes, él no traicionaría al maestro, él es luz, amor, comprensión, es un malentendido –.

– Un malentendido que ha cobrado la vida de cientos de ángeles – agrega Auriel, decepcionado y pensativo sobre la situación.

Mientras tanto, los Valefores esperaron, como aves de rapiña que tienen su mirada fija sobre su presa agonizante. Reían e insultaban todo lo que conocían. Invitaban al duelo, agitaban sus armaduras y la hacían resonar con sus espadas. Vanagloriados de la sangre inocente que derramaron, sentían el triunfo en sus manos.

Los jóvenes y los ángeles huyeron hacia una cueva mal oliente y húmeda a esperar que los Valefores abandonaran el sitio donde se encontraban. Pensaba

Auriel que, desde que estaba en la tierra, nunca había sentido una verdadera tranquilidad, siempre había algo por qué luchar y, al no lograr ese propósito, se convertía en un problema. El problema daba como resultado desesperación. Siempre era igual, levantarse día a día para intentar sobrevivir. Creía el ángel que no había algo tan efímero como el nuevo despertar para evitar morir, todos los días desde el nacimiento hasta la muerte, todo igual, luchar y pretender una felicidad incompleta.

* * * *

En el jardín principal del palacio, donde se había alojado el maestro, se encontraban los líderes de la revuelta. Al frente, Samael y Yehuiah, comandando el ataque de las legiones de Valefores, buscaban la manera de doblegar a los miles de ángeles que continuaban en pie de lucha. El abandono del maestro traía consigo un aroma de victoria que daba la confianza de seguir avanzando. El objetivo principal para estos Valefores era dominar toda la tierra media y habitar el mundo, dejando a los humanos como oportunidad, usarlos como esclavos de sus pasiones, como esclavos para la adoración y la institucionalización de un nuevo régimen donde ellos fueran autoridad sobre estos débiles seres.

Samael esperó la oportunidad perfecta para hablar con Yehuiah. Mencionó: – Ya los traidores están rodeados cerca a la playa en la tierra de Latakia, todavía no quiero dar el siguiente paso. Los otros ángeles no me importan, lo que a mí me interesa son esos malditos humanos. Si tengo a Eva, tengo el control de Heylel, y si tenemos a Heylel con nosotros, las demás legiones de ángeles se humillarán ante nosotros sin ningún problema –.

–Yo solo quiero que me prometas algo querido hermano Samael, – dijo Yehuiah. – Que no tomes la vida de Abel, tú sabes que lo amo y quiero estar con él por el resto de su vida, lo que hagas con Eva o con Adán me tiene sin cuidado –.

– ¡Adán! Ese arrogante insecto egocéntrico – dice Samael, – debe de estar temblando de miedo. Quise pudrir sus heridas después del ataque de las bestias, pero no lo conseguí. Igual, no hay nada más podrido que su mente, es una perversa enfermedad todo su ser, por culpa de su madre perdí lo que amaba, el cruel del maestro decidió salvar solo a Nainis, Amia, Claurinz y Javhie y la familia que yo tanto había cuidado, la familia a la que le entregué todo, la familia Lhucifier pereció por el maldito Maestro. Solo te digo una cosa Yehuiah: Adán jamás estará tranquilo, me encargaré de que lamente haber

vivido cada día de su vida. Esa maldita escoria lamentara el día que nació, me encargare de hacer repugnante su existencia, será un vomito entre los mortales y basura entre los Valefores. Su descendencia nunca lo recordará, será olvidado como el más ruin de los hombres –.

– Querido Samael – dice Yehuah, – Adán no tendrá derecho ni siquiera de comer nuestras sobras, te lo digo a ti querido hermano. Abel estará sobre él, todo animal existente estará sobre Adán, no lo mataremos para que quede como escarmiento para todos. No le pertenecerá nunca nada, ni el amor de Eva, ni sus hijos, ni su espacio, ni siquiera el aire que respira. Solo aguardará una única esperanza, la de quitarse la vida. No mancharemos nuestras hermosas manos querido hermano con la sangre de ese mortal, como tu bien lo has dicho, “es una perversa enfermedad” que no merece ni el más pútrido guano de la cueva donde en este momento está –.

– Tenía pensado – respondió Samael – dejarlos hasta que el hambre los obligue a salir de allí. Después, tomar la vida de los traidores de Auriel, Haniel y Vasariah y dedicarnos a convocar más seguidores cuando tengamos sus cabezas como trofeos exhibidos en la parte norte, tener la suficiente fuerza para amedrentar a los que tienen la esperanza de un liderazgo genuino; si esto no resulta, tendré que tomar la vida de Heylel sino coopera con nosotros –.

Siguieron con los planes que tenían hasta el momento los Valefores, fueron aniquilando uno por uno, ángel por ángel, hasta menguar la fuerza de la resistencia. Con esto lograron tener el control casi absoluto de la Tifsah y asimismo, engendraron el miedo en los pocos que quedaban.

Los humanos habían cumplido cinco días encerrados en la cueva, veían como se apilaban los cuerpos mutilados frente a ellos, las cabezas de los ángeles degollados rodaban hasta la entrada de ésta, algunos Valefores intentaban entrar para raptar a Eva y a Abel, pero los guardianes de los jóvenes repelían cada ataque. Auriel, con sus manos llenas de sangre, miraba con tristeza a un Valefactor mientras lo atravesaba con la espada, había perdido la cuenta de cuantas veces había tenido que hacerlo en esa cueva, es como si se repitiera la misma pesadilla una y otra vez. Su armadura ya tenía varias capas de sangre y lágrimas propias, al tener que destruir lo que alguna vez amó. El agua contaminada por la sangre era imbebible para los jóvenes, la muerte asechaba cada vez con más fuerza. No tenían comida y el agua que alguna vez brotaba cristalina hoy se encontraba llena de cadáveres mal olientes que no permitía distinguir su color. Las horas se hacían cada vez más cortas, todos dentro de la

cueva sabían su destino, tenían claro que la única forma de salir de allí era encontrando la muerte.

Adán vivió en carne propia el sueño recurrente que todas las noches lo visitaba en la tierra de Kittim, tenía claro que perecería como los polluelos que mató tiempo atrás, caería como aquellas bestias que lo atacaron hasta casi matarlo. Así que tomó la mano de Eva y, sin previo aviso, besó sus labios, escapó por algunos segundos del horror y la muerte que lo rodeaba y le dijo: – Aunque no parezca, he amado cada parte de ti desde que te vi por primera vez, nunca había sentido lo que en estos momentos estoy sintiendo por ti y lamento, profundamente, no haber aprovechado cada instante que viví a tu lado –.

Ella sonrió confundida y devolvió una tierna caricia a este joven. Mencionó: – No te voy a negar que mi corazón perteneció por un tiempo a Heylel, encontré en él, la plenitud y la bondad del amor, su mirada iluminaba mi alma, y cada palabra, cada canción me hacía volar por paisajes infinitos. Al estar atrapada en este lugar pensaba que él vendría a salvarme y me llevaría a sitios tan hermosos que no habría palabras para describirlos, pero sé que no será así. Su corazón se corrompió por mi amor, yo fui la culpable de que todo se desencadenara de esta forma. No obstante, al verte conmigo y con Abel, sé que hay esperanza, esperanza de un nuevo comienzo, ese comienzo puede ser ahora, así dure poco, siempre será una esperanza para mí –.

El joven sintió que moría con cada palabra, sin embargo, entendió que no se puede obligar a alguien a que sienta las mismas cosas bonitas que se siente por la otra persona cuando se ama. Procuró tomar de la mano con más fuerza a Eva, no quería soltarla nunca, deseo morir con ella, así, unidos por los más hermosos sentimientos. También tomó la mano de Abel, lo miró con tanta dulzura que Auriel entendió por fin que Adán ya no era el mismo, había cambiado algo dentro de él. No hubo palabras para Abel, solo la fuerza de su mano apretando la suya, daba a entender todo el amor que Adán sentía por este joven.

Se sentía como una despedida, como cuando un cuento ha llegado a su fin. Con los ojos entreabiertos, Adán veía a Vasariah y Haniel, caer ante las numerosas espadas, vio como descuartizaban sus cuerpos y escuchó las risas de los Valefores como rayos que retumbaban por el eco de la cueva. Dos de ellos se disputaban la cabeza de Haniel, querían llegar con el trofeo ante Samael, querían gloria, reconocimiento. El joven observó cómo se pelearon entre ellos por tan magnífico premio. Solo quedaba Auriel, el más fuerte de los ángeles

que conoció, él enfrentaba las espadas como un enorme huracán, su fuerza no disminuía; por el contrario, se intensificaba con cada grito de dolor que salía de su boca, al ver los cuerpos de sus hermanos mancillados por las filosas espadas. Auriel sintió el dolor de una herida que atravesaba su pierna, arrodillado, también palpó el filo del metal que se incrustaba en su hombro, no quedaba nada más que esperar el golpe final, cerró sus ojos e imaginó los momentos felices que había tenido.

Hubo un grito infernal en la cueva, este grito decía: – ¡Nadie puede destruir lo que no sabe crear, nadie puede tomar lo que no le pertenece! Escoger es una opción que les es permitida. Libertad y discernimiento los caracteriza ¿qué es lo que harán cuando no puedan ocultar su falta? – todos los Valefores se detuvieron, Auriel reconoció la voz de inmediato, era Heylel. También se escuchó: – niño, la sabiduría que presumías queda corta ante tan magnífico espectáculo, te dije que nunca serías como nosotros, maldito egoísta –. Adán levanta su cabeza y no lo podía creer, Samael, Heylel y Yehuiáh. Los tres con una presencia imponente, sus armaduras totalmente limpias y los demás doblegados ante el liderazgo que ellos emanaban.

El primero en hablar fue Samael: – di una orden directa, que no atacaran hasta que ellos decidieran salir, me privaron de la oportunidad de ver a este niño, este desecho humano humillarse ante mí por alimento –. Llamó a un líder de los Valefores y mencionó: – Cualquiera que decida desobedecer una orden tendrá el mismo destino que este desdichado –. De un mordisco arrancó su cuello y con una mano sostuvo su cuerpo para que se desangrara de forma lenta. El silencio de la cueva era interrumpido por las gotas de sangre que caían sobre una roca y por los borbotones de líquido que expulsaba por la boca este ser moribundo.

Continúa diciendo Samael: – yo vengo por la vida de Auriel. Yehuiáh viene a tomar a Abel; Heylel, viene por el amor de Eva. Así va a ser y así será porque yo lo decido. Adán: en lo que respecta a usted, maldito gusano, me importa muy poco lo que pase con su vida. Uno de mis mayores anhelos es verlo destruido, deambulando por estas tierras con hambre y con desespero. Procuraré que siempre esté acompañado de un Valefor para que no permita que se quite la vida –.

– Si le importara muy poco lo que pase con mi vida ¿no crees, que al enviar un Valefor a cuidarme para que no muera por mis propias manos, le estás dando importancia? – dijo Adán en tono desafiante.

– Maldito insolente – contestó Samael. – Quitaré esa sonrisa de su rostro y le hare pagar cada segundo que tuve que compartir con usted en Kittim –.

Samael se acercó hasta donde se encontraba Adán y con una bofetada mostró su poderío. El muchacho cayó desmayado, Auriel intentó ayudarlo, pero sintió la espada que estaba en su cuerpo hundirse más. Se escuchó de nuevo una voz estruendosa: – ¿Para dónde vas maldito traidor, no tienes suficiente con tus propios problemas? – Lo doblégó mientras colocaba su pie sobre su rostro y se ufanaba de su fuerza. Decía: – ¡miren al ángel guerrero y más fuerte lamer mi bota, eso fue lo que le enseñó el maestro, le enseñó a ser un gusano! –

La situación era tensa con el paso del tiempo, las ilusiones de salir con vida disminuían, ninguno tendría escapatoria. En un intento desesperado Abel tomó la espada de Auriel e intentó levantarla sobre Samael, este la detuvo con su mano y arrebatándosela, la hundió con total premeditación en el ojo de Abel. Tomó la vida de este joven mientras ejercía mayor presión sobre el rostro del ángel. Acto seguido, Yehuiah tomo el cuerpo de Abel mientras gritaba de dolor, en sus brazos yacía el único amor que había tenido, el más sincero. La atmosfera oscura dejó ver dos cuerpos abrazados en sangre, en pasiones y recuerdos que nunca volverían.

Samael, sin mencionar ninguna palabra, decapito a Yehuiah mientras aún se encontraba de rodillas con Abel, antecediendo lo que ocurriría después de presenciar un hecho traumático, no le dio tiempo de que tomara venganza. El Valefor mayor tenía el control absoluto, el poder había invadido su alma, no pensaba las consecuencias de sus actos, solo reaccionaba a las decisiones de su voluntad. Volvió a mencionar: – ¿Alguno de ustedes quiere sufrir la misma muerte de estos infelices? ¿O desean la gloria eterna a mi lado? Hubo un grito de júbilo en esa húmeda cueva, solo desentonada por los golpes que daba Eva a Samael en su yelmo, cuando Samael levantó su mano contra la joven, el lugar se iluminó con una energía preciosa, el Valefor cayó algunos metros por la presencia de Heylel y se desencadenó una cruenta batalla, todos los Valefores en contra del ángel más amado del Maestro. Cayeron cientos de ellos, volaban pedazos de cuerpos, la lluvia de sangre era torrencial. Habían perturbado lo más precioso que Heylel podía tener; éste, sin contemplación alguna, asesinaba a los que alguna vez había instruido en sabiduría, en conocimiento, en adoración, todos, absolutamente todos destruidos por su mano vengativa. Auriel pudo ponerse en pie, tomó a Adán y a Eva y huyó del lugar, mientras el ángel desesperado por el fuego de sus emociones destruía todo a su paso.

Gritaba el Ángel mayor: – ¡no te la lleves, permite que este con ella! ¡Auriel! ¡Pagarás con tu vida Auriel, pagarás cada lágrima que derrame, te maldigo hasta que te encuentre de nuevo! –. Pero la cantidad de Valefores era tanta que éste no podía moverse hacia donde corría Auriel. Huyeron como nunca lo habían hecho, sin parar, sin respirar, sin sentir el dolor de sus heridas, corrieron hasta encontrar ángeles que le socorrieron.

Durante la huida, las únicas palabras que se escucharon fueron las que promulgaba Adán. Decía: – ¿Y qué pasará si yo soy el último hombre? Sí, ¡sí, lo soy! ¡Soy el último hombre!...

El ángel y los jóvenes no fueron los únicos que huyeron de aquel lugar. Samael pronto tomó la escolta que pudo y partieron hacia el jardín principal donde se encontraban las legiones de Valefores. No le preocuparía Heylel, ya que él iba a invertir todo su tiempo y esfuerzos en recuperar a Eva, pero al igual que el ángel mayor, iba a buscar hasta el último lugar de la tierra a quienes habían dañado sus planes: a Eva, Adán y Auriel. Los despreciaría sin misericordia alguna.

* * * *

¿Qué es lo que hace el amor para convertir a los seres más puros en entes despiadados que solo consumen el ego de sus pasiones? Hermosas almas llevadas al límite de sus angustias, víctimas de ardores impetuosos que arremeten sin contemplación la tranquilidad del espíritu y del corazón. ¿Hasta dónde se permite que el amor por otra persona transforme la esencia más pura de nuestro ser?...